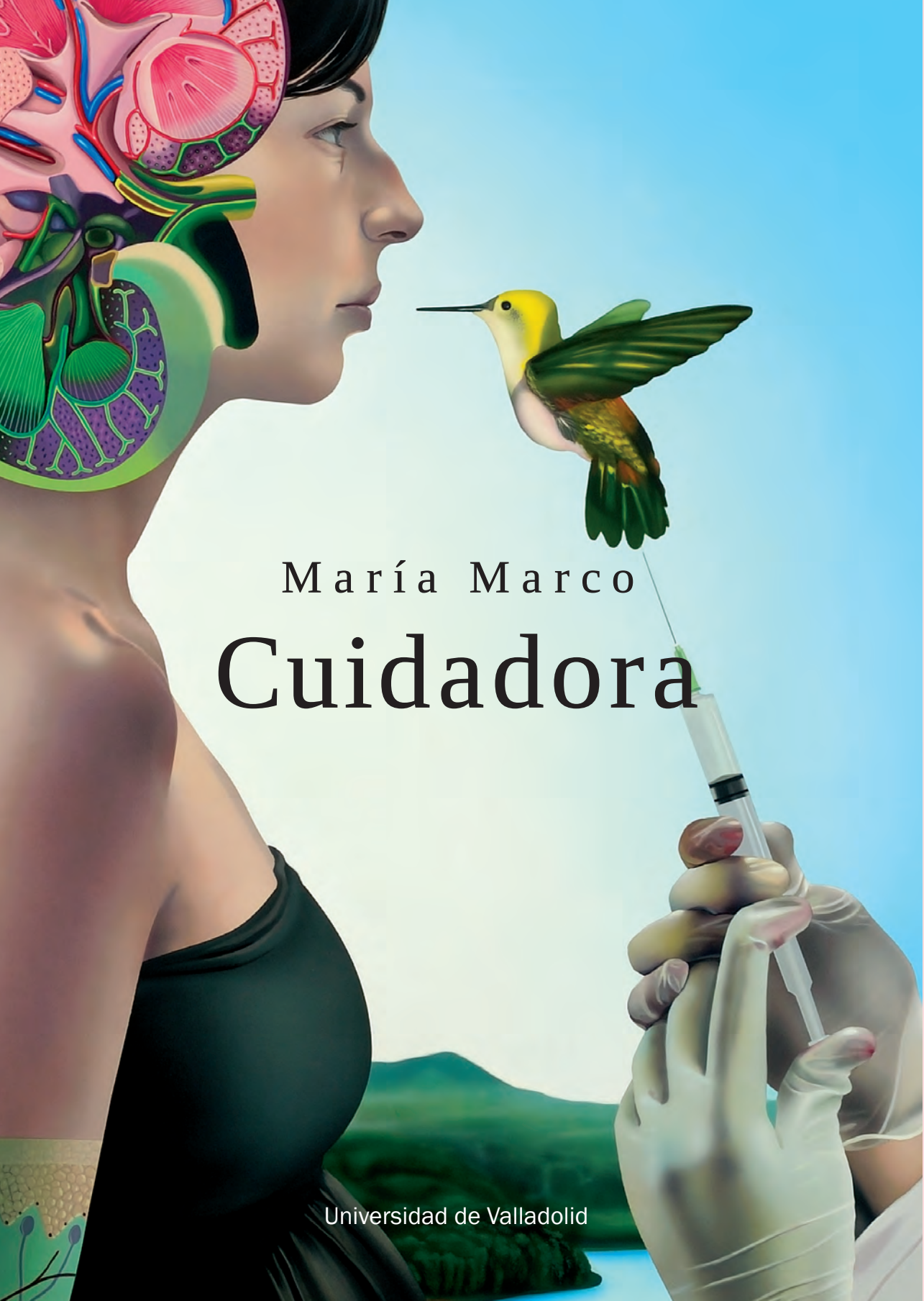




María Marco

Cuidadora

Universidad de Valladolid

CUIDADORA

Colección IGUALDAD, nº 11



Cuidadora / María Marco. – Valladolid : Ediciones
Universidad de Valladolid, 2026

154 p. ; 24 cm. (Igualdad ; 11)

ISBN 978-84-1320-425-3

1. Cuidadores. I. Universidad de Valladolid, ed. II.
Serie

364-47-055.2

María Marco

CUIDADORA



EDICIONES
Universidad
Valladolid



Reconocimiento–NoComercial–SinObraDerivada (CC BY-NC-ND)

MARÍA MARCO. Valladolid, 2026

EDICIONES UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

Preimpresión: EDICIONES UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

ISBN: 978-84-1320-425-3

Diseño e imagen de la cubierta: Tania Blanco Rubio, *Hummingbird song* (detalle), 2010.

Fotografía de la autora: Deebo Barreiro.

Índice

Advertencia preliminar del expositor de libros giratorio.....	15
Iniciación a la espeleología	17
Bajada a los infiernos. Diagnóstico	19
En algunos pueblos como el esquimal.....	21
Mi búsqueda intraterrestre.....	23
Risas.....	27
Transcripción exacta (18 de abril)	29
Neurogénesis.....	31
Primeros síntomas. Afasia.....	33
Un mal día	35
Curadora	37
Dispositivos humanos para el recuerdo.....	39
<i>Mundus Subterraneus</i>	41
<i>Where the streets have no name</i>	45
Si tuviese un día libre «dormiría»	49
Las redes micorrícicas imponen su propio sistema basado en la solidaridad	51
Michel Frid vs. Vic Frank (2049)	55
Los caballos de Przewalsky.....	59
Sin haber visto la nieve fue al Mundial	61
Al final del túnel.....	63
NCZVED como piedra filosofal.....	65
Todos los días son el mismo día	67
La fábula del hombre y el mundo que fascinó a Heidegger.....	69

Cuarentena.....	71
Facebook	73
Apuntes del subsuelo	75
La quinta revolución industrial	79
Los otros	81
Dispositivos humanos para el olvido.....	83
Cómo no temblar	85
Ranas.....	87
Yo no tengo miedo porque soy hija de una diosa.....	89
Todavía desconocemos las técnicas constructivas de las pirámides	93
La ecuación de Dirac	95
Symzonia	97
El cerebro es como un mapa	99
Día libre	101
La revolución de las cariátides	105
Catábasis	109
Tantanes y danzas africanas	111
<i>Ars Moriendi</i>	113
Madrid-Chamartín	115
Test de Folstein	117
Manual para cuidadoras.....	123
<i>Odi et amo</i>	125
Amanece en Madrid.....	127
Todo es nudo.....	129
Volver a casa	131
Dos décadas bajo tierra para seis semanas de felicidad.....	133
Salir del túnel (El Castro)	135
Rosunia	139
Emerger	143
<i>Parkinsonia parkinsoni</i>	145
La historia termina	149
Notas al pie.....	151

Cuando miro alrededor o en el tiempo, veo que aquello que cuidamos con amor cuida también amorosamente de nosotros.

Abu Ali/Toni Serra

Somos volcanes. Cuando nosotras las mujeres ofrecemos nuestra experiencia, nuestra verdad, cambian todos los mapas. Aparecen nuevas montañas.

Úrsula K. Le Guin. *Conversaciones sobre la escritura*

Porque todas las comidas que se han cocinado, los platos y las tazas lavadas, los niños enviados a la escuela y arrojados al mundo. Nada queda de todo ello; todo desaparece. Ninguna biografía, ni historia, tiene una palabra que decir acerca de esto.

Virginia Woolf

Cualquier pez puede nadar cerca de la superficie, pero se necesita una gran ballena para descender a ocho kilómetros, o más. Desde el comienzo del mundo, los buzos del pensamiento han regresado a la superficie con los ojos inyectados en sangre.

Melville citado por Deleuze a su vez citado por Fernández Mallo en *Teoría*

General de la Basura

El hecho de cuidar a alguien no necesariamente presupone que esté enfermo. El hortelano cuida las plantas, aunque ninguna plaga las azote.

Josep María Esquirol

En medio del odio me pareció que había dentro de mí un amor invencible. En medio de las lágrimas me pareció que había dentro de mí una sonrisa invencible. En medio del caos me pareció que había dentro de mí una calma invencible. Me di cuenta, a pesar de todo, que en medio del invierno había dentro de mí un verano invencible. Y eso me hace feliz. Porque no importa lo duro que el mundo empuje en mi contra, dentro de mí hay algo mejor empujando de vuelta.

Albert Camus. *El verano* (1983)

La foto de Sharon cuidando a Cookie (Mueller): para mí ese es el significado del amor.

Nan Goldin. 'La Belleza y el Dolor'

A mi madre

Estas páginas fueron escritas durante la pandemia de la COVID del año 2020. Su estructura responde al tiempo libre que me dejaba la tarea de los cuidados a mi madre, Rosalía quien falleció finalmente al año siguiente de Parkinson. Aun así, ganaron el XXXVII Premio Xerais de Narrativa en lengua gallega y gracias a él debatimos sobre el estado de un sector invisibilizado y absolutamente necesario para la sociedad.

Quiero agradecer a la decana Dunia Etura y a Ediciones de la Universidad de Valladolid su reedición en castellano y permitirme recordar (*cor, cordis*: volver a pasar por el corazón) esta historia, que ha sido la mía, pero que, estoy segura, va a ser la de muchas.

Por mí y por todas mis compañeras

Advertencia preliminar del expositor de libros giratorio

Dijo el escritor Kurt Vonnegut que hay que escribir un libro para alguien; este lo he escrito para mí —para mí y para todas las cuidadoras del mundo—. También para quienes son cuidados. Pero, querida lectora, querido lector, no te equivoques al pensar que esta historia no te pertenece, porque todos somos dependientes y todos somos cuidadores. En distintos grados, los cuidados pasan desapercibidos en nuestro día a día, ocultos en las relaciones afectivas que establecemos. Ahí están: latentes, insignificantes, invisibles. No podemos amar sin cuidar y no podemos cuidar sin amar. Te imagino acompañando a alguien en una habitación de hospital, leyendo estas palabras y sintiéndote arropada, acompañada. Me imagino este libro en un expositor giratorio de libros de bolsillo, y tu mano, indecisa, haciéndolo bailar hasta encontrarnos. Entonces, cuando eso sucede —y esto ya ha sucedido, puesto que me lees—, nos cuidamos mutuamente y eso no es otra cosa salvo el amor.

Iniciación a la espeleología

Estoy tan hundida que rozo el núcleo de la tierra. Siento su calor asfixiante acompañando el peso de mi cuerpo en caída libre. Llevo siete años descendiendo a gran velocidad. La gravedad empuja mis pensamientos, mis pechos, mis sueños hacia abajo, hasta que se esconden bajo la corteza terrestre. Sé que no soy la única. Hay muchas, muchas como yo. Ejércitos desplegados en el subsuelo, trabajando invisibles bajo el manto. Nos reconocemos en seguida. Cruzamos fugaces sonrisas cómplices en las salas de espera del centro de salud. Nos sabemos al dedillo los síntomas y las pautas de medicación y, a veces, nos trabajamos con el nombre de algún fármaco: “riva...rivistig...;rivastigmina!”. Encarnamos a la mujer desaliñada, con ojeras profundas y zapato cómodo. Tenemos nuestros códigos. Sabemos que la que va maquillada y con tacones miente, miente como una bellaca. El rímel y el *highlighter* no pueden disimular el peso de los cuidados a un hijo, hija, madre, padre, marido. Nuestra piel dibuja cada día nuevos regueros de resignación y lágrimas. Somos la artillería pesada, la disidencia de la mediocridad afectiva, kamikazes pilotando el puto Enola Gay en una batalla pírrica.

Conozco todo lo que ese ejército de cuidadoras sacrifica. Toda esa energía dedicada a los cánceres metastásicos, alzhéimers, arterioesclerosis, síndromes de Charcot-Marie-Tooth, retinosis pigmentarias, parálisis supranucleares progresivas, pieles de mariposa, embolias cerebrales, esclerosis laterales amiotróficas, distrofias musculares, ataxias de Friedreich, telangiectasias, Creutzfeldt-Jackobs en sus últimas fases, encefalopatías espongiiformes, enfermedad de Huntingtons, leucoencefalopatías, enfermedades de Refsum, síndromes de Shy-Drager... Todos esos dolientes agonizando hacia un único destino: convertirse, de una vez y para siempre, en fantasmas.

Bajada a los infiernos. Diagnóstico

La neuróloga intentó ser amable; se esforzaba por agradarnos. Era la misma que, durante semanas, nos había sometido a millones de análisis y derivado, después, a pruebas de neuroimagen. Hoy es el día de los resultados. El Juicio Final. La consulta de Neurología parecía una gran boca llena de dientes dispuesta a engullirnos. Era desmesurada, tres veces más grande que las habituales de la primera planta del hospital. Su tamaño despreciaba nuestra escala humana.

Nos invitó a sentarnos a los tres: a mi madre, a Manuel y a mí. Tras unos minutos de preguntas básicas a mi madre —si dormía o comía bien—, les pidió a ambos que fueran a la cafetería a tomar algo mientras se quedaba conmigo. «Esto no pinta bien», pensé. Cuando salieron, la neuróloga me confirmó mis sospechas, aunque insistió en que era muy difícil dar un diagnóstico preciso. Podía ser enfermedad de Alzheimer, Parkinson o demencia con cuerpos de Lewy. De momento lo dejaríamos en esto último: una enfermedad-agujero en la que la desmemoria y la lentitud acompañarían la carrera degenerativa. Me dijo que el proceso iba a ser muy largo y me entregó un folleto de la asociación Afaga-Alzhéimer de Vigo, que aún conservo. También me advirtió de que no había tratamiento ni cura. Me iba a recetar unos parches de rivastigmina, lo único que, al menos, podría retrasar los síntomas.

Fue entonces cuando comenzó un temblor. Una grieta —como la que Doris Salcedo abrió en la Tate Modern— se extendía por la pared, resquebrajando también el suelo bajo nuestros pies, alzándose sobre nuestras cabezas; crecía imparable hasta convertirse en falla, y luego en un acantilado. Un precipicio por el que me despeñaría en cuanto saliera de esa consulta, lanzando mi vida a las profundidades abisales. ¿Quién iba a imaginar que la puerta a los infiernos se encontraba en una consulta de Neurología de la segunda planta? Me vi cayendo a plomo por un pozo interminable. Mientras descendía, aún podía mirar alrededor con calma y preguntarme qué vendría después. Tal vez, al final del túnel, saliera expulsada por la boca abrasadora del

Estrómboli —Viaje al centro de la Tierra—, o tal vez, como Alicia, me aguardara un Conejo Blanco que llegaba tarde, con un pato, un dodo, un loro, un aguilucho y otras criaturas extrañas corriendo en círculo. Lo más probable, pensé, sería encontrar una salida por otra falla —la de San Andrés— y eyectarme a los suburbios de Los Ángeles. Allí alquilaría una autocaravana rumbo al Burning Man de Black Rock City, esa ciudad fantasma que cada año se levanta de la nada en el desierto de Nevada; me pintaría los ojos de purpurina y bailarí techno hasta el amanecer.

En algunos pueblos como el esquimal

En algunos pueblos como el esquimal la supervivencia obliga al abandono y, por tanto, a la muerte segura de las personas discapacitadas, entre ellos, los ancianos dependientes, incapaces de valerse por sí mismos. Algunas sociedades ponen fin a la vida de sus mayores, pero no desde el maltrato, la falta de respeto, el odio o el desprecio, sino porque su cultura entiende que aquello es lo mejor para la supervivencia del grupo.

En otros grupos, como los inuit, es el abuelo el que decide alejarse de la familia y dejarse morir sobre el hielo. En la China antigua, por otra parte, el anciano era venerado. Golpear o herir a un mayor era considerado un grave delito castigado incluso con la muerte.

Mi búsqueda intraterrestre

Una vez hubo pasado el primer seísmo, —el que estremeció el mundo tras la salida de la consulta—, pensé en las bondades de la vida subterránea. Condiciones estables de temperatura, abrigo del frío y del viento, de las lluvias, de las miradas, de las explicaciones. Porque sí. Reconozco que evitaba decirle a mis amigos y conocidos que ya no podía ir a aquella cena, a aquella inauguración o aquella fiesta de cumpleaños porque mi madre estaba enferma, o que, si iba, solo sería por un par de horas, porque si no estoy ella se desquicia y quien se queda con ella enloquece. También huía de la condescendencia, del «pobrecita», del «vaya marrón», del «te compadezco», del que me contaran las enfermedades de sus abuelos, suegros o cuñados que, a mí, sinceramente, me importaban una mierda. Para un par de horas que salgo de la cueva ponerme a hablar de cánceres y alzhéimers pues como que no. Necesitaba los túneles para huir.

Investigué, entonces, los posibles puntos de acceso a dimensiones más profundas. Encontré una gran entrada en el oeste de Rusia, cerca de Finlandia, en el óblast de Múrmansk: el Pozo Superprofundo de Kola (SG-3), el agujero más hondo que el ser humano ha excavado en la Tierra, un proyecto de prospección científica de la corteza terrestre llevado a cabo por la U.R.S.S. que comenzó en mayo de 1970. En 1989 llegaron a los 12.262 metros de profundidad, pero a partir de ahí, temperaturas por encima de 180 °C y la ebullición constante de una mezcla de fango e hidrógeno hicieron imposible seguir. Supongo que la Guerra Fría desató la conquista no solo espacial sino también intraterrestre, aunque esta última no se televisara. Aun así, instalaron un laboratorio geológico para estudiar ese terreno de transición —entre el granito y el basalto— en la roca metamórfica de la corteza continental. El laboratorio dirigido por el Dr. Azzacov hizo varios análisis de las diferentes capas y fósiles de miles de años encontrados en la prospección. Entre los diferentes experimentos decidieron introducir una videocámara equipada con un micrófono y una pequeña

linterna. Cuando revisaron el material audiovisual las imágenes no aportaban nada excepcional, pero a medida que el aparato descendía a través de los diferentes estratos de la corteza terrestre, a cada vez más profundidad, el audio registrado pasaba de un silencio absoluto a reproducir sonidos extraños. El Dr. Azzacov y su equipo, extrañados, pararon la grabación y se debatió la posibilidad de que hubiera algún tipo de pequeños mamíferos, —quizá algún tálpido, que pudieran llegar escarbando hasta esas remotas profundidades. No sería la primera vez que unos animales manifestaran conductas anómalas y quizá excavarán más profundo de lo habitual, huyendo del frío, quizás. Otro miembro del equipo, Sergei Karamázov, propuso otra hipótesis: tal vez el pozo no fuera completamente vertical y se hubiera acercado a las cloacas de alguna ciudad —Zapolyarny, la más próxima—. A Azzacov le pareció una solemne estupidez que Karamazov sugiriera que su superagujero era, en realidad, un conducto subterráneo que conectaba dos ciudades, y le increpó afirmando que aquella conducta no era de buen camarada, ni de buen soviético, y que si no creía en la tecnología de la Unión Soviética que se fuera a los Estados Unidos con George H. W. Bush. Reanudaron la reproducción en el último tramo, los cinco mil metros finales. Los sonidos se volvían cada vez más reconocibles. Indudablemente eran voces. Gritos humanos. Espeluznados se miraron con ojos incrédulos. Aquello era absolutamente irracional. Otro miembro del equipo, Piotr Dostoyevski, exclamó: аа! (¡El infierno!)

El superagujero fue abandonado y la cinta destruida en el año 2008. Ningún equipo científico quiso volver. Como el superagujero de Kola parecía dirigirse directamente al infierno, busqué algo menos nocivo. Resulta que descubrí que la ciudad de Vigo está completamente horadada. Hay grutas y túneles —naturales o abiertos por la mano del hombre en distintos momentos históricos— que conectan la ciudad. Túneles que han sido cegados, tapiados con grandes portones de hierro. Túneles por los que circulaban trenes de mercancías como el “tren del pescado” que termina en la calle Rosalía de Castro. Túneles abandonados llenos de basura, culebras y arañas, de jeringuillas de cuando los yonquis iban a pincharse, de restos de semen putrefacto y condones.

En los Montes de Coruxo, a escasos kilómetros del centro de la ciudad, están As Covas do Folón, un sistema de cavidades naturales formado por enormes bloques de granito. Se trata de la novena cueva granítica en longitud del mundo y la tercera de Europa. La gruta, de casi un kilómetro, encadena cascadas y fuertes desniveles. Hasta ha venido la NASA a estudiar su vida microscópica: bacterias que podrían parecerse a las que un día hubo en Marte. Descarté adentrarme de noche en las Covas do Folón. Demasiada humedad. Además, de primavera a otoño las visitan varios clubes espeleológicos. Mal lugar para esconderse.

Continué con mi búsqueda intraterrestre y encontré varias cosas interesantes. Hace un tiempo unas obras en las antiguas instalaciones de la E. T. E. A. (Escuela de Transmisiones y Electricidad de la Armada) que está justo en mi barrio, Teis, a los pies del *Monte da Guía*—, dejaron a la vista seis túneles. Cinco pequeños y otro más

grande que comunica el muelle de carga con la escuela. Se excavaron entre 1926 y 1927. Nunca cumplieron su función original y acabaron como polvorines, llenos de chatarra militar. Algunos dicen que sirvieron de refugio durante los bombardeos en la Segunda Guerra Mundial y otros que se utilizaban para comunicar el puerto con otros puntos de la ciudad. También encontré el túnel del surtidor de agua de Valladares, que provisionaba a la ciudad con el agua derivada del río Zamáns, pero parece que está en muy malas condiciones. Un miembro del *Club de Montañeros Celtas* afirma en un reportaje en internet: “Es necesario avanzar despacio y con cuidado. Aunque no se atisba la salida, una ligera corriente de aire indica que debería existir alguna”. Al siglo XVII se le atribuyen varios túneles en la parte baja de O Castro, la zona fortificada de la ciudad, bajo los restos del Castillo de San Sebastián. Probablemente fueran construidos por Felipe IV como defensa frente a los piratas ingleses, aliados de los portugueses en la Guerra de la Restauración de Portugal (1640-1668) y podrían comunicar el castillo con la zona baja de la ciudad.

En el mismo centro urbano, según afirma el escritor Manuel Esteban en un tuit del día 9 de febrero, a finales del s. XIX se inauguró una calle subterránea que solo permanecería abierta hasta 1883 debido a las denuncias de delincuencia, suciedad y mala iluminación. Esta calle subterránea comenzaba O Salgueiral, en la actual Puerta del Sol, donde aún se encuentran unos azulejos publicitarios de licores Pedro Domecq con unos leones. —«Porque el que sabe, sabe que Domecq sabe mejor», decía mi madre cada vez que los veía, decía mi madre siempre que los veía. Supongo que fue un eslogan muy famoso de la época— y bajaría hasta la calle Victoria, en la Alameda, desembocando en la actual Travesía Primera de Vitoria, hoy repleta de terrazas. Si observas en esa dirección desde la plaza, parece que hay una iglesia. En realidad, la calle subterránea fue cerrada con un trampantojo; tapiada y pintada como si fuera la fachada de una iglesia románica del Camino de Santiago. Las arquivoltas y la concha de vieira central del tímpano fueron pintadas a mano. Encima, un rosetón *fake*, impreso en vinilo adhesivo, con el lema ‘Ora pro nobis’ en cursiva Garamond. La puerta de madera, sin embargo, es auténtica. Me pregunto quién tendrá la llave.

Risas

Pero lo mejor, lo mejor de este mundo, es cuando nos entra un ataque de risa y se mezclan nuestras carcajadas explosivas, cataclísmicas, que se sincronizan y se retroalimentan como instrumentos de una banda de música que combina percusión y flautas y cantos atávicos de indígenas celtas, y nos reímos tanto y —tan alto— que no podemos respirar y nos ahogamos. Nos quedamos sin aire y yo exclamo: “Ay, ¡que me muero aquí mismo!” y ella, por encima, me hace cosquillas o me agarra el cinturón de la bata y nos quedamos enganchadas —ella a mi bata y yo a su mano— y es imposible pensar en cualquier otra cosa que no sea en esa tontería o ese gesto, porque la risa abarca todas las profundidades y dimensiones del tiempo y el espacio.

Entonces, cuando pienso que ya no voy a poder más, que he llegado al límite de mi capacidad pulmonar y que solo me espera la muerte, le digo: “¡Para!, ¡para!”, y ambas cerramos los ojos y cogemos un poco de aire entre lágrimas, pero es que es imposible y se nos escapan unas risillas flojas al principio, risillas tímidas, porque intentamos controlarnos, porque reírse así es un escándalo, y seguro que nos oyen las vecinas por el patio, pero es que es inevitable que poco a poco volvamos a la carga y explotemos otra vez, y yo intento pronunciar, a duras penas, una súplica: “no-me-hagas-reír-más-que-me-ahogo” o “¡ay-que-me- muero!” y ella lo vuelve a hacer, vuelve a repetir esa última frase absurda, o ese gesto que a veces hace para meterse en la cama, que es como un pequeño saltito lateral impulsándose con la cabeza como si fuera Esther Williams pero sin levantar los brazos, y yo le digo: “¡Pareces Esther Williams tirándose a la piscina!” y ella se monda y le salen un par de gallos pequeños, *ji, ji*, como de niña mala que hace una travesura durante la misa, y cuando escucho *ese ji, ji* sé que esa es la señal, esa es la señal de que vamos a volver otra vez.

Y cuando por fin paramos, tras un buen rato de idas y venidas, noto como se ha oxigenado toda la sangre de mi cuerpo, como el aire ha entrado en mis células hasta las mitocondrias, que algo dentro de mí se reinicia, se resetea, y pienso que qué bien

estar aquí, donde debo estar, compartiendo esas risas cómplices de niñas malas, esa fiesta del linaje, desternillándonos con nuestras ancestras en carcajadas atávicas. Entonces pienso que eso es lo mejor, lo mejor, lo mejor, del mundo entero.

Transcripción exacta (18 de abril)

“Ven pacá que te voy a poner los ojos como culos, corazón de melón. Yo voy y tú vas con él. Te voy a poner tres telarañas porque eres una arañenta, ¡socorro! Dicen que no viene, ¡diles que vengan! Ocho menos cinco. Se ríen, ¿sabes? Se ríen de mí. ¿Tiene pelo?, un poco no es mucho, cuando me vaya por la tarde tienes que levantarme la ventana para salir. ¿Y este calvo quién es?, ¿ese calvo quién es?, ¿ese calvo quién es? No tuviste tiempo, ¿verdad? Nena, nena, levántame, vamos, vamos a la calle, al segundo piso, límpiame esto, vamos levántate. Dame la chaqueta. Tengo un espíritu cualquiera.

¿Me das una patada?, ¿me das un bombón?

Vamos a ir en coche, dame las piernas. Vamos por la carretera, péiname. Esa lámpara ¿cómo se titula? Tienes los ojos llorosos ¿el judío todavía está vigente? ¿el profeta hindú? Mahoma mandó cerrar los colegios. Vete a los libros, a oscuras, danos el ambiente, que nos des el ambiente, trae el bolso, para verlo. En la calle gusta, gusta mucho. ¡Que te quedas dormida y te das con la cabeza en el suelo! ¡Dios mío! Dame ese pan, dame pan. *Moito miras para min, moito me triscas o ollo, soy criada de servir e non podo atender a todo.* El cura come muchas cosas de cura.

¿Tú conoces a todos esos?

Déjame que tengo que coger números. Quiero siempre el mismo sitio. Quiero ir siempre al mismo sitio. Bajamos juntas y vamos hasta el puerto por la carretera. Tú vas detrás.

Libertad, dame libertad. Ven aquí a tocar la gaita. ¿Viste el cielo todo rojo? ¿Y sirve para mañana? ¡Socorro brú-brú! Queremos un coche. Dame palabras. Perros ladran. Tú eres una nefasta. Ella tiene cara de tristeza. Me vas a comer. Mira que feo es este hombre, lo tiene todo feo. Tú eres las cinco estaturas. Cierra la cortina.

Ciérrame la cortina que tengo en la cara. ¿Sabes quién estuvo en casa? ¡La reina de Inglaterra!

Estuvo muy correcta.

Dónde vas con mantooooon de manila (cantando). Tú andas igual que si fueras un camello. Esa es una gente bárbara. Lo cogió el camión por el barco, la del árbol que vino el alcalde a Vigo, cuando cogemos las cosas del barco, del barco que mágico-légico, nené, que actúa desde lejos. Si está aquí mi madre no te deja hacer eso, y yo aquí, trabajando toda la mañana. Compra para ser en medio de lo salvaje. Tiene unos zapatos nuevecitos. Que te diga a ti si tú puedes ayudar en Cangas. No puede ir porque no tiene libélula. No tiene nada. A mí me gustaría que me lo trajeras a casa, la parte de debajo. Apágame la puerta que yo no sé leer esos signos. Yo no voy a esos sitios, yo no voy, eso no es para mí.

Patito.

El perro no, la cabra, la mula. Porque el que sabe, sabe que el amor sabe mejor”.

Neurogénesis

8 de febrero de 2050, 4.45 a.m.

Dora llega a casa después de cenar con el equipo del laboratorio. Habían reservado una experiencia gastronómica completa en el restaurante GASTRODAT, cuyo software algorítmico había sido premiado internacionalmente. Su funcionamiento era sencillo: según los parámetros introducidos a partir de las características de los comensales —edad, IMC, grupo étnico, grupo sanguíneo, piezas artísticas tridimensionales favoritas—, unidos a un análisis estímulo-respuesta de las papilas gustativas (que te hacen pasando un bastoncillo por la lengua en una barra previa al comedor), el algoritmo diseña un menú especial acorde con gustos, estado físico, intolerancias alimentarias, enfermedades crónicas, ingresos y magnitud del evento a celebrar, ajustando al máximo el nivel deseado de carbohidratos, proteínas, grasas, azúcar y alcohol en sangre.

Esa noche todo el equipo dio carta blanca a la propuesta del GASTRODAT. El menú no incluía recetas con grasas trans ni grasa animal. Hacía décadas que no se usaban para consumo humano, desde que los estudios del dr. Friedrich T. Valley y su equipo en Houston demostraron su relación directa con el neuroenvejecimiento. Su eliminación de la dieta había alargado la esperanza de vida unos veinte años. En 2050, la esperanza de vida media femenina estaba en 135 años, mientras que la masculina se mantenía en 125.

El GASTRODAT había preparado unos aperitivos variados: tomates secos, salsa de ínfulas, microlangostas y crujientes de plancton con forma de pirámides de Egipto. Los detalles eran abrumadores: la textura de las piedras, el color del desierto... Casi podías sentirte Gulliver en el Valle de los Reyes. Y el sabor, una delicia. Logradísimo.

Mientras les metían mano a los canapés con forma de pirámide de Keops, John le echó en cara a Dora que no hubiera ajustado correctamente los parámetros de radiación y humedad de las células madre neurales in vivo en el NEUROGÉNERATOR —cuyo éxito celebraban precisamente— y que, por su culpa, se hubieran retrasado los avances del equipo. La plantación de neuronas derivadas de células madre en líquido amniótico era una labor de alta precisión y su cuidado era responsabilidad de Dora: los indicadores debían revisarse minuciosamente cada tres horas. A pesar de eso, Michel Frid, investigador principal del proyecto, no había despedido a Dora. La amaba, aunque no se lo hubiera confesado a nadie. Ella olvidó ajustar los nuevos parámetros de la plantación neuronal y hubo que volver a imprimir en 3D las protoneuronas diseñadas por el dr. Huang You en el laboratorio de Hong Kong.

Primeros síntomas. Afasia

Lo supe mientras sucedía. Intenté restarle importancia, borrarlo del catálogo de hechos factibles. Pensé: “voy a esperar media hora a ver si se le pasa”, pero no se le pasaba. “¿Estás bien?”, le preguntaba insistentemente. “Sí, sí, todo perfecto”, respondía ella. A los tres minutos yo volvía a la carga: “Pero ¿estás bien?” “Si, si, todo perfecto”. “¿De verdad?”, insistía yo. “DE VERDAD”, aseveró rotunda.

Hacía mucho calor. Finales de agosto. El sol entraba por las rendijas de las persianas venecianas y proyectaba una atmósfera de confeti salpicada de polvo en suspensión. Las zonas de sol contrastaban con el abismo de la mayor negrura. Manteníamos —Manolo (su compañero, como ella decía), mi madre y yo— una conversación banal. Una de esas conversaciones que has tenido mil veces, —puede que en realidad siempre tengamos la misma conversación con nuestras familias— en una de esas sobremesas veraniegas después del salpicón, o el gazpacho, o la tortilla de patata, mientras esperas a que baje el sol para salir a una terraza a tomar algo a la fresca. Una conversación somnolienta y pegajosa, tanto que ni la recuerdo. De repente pasó algo que daría un giro absoluto a los acontecimientos de mi vida. Una aparente errata lingüística, una nimia confusión verbal que podría pasar desapercibida, desataría la furia de los océanos y los volcanes y desencadenaría el terremoto que inicia este relato en forma de verbo porque en el principio fue el Verbo.

Concretamente la primera persona del singular del verbo *Pintar*.

El mundo se conjugó como si ese verbo albergara todos los significados de todas las acciones humanas posibles. Aunque en su mente, en el cerebro de mi madre —estoy segura— las neuronas pasaban las páginas correctas de su diccionario mental de verbos, mientras sus compañeras, las otras neuronas, las que articulan la lengua, el aire y la forma precisa de los labios, la que permite emitir los sonidos exactos, no los encontraban. Error del sistema. Mi madre conjugaba únicamente ese

verbo como si fuera el *software* de una asistente de voz, como Siri o Alexa en un fallo de transcripción. *Error 303: Reinicie el sistema. Error 403: Instale la actualización 4.0. Error 503: Póngase en contacto con el servicio técnico.*

Inmediatamente inicié una labor detectivesca, una mayéutica maldita, que escondía, detrás de preguntas cotidianas, la misma respuesta espeluznante. «¿Qué has comido?» —«He pintado pescado». «¿Qué vas a hacer mañana?» —«Pinto al banco, a Caixanova». «¿En qué ciudad vives?» —«Yo pinto en Vigo» ...

Una hora después los nervios y la confusión aumentaban. A mí se me ponen, los nervios, en el estómago y me dan náuseas y dolor de barriga y cuando me duele la barriga entiendo que la cosa es peliaguda y que va en serio. Manolo y yo nos mirábamos intermitentemente sin decir nada, hasta que el sistema del cerebro de mi madre se reinició automáticamente. Temía que se le inmovilizara una parte de la cara o un brazo o que se desplomase de repente. Todo podía suceder, aunque no sucedió nada; no sucedió nada más aquella tarde en que sucedió todo. El día continuó con su disfraz de insustancialidad, sostenido por una inercia fingida y tensa.

Para los japoneses la diosa del sol, Amaterasu, fue la creadora del lenguaje. En China fue el Hijo del Cielo, T'ien-tzu quien entregó el lenguaje a los hombres. Entre los griegos su origen está asociado a Prometeo, quien roba el fuego del Olimpo y se lo da a los hombres para que comiencen a hablar. Amaterasu, T'ien-tzu o Prometeo nos dieron las palabras, pero nadie imaginó que algún día, podrían arrebatárnoslas, que ese hechizo mágico se deshiciese. Tener las palabras en la cabeza, sí, pero no encontrar los sonidos, no poder articular con la garganta, no poder dar órdenes a nuestras bocas, a nuestras lenguas, olvidar la coreografía de los labios para que exhalen, indolentes, en actos reflejos “caaasaaa” o “amigooo” o “ayuuuuda”. Tener el verbo sin la coreografía del cuerpo es como no tener nada, solo ideas que se desvanecen encerradas en tu cabeza. Una única voz de un narrador omnisciente en perpetua intimidad.

Un mal día

Seis de la mañana. Escucho que ella me llama: “¡nena!, ¡nena!, ¡nena!”. Al principio con un tono suave, pero luego despierta la bestia que lleva dentro y empieza a gritar, fuerte, muy fuerte: “¡socorro!”, “¡socoóoorroooo!”, “¡nenaaaaaa!”, “¡socoóoorroooo!”, “¡nenaaa!”, “¡neeeeeeeeeennaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa!”. Y sigue, y sigue, desconsoladamente. Yo le digo que tranquila, que estoy aquí, que no se preocupe, pero no hay manera. Ella continúa: “nena, nena, nena...”; “nena” sin descanso; “nena” como un metrónomo acelerado.

Sobre las nueve, un pequeño sueño: con diez o doce minutos le basta para recuperar fuerzas y volver a la carga. “Nena, nena, nena...”, “llévame donde el tío”, “dame un millón de pesetas”, “eres guapa y te quiero”, “tengo los pies redondos”, “dame un beso de la cartera”, “tienes granos en los ojos”, “nena, nena, nena”, “vísteme”, “vamos, vamos, vamos...”, “llévame a Cangas”, “Mari Carmen”, “María Jesús, María Jesús, María Jesús”.

Desayunamos rápido, andamos un poco con el andador y vamos al sofá. Seguimos: “vamos, vamos, vamos”, “nena”, “no me dejes sola”, “tengo miedo”, “tengo sed”, “dame agua fresca”, “¿puedo hacer pis?”, “mocos”, “etiqueta, etiqueta, etiqueta...”. A veces se le pega una palabra cualquiera y la repite durante horas: para ella, supongo, significa todas las palabras del mundo.

Otro pequeño sueño y renace con una fuerza sobrenatural. Algo la obliga a llamarme sin parar, aunque yo esté sentada a su lado. Oigo: “¿Dónde está la niña?”, “¡neeeeeenaaaaaa!”. “No grites, estoy aquí”, digo, sabiendo que será en vano. Es casi la hora de la comida; voy a la cocina. Mientras preparo la bandeja, la escucho llamar, desconsolada. Sé que, aunque vaya, no servirá de nada. Aun

así, voy; le doy un beso y un abrazo y le digo: “Tú eres mi amor”, y ella responde: “Y tú el mío”. “Ahora te traigo la comida”. “Muy bien, tengo hambre”. Vuelvo a la cocina y vuelven los gritos.

Mientras le doy de comer, traga muy rápido y así le da tiempo a decir, después de cada cucharada, “vamos, vamos, vamos”, como si llegaríamos tarde a algún sitio. “¡Tengamos la comida en paz!”, le pido. Pero ella sigue: “etiqueta, etiqueta”, “vamos, vamos”, “etiqueta...”. “¿Quieres ir a la cama a dormir la siesta?”. “Sí, vamos, vamos”. La subo a la silla de ruedas, la desvisto, le pongo un pañal y la meto en la cama. Sé que no servirá de nada, pero rezo por media hora de paz. En cuanto la arropo: “Levántame”, “vísteme”, “Ilévame donde el tío, el tío Paulino, que era tan bueno”. Me pongo los auriculares para intentar descansar, pero ella continúa: “nena, nena, nena...”, “vamos, vamos”, “¡socorro!”, “¡socooooorroooo!”, “¡nenaaaaaa!”, “¡soooooocooooorrrroo!”, “¡neeeeeeeeeennaaaaaaaaaaaaa...!”. “Descansa un poco, ¡estate callada!”, le suplico; se enfada: “¡Cállate tú!”, “fea”, “mona Tiburcia”.

Con “mona Tiburcia” me muero de risa y ella me imita, burlona: “ja, ja, ja”, “qué risa, María Luisa, que se cagó por la camisa”. Le hago cosquillas —las odia— y me lanza insultos tan absurdos que me desarman: “tetona”, “Leocadia Virutas”. Entonces la levanto, la vuelvo a vestir, la peino, la calzo y la llevo al sofá a ver la tele o una peli; le doy un helado de chocolate. Da igual la peli. Da igual que estén contando una bomba —que María Teresa Campos y Bigote Arrocet han roto por WhatsApp—: ella sigue con su letanía de “nenas”, “socorros”, “etiquetas” y “Maríajesuses” hasta la hora del telediario. “Mira, que empieza el telediario. A ver qué dicen del virus de China, que parece que va en serio”. “Sí, sí, qué miedo”, dice, y abre mucho los ojos. Pasan unos minutos y vuelve a empezar. Otro microsueño; aprovecho para ir a la cocina a por la cena. Más gritos. A las once, exhausta, por fin se queda en silencio; a las once y cuarto, dormida. Voy a fregar la cocina pensando que mañana doblaré la dosis de las pastillas. Estoy agotada. Ya en la cama, leo unos minutos en una paz absoluta. Rezo para que el día siguiente sea distinto, porque dudo de la capacidad de resistencia de la mente humana ante los gritos sistémicos. Me viene a la cabeza un artículo de *The New Yorker* sobre cómo, en Guantánamo, ponían la canción “Genie in a Bottle”, de Christina Aguilera, durante días enteros como tortura acústica. Me duermo pensando que yo sería una prisionera de la leche y que lo tendrían crudo esos hijos de puta para sacarme información.

Curadora

Como una vulgar errata en el relato de mi destino la palabra “cuidadora” resuena en una frecuencia similar, parónima, a la palabra “curadora”, el camino que yo, casualmente, había elegido para orientar mi futuro profesional. A su vez “cuidar” viene del latín *cogitare* que significa “pensar”. Porque los cuidados no se improvisan, hay que planearlos. Hay que dibujar con cada enfermo un mapa de fracasos hasta encontrar una “rutina”, esa fórmula mágica que evoque una falsa sensación de normalidad. Cuidar cambia las prioridades y convierte en esencial lo inadvertido. Debes elegir entre el acecho constante de la muerte o a la irreductible fuerza del amor. Piensas constantemente: “¡olvidate de esa frivolidad!, ¡ya habrá otras fiestas!”

“Curadora de arte contemporáneo”, o “comisaria de arte contemporáneo”, nombra el perfil de un gestor cultural que concibe y produce exposiciones, media entre las instituciones y artistas, diseña los recorridos expositivos, administra presupuestos, escribe los textos...cuida, en definitiva, de que la exposición crezca y se desarrolle desde su estado embrionario hasta su muerte.

Finalmente, el arte contemporáneo y su capacidad de representar y cuestionar el mundo tuvo que ceder el paso al trabajo afectivo: los cuidados y el mantenimiento desesperado de la vida. Ambos afectos son ahora incompatibles. No cabe el poliamor en los cuidados.

Dispositivos humanos para el recuerdo

Los *post-it*; las pizarras de cocina; los *souvenirs*; las listas de la compra (aunque acaben olvidadas en los bolsillos de los abrigos); las tarjetas de visita; los rabos de pasa; los adhesivos de rivastigmina; los CD, los *pendrives* y los discos duros; las carpetas clasificadoras y los cartapacios con anillas; los diarios; los retratos; los paisajes figurativos (como género pictórico o fotográfico); los bodegones (*ídem*); las *vanitas* (*ídem*); las estatuas ecuestres; los arcos de triunfo; las placas de las calles; la nube; escribir con boli en la palma de la mano; los relojes (recordatorio del paso inexorable del tiempo y de la llegada de la muerte); las lápidas de los cementerios; los cementerios, en general; los regalos que no se devuelven (tanto los que gustan como los que se aborrecen); los buzones de voz; las biografías; las críticas de los suplementos culturales; los álbumes de fotografías; los tatuajes; las cicatrices; los premios; cambiarse de muñeca el reloj o de dedo el anillo; las cápsulas del tiempo que se entierran para ser desenterradas cincuenta años después; las canciones; los olores; las recetas familiares; los marcapáginas; la copia de seguridad del Mac; los libros; los petroglifos; las Pirámides; Wikipedia; los estribillos que se repiten en las canciones; las técnicas mnemotécnicas; la magdalena de Proust; los elementos guardados en la página de inicio de Facebook; el historial de nuestros navegadores; los mensajes en una botella; los cumpleaños, los aniversarios y los homenajes; las alarmas del móvil; las cartas de amor; los catálogos de exposiciones; los museos.

Mundus Subterraneus

El magnetismo es la causa del movimiento de los planetas y del amor entre las personas. Un armadillo es un híbrido entre un erizo y una tortuga. Si construimos una torre para alcanzar la Luna, su peso alterará la órbita de la tierra y la movería de su posición en el centro del universo, resultando una distorsión cataclísmica del orden natural. La enfermedad es causada por organismos minúsculos que entran en el cuerpo desde el exterior.

Desarrollemos hipótesis falsas para descubrir teorías verdaderas: hagamos un mapa de los cráteres de la luna, dibujemos el prototipo de la primera cámara oscura; creemos un piano de gatos -cada dedo activa una tecla, cada tecla una aguja y cada aguja se clavaría en el culo de cada gato haciéndolos maullar en diferentes tonos- (¿esta nueva forma musical podría ser considerada maltrato gatuno?), construyamos un órgano de tubos de agua y un arpa que sea tocada con la fuerza de los vientos; identifiquemos y anotemos las notas musicales del canto de los pájaros; imaginemos un instrumento para espiar conversaciones a distancia -como una gran embudo con una cánula finísima-, diseñemos un autómatas que esconda en su interior al hombre verdadero, hagamos un mapa de China casi exacto sin haber estado nunca, descubramos un complejísimo sistema de engranajes y poleas que resuelva operaciones matemáticas del s. XVII y cuyo manual de instrucciones conste de 850 páginas, desarrollemos una lengua universal con tan solo veintisiete caracteres.

Todas estas maravillosas ideas no son mías, sino de Atanasio Kircher. Llevo semanas fascinada con su imaginación prodigiosa. Sus obras son híbridos raros que combinan ciencia y esoterismo, neoplatonismo creativo y justificación teológica, como este mismo texto que estás leyendo ahora.

Imitando el arrojo de Plinio el Viejo -que falleció al acercarse al Vesubio en la famosa erupción del 24 de agosto del año 79 d. C.- Kircher, un jesuita alemán,

humanista de vocación enciclopédica, descendió por el cráter del mismo volcán mil quinientos años después, colgado de una cuerda, para observar su interior. Fascinado por el comportamiento dinámico de la Tierra, atraído por los ruidos subterráneos, los fósiles y por los efectos del terrible terremoto que destruyó la ciudad de Euphemia en 1638, pensó que iba a engullirlo y fenecer allí, pero en contra de sus conjeturas, no fue así.

Fue entonces cuando decidió escribir *Mundus Subterraneus* en 1665, un tomo - reeditado y ampliado años después- que desglosaría los misterios del subsuelo con unas ilustraciones maravillosas. Para redactarlo contactó con todas las misiones jesuitas repartidas por el mundo pidiéndoles que le escribieran inmediatamente si la tierra, los mares o los lagos sufrían cualquier tipo de alteración. El volumen de la correspondencia que recibía se volvió ingente.

En *Mundus Subterraneus* enuncia su teoría de que la Tierra está completamente horadada por diferentes cavernas y canales por donde corren el agua, el fuego y el aire (pirofilacios, hidrofilacios y aerofilacios), resultado del ciclo orgánico e incandescente del fuego eteno que mora en el centro telúrico de nuestro planeta. Decía que dentro de la Tierra había un sol como el del cielo, y que el globo terráqueo era un ser orgánico en constante devenir magmático.

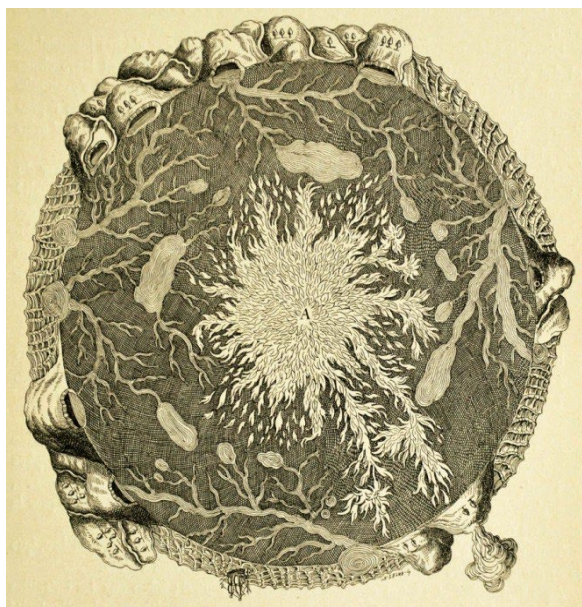


Ilustración del interior de la Tierra de *Mundus Subterraneus* de Atanasio Kircher

La teoría geocósmica de Kircher me recuerda a una película titulada *El nadador* basada en un cuento que John Cheever escribió para *The New Yorker* en 1964. En ella Ned -un fantástico Burt Lancaster cincuentón en bañador turbo-, decide regresar a casa nadando a través de las múltiples piscinas de sus vecinos adinerados de la típica urbanización residencial americana. En su mente las piscinas están tan cerca unas de las otras que “hacen un río”. Ned se sumerge en una piscina y emerge en otra, y así avanza su viaje. En cada piscina sucede un nuevo episodio de la trama. Poco a poco se deduce que algo no encaja ni con el tiempo (pasado), ni con el principio de verosimilitud de la historia, hasta que el espectador descubre (alerta *spoiler*) que nuestro protagonista está arruinado y que la vida de excesos que una vez llevó le ha conducido a la bancarrota y a la pérdida de todo cuánto tenía. Ned también buscaba bajo tierra lo que había perdido sobre ella.

Where the streets have no name

12 de noviembre de 2049

Dora conocía en profundidad el trabajo de Frid. Lo había *stalkeado* durante años en la *Dark Web*. Había rastreado sus perfiles en los foros científicos, leído los artículos que publicaba bajo el pseudónimo de Dr. Frank para burlar las consignas del Consejo Superior de Investigaciones Sinápticas y se hubo suscrito a las revistas en las que habitualmente le entrevistaban como *Man of Tomorrow* o *Neural*.

Todo empezó documentándose para su tesis. En vez de buscar bibliografía comenzó a seguir el rastro de Frid. Todo el mundo sabía que Frid era el mejor, pero también que se saltaba los protocolos éticos de investigación del C.S.I.S. de hibridación interespecífica (el cruce de dos o más especies). Además, experimentaba con cadáveres cuyas neuronas sometía a numerosas pruebas experimentales: radiación iónica, trasplantes, congelación... Científicamente ya se había logrado aislar y cultivar células troncales a partir de tejido cerebral *post mortem* de humanos adultos, pero todavía estaba prohibido testarlo en humanos vivos.

También se rumoreaba que había congelado cuerpos humanos en tratamientos paliativos (aún vivos) y que, realizando una técnica de descongelación secreta que evitaba la micro cristalización de la sangre, había conseguido reactivar la vida neuronal de dichos pacientes, que respondían antes de morir, con ciertos picos de actividad o picos epileptiformes en su encefalograma e incluso, dicen las malas lenguas, reactivando por completo el área de Broca —el área del cerebro donde reside el lenguaje— pronunciando algunas palabras e incluso frases gramaticalmente correctas.

Frid se convirtió en el sucesor del neurobiólogo Joseph Altman. A partir de 1965 Altman estudia el proceso de generación de nuevas neuronas (neurogénesis) en el cerebro adulto empleando la autorradiografía con timidita tritiada, técnica que se utiliza para medir la proliferación celular y la síntesis de ADN (TH3) para marcar células en división, Altman describió la neurogénesis en algunas áreas del cerebro posnatal y adulto de la rata, específicamente en el bulbo olfatorio y en el giro dentado hipocampal, pero sus investigaciones fueron ignoradas.

Hoy la evidencia experimental sugiere que el péptido β -amiloide por sí mismo regula la proliferación de las células precursoras neurales y la neurogénesis en cerebros adultos. Altman halló una puerta hacia la regeneración neuronal. Un descubrimiento que transformaría para siempre nuestra especie. Cuando Dora lo comprendió, le temblaron las manos y se le entrecortó la respiración.

A Frid muchos colegas le llamaban a sus espaldas Vic Frank (Víctor Frankenstein), por el personaje de la novela de Mary Shelley: por las similitudes obvias y por su deseo, decían, de ser Dios. Dora buscaba cada día nuevas noticias en la Red, nuevas fotos, nuevos artículos. Escuchaba los pódcast donde lo entrevistaban, veía sus presentaciones en YouTube, leía una y otra vez sus publicaciones; analizaba sus gestos, su ropa, su lenguaje... le faltaba, por supuesto, acceder a NCZVED, su laboratorio.

Penetrar en las entrañas de su empresa para comprobar si finalmente eran ciertos los rumores. ¿Por qué ningún científico lo había conseguido hasta entonces?, ¿o quizá sí?

La noche anterior a su primer día como becario no pudo dormir. Se preguntaba si sería como lo había imaginado. Se encontraría con un laboratorio de última generación, proyectado por el prestigioso arquitecto Ulrich Heim. Heim había diseñado el edificio del Consejo Superior de Investigaciones Sinápticas, una estructura heredera de la arquitectura de Zaha Hadid con forma de neurona que se expandía a través de diversos túneles que, como dendritas, conectaban los edificios secundarios -la cafetería, las oficinas, el gimnasio, el aparcamiento o el espacio de relax- con el cuerpo celular: la zona del laboratorio. NCZVED tenía una estructura similar, pero de un tamaño mucho menor.

Parte del laboratorio estaba construido bajo tierra como medida anti-espionaje, y estaba dotado de las últimas medidas de seguridad que evitaran las filtraciones a las grandes farmacéuticas además de incrementar la eficiencia de su climatización y aprovechar las temperaturas estables del subsuelo. NCZVED estaba pintado de un blanco imaculado. Recubierto en su totalidad por placas solares blancas, refulgía con el sol del amanecer; la hora de entrada al trabajo de los empleados del laboratorio.

Dora fue la primera en llegar. Sin dormir, pero perfectamente estimulada por sus *boost* de ginseng, jalea real y omega-3. Colocó su ojo en el lector biométrico de retina.

Quizá Frid aún no había actualizado los códigos de seguridad del laboratorio con sus datos y quizá le denegasen la entrada. Espero diez segundos y sonó un amable tintineo. *Tin-tin-tin*. “Personal autorizado”. Estaba dentro. Decidió que lo primero que haría sería saludar al jefe. Se dirigió al despacho de dirección. Por fin vería el despacho de Frid.

Optó por tomar la iniciativa y acercarse *motu proprio* a la zona 3, la zona de despachos y archivos que Frid almacenaba en papel, además de tener una copia subida en la nube y otra en varias granjas de *big data* que muy probablemente estuvieran en las costas de mar Báltico, aprovechando el frío para la refrigeración de los servidores. La zona 3 no tenía esa aura nívea del resto del edificio. Era estilo Bauhaus, con colores primarios y materiales nobles, madera incluida, como si hubiera sido diseñado en el s. XX. Dora solo recordaba el pasillo que conducía a la cocina donde Frid le había preparado aquel batido ultra proteico el día de la entrevista personal. No era descabellado pensar que a las siete de la mañana se encontraría allí desayunando en su taza del MoMA, viendo algún catálogo de artistas como Koons o Hirst, escuchando a Bowie o su álbum favorito, uno titulado *The Joshua Tree* de un grupo llamado U2. Llamó a la puerta y escuchó su voz. Abrió y, Frid, efectivamente, le preguntó si le apetecía un batido utraproteico de espinaca transgénica.

Si tuviese un día libre «dormiría»

En su carné de identidad pone que se llama Pilar Padín. Pero, aunque pusiese otro nombre ella seguiría siendo un pilar, uno verdaderamente estructural. Esta mujer es la columna vertebral de una casa de Xeve (Pontevedra) en la que dos personas -su suegro y su hijo- dependen de sus cuidados para sobrevivir. Así, ella encarna bien ese trabajo tantas veces invisible que hoy, con motivo del 8 de marzo, se reivindica.

Pilar, natural de O Salnés, lleva gran parte de su vida cuidando a varias personas a la vez. Hace veinticinco años nació Jesús, su hijo, que tiene parálisis cerebral y no anda ni habla. Con él pasó por distintas fases. De pequeño lo tuvo con ella *facéndolle todoño*.

Luego, a raíz de enfermar ella, Jesús estuvo interno en un centro especializado en Santiago de lunes a viernes. En esa época, ella trabajó cuidando a una persona mayor y se ocupaba de su hijo los fines de semana. Cuando Jesús llegó a los 21, lo trajo a casa con ella, a Xeve, y comenzó a llevarlo diariamente al centro de día de Amencer.

Pero en su casa de Xeve hay necesidad de cuidados más allá de Jesús. Pilar también se ocupó de su suegra, que tenía alzhéimer. Y ahora cuida del suegro. ¿Cómo es su día a día? “Pola mañá preparóos aos dous, doulles o almorzo e logo teño que levar a Xesús a Amencer, xa que como non teñen máis usuarios de aquí non poden vir por el. A Xesús teño que mandarlle comida porque ten problemas de estómago e non o podo deixar comer alí. Logo veño, fago as cousas, fago de comer e xa teño que volver polo rapaz. E o resto do día aquí estou, con un e co outro”, cuenta a los pies de la cama de Jesús, que está malo de la barriga y no pudo ir al centro de día.

Pilar reconoce que a veces se ve superada, que cuando llega a la cama no se lo cree: “Déitome e penso... por fin, por fin podo durmir. Pero en realidade xa durmo pensando no día seguinte”. Señala que no se plantea dedicarse un minuto a sí misma,

salvo cuando tiene un achaque de salud -como le pasó recientemente- le obliga a ir a rehabilitación. Por lo demás, su vida es su casa y los viajes a Amencer: “Non vou nin cortar o pelo, fágoo eu na casa. Estas dúas persoas dependen de min para todo”, afirma mientras Jesús y Alfonso juegan con un osito de peluche.

Las redes micorrícicas imponen su propio sistema basado en la solidaridad

Todas las ciudades tienen en el subsuelo su reverso: una réplica en negativo, secreta, cronstruida en la oscuridad. Algunos afirman que fueron los espíritus de los muertos quienes, debido al lento fluir del tiempo, se entretenían en recrear las calles que habían habitado en vida, movidos por la nostalgia de la luz.

Siglo tras siglo, muy, muy, despacio, realizaron pequeñas excavaciones bajo la tierra expandiendo sus sepulturas. Algunas como París están completamente horadadas en kilómetros de catacumbas que compiten con los cementerios terrestres. Otras como Derinkuyu, en Turquía, cuenta con once niveles de profundidad, seiscientas entradas y numerosos túneles que la conectan con el exterior, así como lugares para dormir, establos para el ganado, pozos, tanques de agua, cocinas, canales de ventilación, baños y tumbas. Se calcula que podían residir allí simultáneamente unas 20.000 personas.

Las ciudades, en realidad, son como un iceberg. Solo el 11% es visible en la superficie; lo que resta nunca es iluminado por el sol. El subsuelo canaliza la energía que viene por la tierra —los suministros de agua, gas, fibra óptica y electricidad— como los nutrientes minerales que van a las raíces de los árboles. Las raíces a su vez se comunican entre sí en lo que la ecóloga forestal Suzanne Simard denominó *wood-wide web*: redes de hifas subterráneas creadas por hongos filamentosos, antiguamente llamados “mohos”, que conectan las plantas individuales transfiriendo agua, carbono, nitrógeno y otros nutrientes y minerales. Un entramado subterráneo que ayuda a los bosques a comunicarse a través de señales bioquímicas y eléctricas. Si hay peligro, se avisan entre sí; si un árbol tiene un exceso de nutrientes y otras carencias, le hace un trasvase. Las redes micorrícicas imponen su propio sistema económico, basado en la solidaridad.

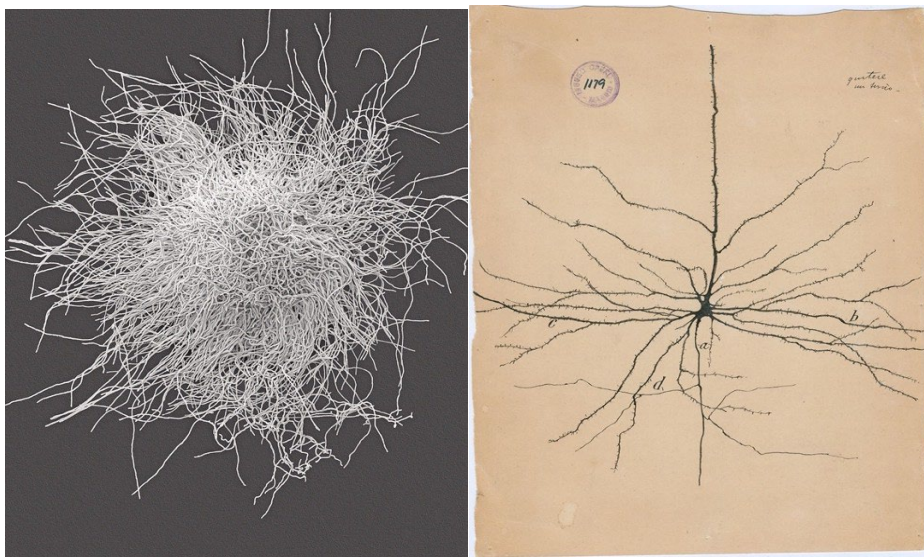
El socialismo del subsuelo, como el de los mohos, también lo practicamos nosotras, las cuidadoras, ajenas al individualismo imperante en las ciudades terrestres, enterradas en vida en nuestro ritual atávico y perpetuo de honra y sacrificio por nuestros familiares. El cuidado de un dependiente es una tarea altamente improductiva: no genera ganancias ni obtiene márgenes de beneficios, cansa hasta la extenuación, impone la dictadura del tiempo, siendo cada día igual al siguiente, pues el enfermo lo está siempre. Cuidar es la máxima expresión, la más radical, del anticapitalismo. Cuidar es el verdadero acto revolucionario, un acto kamikaze de un sacrificio infinito, aunque infravalorado. Nos empodera como especie cancelándonos como individuos. Cuidar es pura anulación del “yo”. Nos lo ha vendido el patriarcado, como la expresión más excelsa del amor, pero el amor en realidad no existe, tan solo existen diferentes grados de cuidados.

La palabra *micorriza*, de origen griego, define la simbiosis entre un hongo (*mykos*) y las raíces (*rhíza*) de una planta. Las ventajas proporcionadas a las plantas por la micorrización son numerosas: explora más volumen de suelo del que alcanza con sus raíces, al sumársele en esta labor las hifas del hongo, también capta con mayor facilidad ciertos elementos (fósforo, nitrógeno, calcio y potasio) y agua, y, además, la protección brindada por el hongo hace que la planta sea más resistente a ciertos estreses ambientales que afectan al suelo, como la salinidad, los cambios de temperatura o su acidificación, derivada de la presencia de azufre, magnesio y aluminio. Por si todo esto fuera poco, algunas reacciones fisiológicas del hongo inducen a la raíz a mantenerse activa durante más tiempo que si no estuviese micorrizada. Todo esto redundaría en una mayor longevidad: se ha comprobado que algunos viven más años que sus semejantes no micorrizados. En otras especies esta unión es tan estrecha, que sin ella, la planta no puede subsistir —como es el caso de las orquídeas—. Las plantas cuyas semillas carecen de endospermo (sustancias de reserva) dependen completamente del hongo para alimentarse y germinar posteriormente.

Me pregunto si la relación entre la cuidadora y el dependiente es comparable a esta relación simbiótica entre el hongo y la planta. Nosotras evidentemente seríamos hongos, unos seres invisibles, complejos, adyacentes a otra vida, a medio camino entre el mundo vegetal y el animal, que alargan y mejoran la vida de la planta micorrizada. Pensar que las orquídeas, tan bellas, no pueden vivir sin un hongo que las proteja de la salinización o de ciertas condiciones medioambientales me obliga a replantearme mi idea de belleza.

Pienso: “no quiero ser orquídea, prefiero ser hongo”. Los antibióticos surgen de los hongos, así como la cerveza o el pan. El organismo vivo más grande y longevo del mundo es, de hecho, uno de ellos, el *Armillaria ostoyae* u hongo de la miel. Tiene cerca de 8.000 años, se encuentra en el Bosque Nacional de Malheur, en Oregón (Estados Unidos), y ocupa una extensión de 8,8 kilómetros cuadrados. Tras el accidente nuclear de Chernóbil el primer ser vivo que se asentó sobre su sarcófago

fue un hongo; lo mismo en Hiroshima, tras la detonación de la bomba. Los hongos lanzan sus hifas y se agarran con fuerza al mundo: son indestructibles. Los ácidos que generan son capaces de descomponer materiales muy diversos; además, viajan por el aire en forma de esporas.



Izquierda: Microscopía electrónica de barrido (SEM) del micelio de una colonia de fungus *Trichophyton Rubrum*. Autor: Dennis Kunkel. Derecha: *La neurona piramidal de la corteza cerebral* (1904), de Santiago Ramón y Cajal.

Pienso que los micelios de los hongos se parecen a las redes neuronales que recorren nuestro cerebro, las mismas que dibujaba Santiago Ramón y Cajal. También a las galerías de una mina, a las calles de una ciudad o a un plano del metro. Pienso que, si al deambular por el subsuelo, entre túneles, oquedades, fallas, pozos, socavones, cráteres, cavidades, boquetes, conductos, barrancos, gargantas, cuevas, minas, filones, sótanos, alcantarillas, cloacas, refugios, búnkeres, fosas, catacumbas, osarios, trincheras, entrañas y volcanes —entre otras categorías subterráneas— no estaré tratando de penetrar en mis propias conexiones neuronales y que si, al recorrerlas, no estaré buscándome a mí misma, intentando salir de esta perpetua oscuridad.

Michel Frid vs. Vic Frank (2049)

Frid era visceral, inteligente, apasionado. Obsesivo en su trabajo, pero tranquilo y encantador en su vida personal. Desde muy joven había tenido clara su vocación científica. Después de la gran pandemia los gobiernos aumentaron cuantitativamente la inversión en ciencia e incluso crearon un ministerio para la investigación científica cuyas ayudas y becas le concedían anualmente. A principios del siglo XXI la gran pandemia había diezmando la población mundial como antaño la Peste Negra, el Cólera, la Gripe Española o el VIH y además se sucedían casi anualmente diferentes mutaciones y oleadas víricas. El cambio climático había potenciado nuevas enfermedades causadas por virus y bacterias hasta entonces desconocidas, que, junto al aumento de la contaminación y las resistencias microbianas a los antibióticos, debilitaba el sistema respiratorio e inmunológico de la población. El mundo occidental vivía intermitentemente a través de las ventanas que se abrían entre las abundantes cuarentenas. La investigación científica era la única esperanza de devolvernos el mundo de antes, pero fracasaba una y otra vez.

Frid nació el 14 de marzo de 2020, con el primer estado de emergencia de la edad postcontemporánea. Su madre siempre contaba que la policía les había parado tres veces antes de llegar al hospital y que cuando llegaron, la cabecita ya iba fuera, dato irrefutable que predecía que nada en el mundo le podría detener, y que sería un cabezón. Acertaba. Frid pasó una niñez tranquila en casa con sus padres, como hijo único y sin demasiados lujos. El antiguo modelo de consumo desenfrenado había resultado improductivo y altamente contaminante y se había sustituido por un modelo *slow*. Las cadenas de producción de las factorías mundiales se habían ralentizado en un intento de hacer una industria más sostenible y ecológica. Prevalecía la calidad sobre la cantidad. El capitalismo había entrado en una fase de equilibrio y se producía únicamente bajo demanda. Las fábricas no solo producían un único producto, sino que se reconvertían en varias industrias a la vez, es decir, diferentes compañías

compartían maquinaria y trabajadores adaptándose a la demanda del sector. De este modo se había reducido increíblemente las tasas de paro en la población.

El padre de Frid se dedicaba a la seguridad informática. Era lo que llamaban un “sombbrero blanco”, un hacker ético que detectaba vulnerabilidades en diferentes programas y sistemas operativos, en su mayoría institucionales y corporativos. Su madre era ceramista, siempre con la bata blanca y las uñas sucias. Al contrario que ellos —una pareja *millennial* nacidos en el boom del neoliberalismo, del consumismo frenético y de las compras *online*— Frid creció amando la sencillez de la naturaleza: los gusanos de seda; el pequeño huerto en el que su madre plantaba hierbas aromáticas como romero, orégano, salvia; las noches de verano observando la Vía Láctea por su telescopio; o su preciosa colección de lapislázuli con más de cincuenta ejemplares que le trajeron los Reyes en la Navidad del año 2031.

Durante sus años universitarios Vic Frank eclipsa a Michel Frid. El apodo se lo ponen sus compañeros cuando comenzó a presentar proyectos mezclando especies y miembros de diferentes animales, injertando órganos y ARN de unas especies en otras, creando, modificando y trasplantando prótesis celulares sintéticas o naturales. La mayoría fracasan, pero una pequeña parte salían adelante, lo que provocaba cierto revuelo en el claustro.

El primero de sus experimentos destacables fue en segundo de carrera. Inspirado por el implante en el antebrazo de una oreja quirúrgicamente construida con material biocompatible del artista chipriota-australiano Stelarc, un clásico del bioarte, implantó dos ojos de cobaya en las cuencas vaciadas de un pequeño Yorkshire Terrier rebautizado como “Ai”: la transcripción fonética de *eye*, ojo en inglés, y las siglas de Inteligencia Artificial (*Artificial Intelligence*). Frank eligió este nombre para añadir una dimensión poética al experimento. La operación fue larguísima. Conectar los nervios ópticos, encajar las sinapsis neuronales y acoplar los músculos de los globos oculares le había llevado casi trece horas. Además, insertó una especie de implante coclear que él mismo había diseñado —inspirado por los hallazgos cibernéticos cerebro-computadora del “Captain Cyborg”, un profesor de cibernética en la Universidad de Reading— para estimular su lóbulo occipital, en concreto la corteza visual primaria que es la que recibe la entrada de imágenes desde la retina, por si la zona hubiera quedado dañada.

El resultado era siniestro. Aunque el tamaño de los ojos encajaba en las cuencas, los párpados solo se abrían unos treinta grados, por lo que parecía que Ai parecía siempre somnoliento o pensativo, y, además, había un ligero desfase en la direccionalidad de cada ojo. El perrito iba de aquí para allá chocándose con los muebles de la facultad en medio de la nebulosa red de sus pestañas, entumecido por los antibióticos e inmunodepresores que evitaban el rechazo. Al cabo de dos semanas, Ai logró esquivar algunos obstáculos, encontrar su cuenco de comida y a acudir hacía quien pronunciara su nombre a cambio de alguna chuchería. El profesor Hartman le

puso a Frid una matrícula de honor. *Ai* conseguiría vivir un par de años antes de quedarse ciego y cerrar por última vez sus pequeños ojos de cobaya en el jardín de la casa de la familia Frid, donde continuó su vida, por un tiempo, como un perro biohackeado y feliz.

Frid se identifica con este pseudónimo y lo utiliza como *nick* para rediseñar su ciberidentidad. Comienza a relacionarse con la comunidad de biohackers, biólogos sintéticos, grinders, transhumanistas, ciberpunks y bioartistas del estado. A muchos de ellos no los conocía, aunque ellos a él sí. Había corrido la voz en la comunidad de que un chalado había conseguido “hacerle un Stelarc a un perro con mierda sintética”.

La comunidad biohacker de entonces aún experimentaba con la edición genética de secuencias de ARN gracias a los famosos kits que vendía la empresa The Odin como el *DIY Bacterial Gene Engineering CRISPR Kit*. El “Hazlo-tú-mismo Kit CRISPR de ingeniería genética bacteriana” que costaba 169 dólares más gastos de envío. La empresa, propiedad de Josiah Zayner, el biohacker que se había hecho famoso en 2016 por autorrealizarse un trasplante de microbioma fecal comiendo píldoras de heces para curar su intestino irritable, comercializaba varios kits que contenían todo lo necesario para iniciarse en casa en la ingeniería genética. El Kit CRISPR, uno de los más conocidos, contenía 14 placas Petri, 96 pipetas, plásmidos Cas9, guantes de nitrilo, bacterias no patógenas de *E. Coli* DH5 α , y una rejilla de microcentrifugado, además de un experimento de ejemplo de mutación genética. Con él se podía modificar el ARN de una cepa de *Escherichia Coli*.

Su favorito, sin embargo, era el *Frog Genetic Engineering Kit - Learn to Genetically Modify Animals*-, el kit de ingeniería genética de ranas-Aprende a modificar genéticamente animales. Por 299 euros más gastos de envío, te enviaba seis ejemplares vivos de rana verde *Hyla cinerea* -tres para el experimento y tres de control-, musgo, anestésico de benzocaína, grillos vivos, guantes de nitrilo, 10 jeringillas con 20 mg de ADN mezclado con reactivo, una regla y un contenedor de plástico con tapa. El experimento incluye la administración de hormona del crecimiento, que -advertían en su página web- produciría un incremento desmedido de las ranas en tamaño y peso.

Frank coincidió con muchos de estos biohackers primero en foros en internet, en chats científicos o de difusión bioDIY y más tarde, en laboratorios *amateurs*, hackeando los propios kits de The Odin. Al principio buscaba alternativas que complementaran a la ciencia: otros modos de pensar y hacer, lejos de la *Big Pharma* y de la vigilancia de los consejos científicos que controlaban todo el proceso biotecnológico. Investigar en libertad: eso quería. Se encontró con los herederos de la cuarta revolución industrial convertidos en activistas de los medios tácticos. Para ellos fue crucial aprovechar el potencial crítico de la cultura de código abierto para evolucionar hacia la era de la biología DIY: abrir la experimentación científica a todo el mundo, con independencia de títulos, licencias o los métodos, reducir costes,

democratizar técnicas y herramientas, descentralizar recursos, liberar códigos, hacer accesible el conocimiento, sacar del ámbito académico la biología molecular y divulgar formulas químicas y farmacéuticas que permitieran a los seres humanos convertirse en versiones mejoradas de sí mismos. Eso, al menos, decían.

Tras el giro epistemológico -ese momento en que los productores culturales ya no se dedican a traducir y transformar lo conocido, sino que cuestionan cómo y qué conocemos-, ya no se da nada por sentado. En la era farmacopornográfica, liberar sustancias y procesos parecía imprescindible. Ciencia para la gente, hecha por la gente.

Los caballos de Przewalski

Después de una catástrofe nuclear, la naturaleza renace. Las especies desarrollan respuestas adaptativas a la radiación, como el albinismo en algunos insectos o los cambios en la coloración de las ranas. En Chernóbil, las ranas de la zona de exclusión se han vuelto más oscuras para protegerse. También algunos hongos han mutado y se han convertido en radiotróficos, como el *Cryptococcus neoformans*, que se alimenta de radiación y la convierte en energía química a través de su melanina. La utilizan como las plantas el dióxido de carbono. Además, la ausencia de seres humanos favorece a muchas especies -en especial a los grandes mamíferos-, que se multiplican rápidamente, ocupando la naturaleza que antaño les pertenecía desafiando la extinción.

La parte ucraniana de *la zona* ahora es un santuario para multitud de especies amenazadas. La han bautizado como Reserva Radioecológica Estatal de Polesia. En ella hay osos, bisontes, ciervos, alces, jabalíes, zorros rojos, perros, mapaches, lince y lobos euroasiáticos, así como varias especies de aves y murciélagos, organismos en auténtica evolución resiliente. *La zona* eclosiona tras la tragedia como una explosión de vida: un vergel, un paraíso salpicado de agujeros mortíferos invisibles. En ella, en una tentativa del hombre por reconquistar lo perdido, han empezado a celebrar *raves*, fiestas semiclandestinas de música electrónica en la que incluyen arte contemporáneo, activismo e inteligencia artificial. La primera activación de *la zona* fue en 2018, para un evento que denominaron Artefact, una instalación del artista Valery Korshunov. La audiencia invitada -no más de doscientas personas repartidas en dos días- se prepara con sus equipos de aislamiento antinuclear, esos buzos blancos con capucha que parecen EPIs, cada uno ataviado con sus respectivos contadores Geiger para medir la radiación. “Por debajo de 40 es seguro”, dice la comisaria. Hay helado, perritos calientes y vodka. La temperatura es de seis grados bajo cero. Todavía hay ropa tendida del Prípiat de 1986. Las camas permanecen hechas. La

noria les observa, oxidada y silenciosa. En las pantallas se proyectan escenas de la película *Stalker*, de Andrei Tarkovski, y se honra *Picnic extraterrestre*, el relato que inspiró el filme, de los hermanos Strugatski. Resuena en la plaza mayor el primer DJ de la historia -la primera música en 30 años-. Ucrania baila su catástrofe mientras su naturaleza muta. Los mitos más arraigados, los sagrados, los intocables, los que estremecieron al mundo ahora se menean a ritmo de *beat*. Una cuchillada de capitalismo neoliberal en la aorta de la catástrofe que monetiza la tragedia.

Mientras tanto, los primeros caballos salvajes de los que se tienen constancia en la historia -los que dibujaron los hombres de las cavernas del neolítico-: los caballos de Przewalski, corren libres por las estepas. Los caballos sagrados de Mongolia prosperan en la zona de exclusión, con sus frondosas crestas rubias y sus hocicos blancos, siendo libres entre las ruinas. Imposible de domesticar, el caballo de Przewalski no puede ser ni domado ni montado, pero ahora, después de estar al límite de la extinción vive completamente feliz en el “bosque rojo”, una de las zonas más radiactivas del planeta.

Sin haber visto la nieve fue al Mundial

Adrián Solano vio la nieve por primera vez hace unos días, a su llegada a Finlandia. El esquiador venezolano consiguió, por los pelos, su permiso para competir en el Campeonato Mundial de Esquí Nórdico de Lahti. Cuando lo pararon en la aduana del aeropuerto, le preguntaron cómo podía entrenar si en Venezuela no hay nieve. Él respondió que entrenaba con *rollerski* los fines de semana, en Maracay, con César Baena, instructor del equipo venezolano. Le acusaron de ser un inmigrante ilegal. Solo llevaba veintiocho euros en el bolsillo.

Después de permanecer retenido varios días en un hotel de París, y gracias a la ayuda del consulado venezolano y de donaciones anónimas, Solano obtuvo la acreditación para participar en los mundiales. Cuando llegó el momento de la prueba clasificatoria de esquí de fondo de diez kilómetros, estaba listo: tenía su dorsal y su equipación, pero nunca antes había visto la nieve. No sabía cómo era su olor, su sabor, ni su condición de elemento traidor, extremadamente resbaladizo. Y allí estaba, con los mejores del mundo, deportistas que llevaban desde que tenían uso de razón entrenando, para quienes la nieve no tenía secretos. Llevaba treinta y nueve minutos en la pista cuando rompió inesperadamente sus bastones y empezó a hacer cómicos aspavientos antes de retirarse. Sus resbalones y tropiezos se televisaron internacionalmente. El vídeo -que aún está colgado en YouTube- se volvió instantáneamente viral. Lo bautizaron como “el peor esquiador del mundo”. Al día siguiente compitió el clasificatorio de *sprint* de estilo libre, terminando el trayecto de 1,6 kilómetros en más de 13 minutos.

Una vez fue descalificado, y después de haber sido el hazmerreír mundial, Solano posteó en su Instagram: “Quizá he caído muchas veces, pero lo que realmente cuenta es que siempre seguiré levantándome”.

Al final del túnel

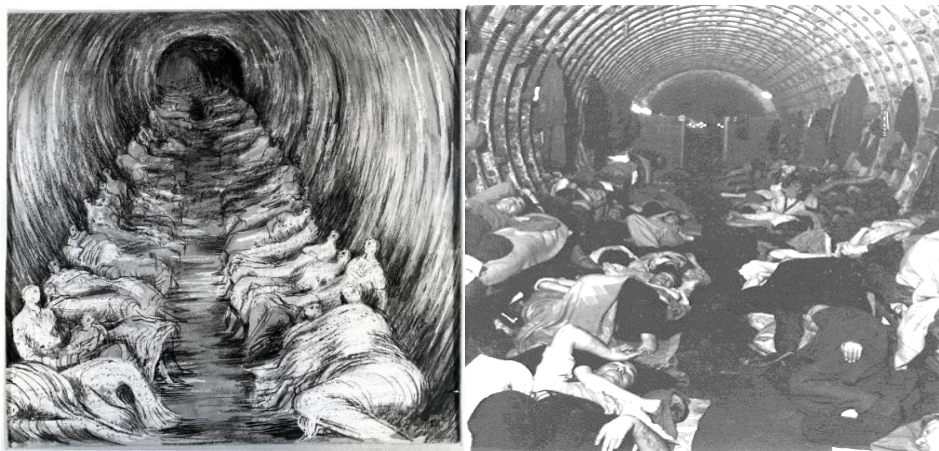
El primer pintor que representó un túnel en la historia del arte fue Hyeronimus Bosch en *La Ascensión al Empíreo*, hacia 1490. Lo hizo para representar el tránsito hacia el noveno cielo, donde vivían las almas salvadas para gozar eternamente de la presencia de Dios. Para llegar allí los bienaventurados eran acompañados por ángeles a través de un paisaje concéntrico en cuyo final brilla una luz prodigiosa, símbolo de la presencia divina. A mi ese túnel me recuerda a la pieza de Nancy Holt titulada *Sun Tunnels* (1973-1976) que se encuentra en el desierto de Utah, a 45 millas al norte de Wendover: cuatro enormes cilindros industriales de hormigón, alineados con el amanecer, con la puesta de sol, con el solsticio de verano y el de invierno, y cuya parte superior tiene varios agujeros que coinciden con las constelaciones de Draco, Perseo, Columba y Capricornio. Holt la definió como un Stonehenge contemporáneo.

El artista angloindio Anish Kapoor hizo un profundo agujero en la tierra de casi tres metros, que tituló *Bajada al limbo* en la Fundación Serralves de Oporto inspirado en la obra homónima de Andrea Mantegna (1470). Lo excavó en un espacio privado de luz, por lo que la entrada al agujero se fundía en un único negro, indistinguible del resto del espacio, necesitando el ojo humano varios minutos para distinguirlo en la oscuridad. El interior lo pintó de Vantablack, la sustancia más negra de la historia, creada a partir de nanotubos de carbono que absorben el 100% de la radiación de la luz visible. Parece ser que la obra de Mantegna está inspirada en un pasaje de los Hechos de los apóstoles, escrita por el apóstol Pedro y recogida posteriormente en la famosa oración “El Credo” cristiano donde dice: “fue crucificado, muerto y sepultado, *descendió a los infiernos*, al tercer día resucitó entre los muertos”. En 2018 un turista italiano cayó por el agujero pensando que estaba pintado en el suelo. El museo tuvo que reforzar los avisos y las medidas de seguridad. Lejos de transformarle, o de transportarle a otro lugar, el turista italiano quedó atrapado, inmóvil, un par de horas, hasta ser rescatado. El túnel de Bosch, de Holt, de Kapoor

o de Mantegna representa un viaje iniciático, un conector de mundos. Invoca la transformación; como una oración o un conjuro, quien entra en él no sale igual.

Aún no he visto la exposición de los dibujos de Moore en el museo de arte contemporáneo; quizá no la llegue a ver nunca. Pero sé que en esas obras hay cientos de personas confinadas durante los bombardeos de la II Guerra Mundial, durmiendo en los túneles del metro. Después del primer ataque aéreo alemán, el 7 de septiembre de 1940, los londinenses bajan en masa a guarecerse en ellos. El gobierno temió que este hecho incrementara el riesgo de contagio de enfermedades, de pánico colectivo o de actitudes morales indeseables porque, claro, el subsuelo alentaba las bajas pasiones. Contrariamente a las suposiciones gubernamentales, el confinamiento nocturno en los túneles se convirtió en esencial.

Proporcionaba a la población protección, control, sociabilización y elevaba la moral. Se llegaron a programar conciertos y se repartía café. En las fotografías que tomó Bill Brandt muchos de los confinados aparecen sonriendo. Sin miedo. Brandt y Moore fueron nombrados artistas de la guerra por el Ministerio de Información en 1941, con acceso libre e ilimitado a los túneles.



Izquierda, Henry Moore: *Estudio para Tube Shelter Perspective: La extensión de Liverpool Street* (1940-1941). Foto: Henry Moore Archive, The Henry Moore Foundation. Derecha, Bill Brandt: *Liverpool Street Underground Station Shelter*, 1940.

NCZVED como piedra filosofal

Esa explosión de adrenalina que sucede en tu cuerpo cuando te adentras en lo ignoto —como les sucedió a Admussen o Armstrong— era clave para Frid. Deseaba estirar la investigación como un chicle, metérselo en la boca y que la fresa ácida inundara sus papilas gustativas. Mascarlo, saborearlo, gozarlo. Le daba igual si se trataba de ingeniería genética, ciborgs, trasplantes o neurocirugía. Su deseo era la exploración y la conquista. Volver a la alquimia. Descubrir la piedra filosofal. Era, en ese sentido, un humanista. Un mago o un místico, más que un genio. No se distinguía demasiado de un explorador del Ártico, del mismo Athanasius Kircher colgándose de una cuerda para ver lo que sucedía en el interior del Vesubio o de cualquier espeleólogo explorando el subsuelo.

El contacto con la comunidad *biohacker* reafirmó su fe en una cultura libre, más ágil para resolver los problemas reales de la comunidad sin el control de las grandes corporaciones. En uno de esos laboratorios libres conoció a un viejo Kevin Warwick, a quien llamaban “Captain Cyborg”. Warwick era uno de los *biohackers* fundadores. Catedrático de Cibernética en la Universidad de Reading en Reino Unido, se había hecho famoso por sus investigaciones sobre la implantación quirúrgica de una interfaz cerebro-computadora. Warwick también dio un giro de 180 grados a la historia de la robótica cuando se le ocurrió que, en vez de implantar dispositivos tecnológicos en el cuerpo humano, se podía emular un cerebro “humano” —compuesto por neuronas que responden a estímulos como un cerebro, pero creado *in vitro*— e insertarlo en un dispositivo robótico. “El cuerpo sobra”, decía.

Las neuronas extraídas de abortos o embriones que no han prosperado se cultivan en el laboratorio hasta el momento en el que, espontáneamente, se conectan entre sí —como si fuera magia—, creando un cerebro nuevo. Para crear un cerebro robótico, las neuronas embrionarias son separadas y plantadas en unas guías de electrodos. En muy poco tiempo, horas, comienzan a moverse y a lanzar sus

tentáculos para conectarse con otras a través de sus dendritas y axones. En pocos días se puede obtener una red de 100.000 neuronas interconectadas. Llegaron a cultivar, con ayuda de diferentes laboratorios, un tejido de 100 billones de neuronas humanas, que son, aproximadamente, las que tiene nuestro cerebro. ¿Podría este tejido sentir?, ¿pensar?, ¿tener derechos?, ¿ser consciente?, ¿podría implantarse como un disco duro externo en nuestro cerebro?, ¿podría recordar y amar?

Warwick se pasaba a veces por los talleres con su mujer, Irena —quien también se había implantado diferentes chips y electrodos—, para actualizar sus viejos microprocesadores que envejecían bajo su piel, con los que, en los años 90 del siglo XX, había conseguido abrir puertas sin tocarlas o encender las luces de su despacho simplemente con entrar en la habitación. Un día, en una de esas visitas, coincidió con Frid y comenzaron a hablar de su proyecto *BrainGate*, el proyecto más revolucionario de la ingeniería biomecánica de principios del s. XXI, cuyo objetivo era controlar los síntomas de la enfermedad de Parkinson, aunque posteriormente sirvió para ayudar a pacientes que habían perdido el control de sus extremidades, como enfermos de esclerosis lateral amiotrófica o con lesión en la médula espinal. En esencia, *BrainGate* permitía manipular objetos solo con la mente. Warwick había diseñado un implante cerebral que, en conexión con una inteligencia artificial, aprendía a reconocer cuándo venían los temblores antes de que se produjeran, los mitigaba e incluso anulaba por completo. Esa conversación, y el propio proyecto *BrainGate*, se le presentaron a Frid como la verdadera *terra ignota*. El cerebro humano era tan desconocido como la Fosa de las Marianas, el núcleo de la Tierra o los agujeros negros y se convertiría a partir de ahora en su alquimia y NCZVED en su piedra filosofal.

Todos los días son el mismo día

Los días continuaban, uno igual al siguiente y este, a su vez, igual al anterior. De vez en cuando sucedían algunos terribles, llenos de agitación y gritos y caídas y la tensión por las nubes y las náuseas y los pequeños vómitos y las diarreas, y esos días se llenaban de ansiedad e inquietud por si fuera, o no, necesario llamar a la ambulancia, o por si aquello significaba que el fin había llegado.

Pero pasaban las horas y parecía que, ¡gracias a Dios!, el fin todavía no llegaba, y bajaba la tensión y la agitación y los gritos y las náuseas, y entonces yo pensaba que esto no iba a terminar nunca, que estaba atrapada en un bucle espaciotemporal eterno y que estos siete años se convertirían en catorce y luego en veintiuno, y que entonces yo me convertiría en una anciana sola, pobre y vieja, y que se repetiría conmigo, de nuevo, el ritual del acecho constante de la muerte.

Y entonces, cuando ese momento llegara, me tocaría lidiar con mi agitación y mis gritos y mis caídas y mi tensión por las nubes y mis náuseas y mis pequeños vómitos y mis diarreas, y esos días se llenarían de dudas continuas por si fuera, o no, necesario llamar a la ambulancia, o por si aquello significaba que el final habría llegado.

Pero pasaban las horas y parecía que, ¡gracias a Dios!, el fin todavía no llegaba, y bajaba la tensión y la agitación y los gritos y las náuseas, y entonces yo pensaría que estaba atrapada en un bucle espaciotemporal eterno, pero, en un momento dado, de repente, sabría que ya no, que esta vez era la definitiva, y que ya no podría posponer mis citas, ni mis deseos, ni mis sueños.

Y entonces mi agitación y mis gritos y mis caídas y mi tensión por las nubes y mis náuseas y mis pequeños vómitos y mis diarreas terminarían definitivamente para mí y empezarían, en alguna otra parte, en algún otro cuerpo de alguna otra hija, de alguna otra madre, en cualquier otra calle, ciudad o salón.

Todos los días son el mismo día.

La fábula del hombre y el mundo que fascinó a Heidegger

Cierto día, al atravesar el río, Cura (el cuidado) tuvo una idea. Cogió un poco del barro de las orillas y empezó a darle forma. Mientras contemplaba lo que había hecho, apareció el gran Júpiter. Cura le pidió a Júpiter que le soplara con su hálito y le diera un espíritu, y Júpiter lo hizo de buen agrado. Sin embargo, cuando Cura quiso dar un nombre a la criatura que había modelado, Júpiter se lo prohibió, e impuso que llevara su mismo nombre.

Mientras Júpiter y Cura discutían, apareció la Tierra, quien también quiso nombrar a la criatura con su mismo nombre, pues ésta estaba hecha de su propia materia —el barro—, lo que desembocó en una agitada discusión. La disputa se prolongó largo tiempo, hasta que los litigantes escogieron por juez a Saturno, el dios del tiempo, y éste tomó la decisión que a él le pareció más justa: “Tú, Júpiter, le diste el espíritu; entonces recibirás de vuelta este espíritu cuando la criatura muera. Tú, Tierra, le diste el cuerpo; entonces cuando la criatura muera se te devolverá el cuerpo. Pero como tú, Cura, fuiste la primera que modelaste la criatura, la mantendrás bajo tus cuidados mientras viva. Y como veo que no se pondrán de acuerdo sobre el nombre de la criatura, decido que se llamará “Hombre”, es decir, *humus* porque viene de la tierra fértil.

Gayo Julio Higino. s. I a. C.



Rosa Neutro: *El corazón en mis manos*, 2021. Versión de la pieza
Mis manos son tu corazón de Gabriel Orozco, 1991.

Cuarentena

Hoy nos preguntamos por lo que somos, sobre nuestra responsabilidad como especie. Confinados en pequeñas cavernas, privados de la luz del sol, hacinados en vidas subterráneas. Nosotras, las cuidadoras, en esto, en esto de las sombras y los agujeros, os llevamos ventaja. Yo, siete años —nada menos—, de ventaja en la exploración intraterrestre; siete años de confinamiento forzoso e invisible debido a una enfermedad forzosa e invisible. Ahora la humanidad entera siente lo que nosotras sentimos.

Jodeos.

En todo este tiempo me he convertido en una experta en espeleología extrema. Tengo los mapas, los relatos y las palabras. También miedo. Pero es un miedo pequeño, que me acompaña, como un amigo: me da la mano, me obliga a permanecer alerta. Hace meses que me preparo. Tengo la despensa llena. Tengo leche y café, conservas y pañales. Y libros, toneladas de libros. Todo el mundo está descubriendo ahora sus grutas subterráneas. Las gentes aplauden, los cretinos ridiculizan, los mercaderes especulan, los temerosos temen, los empresarios despiden, los médicos curan, los enfermos enferman, los ancianos mueren, los escritores escriben.

“Crear no es imaginar, es correr el gran riesgo de acceder a la realidad”, dice Clarice Lispector. Yo, mientras, declino las formas de mi escritura, que florecen en un mapa dibujado de montañas y valles, de desfiladeros secretos que solo yo conozco. Mi escritura se me aparece como una cueva en la que refugiarme, donde hallo por primera vez pinturas neolíticas, mamuts, osos, perfiles rojos de manos chamánicas. Mi escritura se deshace como la nieve, en ríos de agua helada que caen de las montañas, sombras oscuras de la noche del alma, pasadizos secretos, minas de

diamantes, esculturas aterciopeladas de granito; También peligros, riesgos extremos, espejismos, hipoxia. Es difícil respirar aquí.

Todo esto, esto que está sucediendo con esta peste moderna y que no entendemos bien, son, en realidad, las voluntades de los muertos. Si me los encuentro, huyo, huyo corriendo, porque si me adentro en ellas probablemente me seduzcan con sus cantos de sirena y su promesa de eternidad, y, entonces, me atrapen para siempre, y me sienta tan a gusto con ellos como una muerta más entre los muertos. Soy una peregrina invisible del subsuelo, sin aspirar a llegar a ningún destino. Deambulo. Como mi escritura *flâneur*, errante y vagabunda, viva y muerta.

No.

Soy, más bien, una fugitiva.

Facebook

Ximo Jordan: “Yo tengo a mi compañera, cuatro años con esa maldita enfermedad, soy su Cuidador con ayuda de una mujer, es muy duro y cada día más frecuentes achaques,,hoy hemos cenado solos y la acabo de acostar,,puede que me llame durante la noche para sus necesidades al baño,,,, ella 74 años y yo con 75, estoy agotado , mañana otro día, verémos hasta cuándo,”.

Ana Llorens Martínez: “Mi madre padecía demencia vascular, enfermedad del pequeño vaso nos dijeron. Fue espantoso, además no le podían dar ningún tipo de medicación para que estuviese más tranquila porque se ponía mucho peor. Fueron 9 años los dos últimos en semi coma en una cama, de alucinaciones, delirios, inquietud, agresividad no se lo deseo a nadie, ni que lo padezca ni que le cuide”.

Anjelika Ortigosa: “Toda ayuda es poca para los cuidadores, la empatía y el cuidado justo se hace laborioso y complicado, sobre todo porque algunos cuidamos 24horas sin descanso, ya ya... Que el cuidador debe cuidarse, pregunto cómo??? La única salida a veces es la ayuda que ofrece la comunidad donde resides, y las esperas son tan eternas que a incluso llegan cuando ya es tarde, la empatía hacia el cuidador es cero”.

Pedro Aróstegui Sánchez: “Tengo a mi esposa así, a mi adorada esposa, que es y hasido todo en mi vida. Eramos unos niños, estábamos en el colegio, también éramos vecinos del barrio en nuestra querida Granada. Nuestra amor y nuestra juventud, es una historia de cine. Ahora tenemos 85 años, y más que quererla la adoro. Me causa una profunda pena y tristeza que no puedo evitar las lágrimas. Durante el día esta en una residencia de lunes a viernes y de diez de la mañana a ocho de la tarde-noche.

La cuido con esmero, la acaricio, la beso, la mimo y le daría mi vida. Estoy muy ayudado por mi hija Mercedes que es un

Cielo y entre ambos vive muy atendida y llena de amor y de cuidados.

Creo que esta enfermedad es una de las peores que le puede ocurrir a un ser humano”.

Isa Hv: “Cuando te dicen el diagnóstico de Alzheimer te cae una losa, y eso que en mi caso ya lo intuía.

Se derrumban todos los planes de vida e ilusiones.

Con el tiempo lo vas aceptando porque no te queda más remedio que llevarlo lo mejor posible por el bien del cuidador y del paciente.

Pero no creo que haya enfermedad que se lloré más que esta”.

Testimonios reales en forma de *post* obtenidos de la página oficial de Facebook de la Fundación Pascual Maragall. Se ha respetado la expresión original, aunque haya erratas e incorrecciones sintácticas y verbales.

Apuntes del subsuelo

¿De dónde viene?

De abajo.

¿Es bonito, Abajo?

Es precioso. Todo el mundo es feliz allí.

Leonora Carrington. *Memorias de abajo*, 1943

Después de decidir que la vida del subsuelo podía resultar más interesante que la terráquea, y de planear los itinerarios que podía explorar desde, prácticamente, mi misma calle, me dispongo a iniciar la primera exploración intraterrestre. Justo a veinte metros de mi casa, en frente de la farmacia, hay un pequeño taller de pintura de automóviles.

En él trabaja un hombre orondo y desaliñado que siempre lleva un sombrero azul cerúleo, como de obrero. En el negocio suele estar su madre, una mujer mayor, delgada, vestida de negro y con moño, sentada en una esquina. Cuando lleva el pelo suelto se asoma algo de la belleza de su juventud. Deduzco que es la madre viuda del señor orondo del sombrero. Tienen un coche diminuto, azul, de dos plazas, con una matrícula amarilla. A veces la mujer está dentro, esperando que su hijo termine el trabajo, o permanecen de pie, los dos apoyados en el marco de la puerta de la calle, cada uno a un lado como si fueran soldados de la Guardia Real. Me miran cuando voy al mercado y me vuelven a mirar cuando vuelvo. En el taller apenas cabe un coche atravesado para ser pintado con aerosol y, es entonces, cuando una nube de gas de pintura en spray se asoma a la calle. Resulta que ese taller es la entrada a uno de los túneles más antiguos y desconocidos de la ciudad. Me enteré porque mi madre, cuando era pequeña, jugaba en su boca con los niños del barrio, aunque nunca se atrevió a entrar. Años más tarde montaron el taller y taparon la entrada. Este túnel,

oscurísimo y estrechísimo, se dirigía hacia arriba, hacia el monte de Teis y probablemente llegara hasta el castro militar.

“¿Cómo puede ser —dirán ustedes— que una chica acceda con nocturnidad a un negocio sin que sus dueños se enteren, para adentrarse a un mundo desconocido solo por el deseo de huir de la realidad?, ¿acaso no puede ver Netflix y atiborrarse de alimentos ultra procesados como todo el mundo?” Bien, señores, lo confieso. En esa fría y repugnante desesperación, en ese enterrarse en vida en el subsuelo a causa de la aflicción que se padece, en esa impotencia sentida, a la vez que un tanto incierta, para escapar de la situación en que uno se halla, con toda esa ponzoña de deseos insatisfechos que hurgan las entrañas, me sentía apabullada por el tedio, aburridísima de rutinas y labores domésticas, atrapada en un bucle. Necesitaba un poco de *rock and roll* estilo Thelma y Louise, estilo Francesca Johnson cuando aparece Robert Kincaid en Los puentes de Madison. Reaccionar a mi intrascendente vida.

Mi madre duerme tranquila. Es el momento. Salgo a la calle y abro despacio la puerta del taller. Enciendo la linterna y enfoco la boca del túnel.

Encuentro un agujero picado en la pared. Yo esperaba encontrarme un túnel perfectamente rematado, no un agujero de ratas. Me introduzco. Huele a humedad y hay papeles y basura por el suelo. Comienzo a caminar. Es un túnel muy estrecho, apenas entra mi cuerpo. Está horadado en roca, en granito seguramente, que es el tipo de suelo que abunda por aquí. Noto un olor raro, como a cerilla quemada. Supongo que es alguna entrada de aire que atraviesa un aparcamiento y continuo. Estoy un poco decepcionada. De momento no he encontrado más que basura y algunos ruidos de los trenes que llegan a la estación de ferrocarril de Guixar. Su traqueteo hace vibrar la cavidad e, incluso, se desprenden pequeñas motas de arenisca y polvo. Si hubiera un derrumbe, pienso, nadie me encontraría y quedaría aquí mi cuerpo lapidado como un fósil. Más fuerte el olor a quemado. Hay mucha humedad, mohos de colores, arañas de patas larguísimas, tentativas de estalactitas.

Sigo caminando cuesta arriba. Según la aplicación de brújula de mi teléfono móvil me dirijo hacia el este, en dirección opuesta al mar. En este trayecto hay un monasterio que diseñó el arquitecto Alberto Palacios. Es el Monasterio de la Visitación de las Salesas Reales, un edificio de 1942 de estilo regionalista medieval. El granito de su fachada está sin pulir, lo que le da un aire muy siniestro, como de siniestro romanticismo alemán. Cuando atardece parece una ruina de un cuadro de Caspar Friedrich. Todo arquitecto que se precie hubiera unido el monasterio, que, por cierto, es de la clausura más estricta que existe en la Iglesia católica, con el túnel de salida, para facilitar las salidas nocturnas de las monjas, para encontrarse con sus amantes o para coger un barco que las lleve a América y no volver nunca jamás. Todo indica que me dirijo hacia el subsuelo del monasterio. Suelto una carcajada pensando que voy a terminar mi primera exploración subterránea en un monasterio de clausura y que lo semejante atrae a lo semejante, que el túnel solo es un conector entre mundos.

El túnel solo es un conector de dimensiones, entre los mismos mundos. Al cabo de unos veinte minutos encuentro una bifurcación. Intento, a toda costa, evitar el camino al monasterio, aunque, por otra parte, pienso lo flipante que sería aparecer a las tres de la mañana en un espacio de esas características. En el monasterio solo viven siete monjas octogenarias, es fácil entrar sin que me oigan. Quizá las puertas estén cerradas, quizá la salida del túnel esté tapiada, quizá sea imposible entrar desde abajo. Aun así, sigo caminando. Huelo a quemado y me imagino a un par de monjas octogenarias dándole unas caladas a un Chesterfield, con camisones bordados de algodón egipcio y cofias de dormir antiguas, mientras se cuentan cotilleos de la madre superiora. Me parece ver una luz tenue y parpadeante a lo lejos. Apago mi linterna. Escucho tan fuerte los latidos de mi corazón que creo que van a retumbar en las paredes del túnel, como cuando pasó aquel tren. El olor a tabaco, más fuerte; mi corazón, más fuerte; mi respiración, más fuerte. Dudo si dar la vuelta y echar a correr, pero continúo. Quiero encontrarme con la monja en camisón. Glup. He pisado un charco. Permanezco inmóvil. Rezo para que quien esté allí no me haya oído. Glup. El olor a tabaco, más fuerte; mi corazón, más fuerte; mi respiración más fuerte. Veo una sombra que se asoma. Es un hombre. Se queda un rato acostumbrando su mirada a la oscuridad. Reconozco el sombrero desvencijado. Es el tipo del taller de pintura de coches.

Reconozco el sombrero desvencijado. Es el tipo del taller de pintura de coches. Dice: “Boas”. Yo respondo: “Hola”. Tendrá unos cincuenta y pico años. Tiene una botella de licor café que bebe a morro. Me dice “¿Cómo has entrado?”, “la puerta estaba abierta”, miento. Guardo la ganzúa. “Mientes”, dice él. Quiero que me dé información sobre el túnel, seguro que él sabe hacia donde se dirige, quien lo ha construido. “¿Este túnel a donde lleva?”, le pregunto. “A ninguna parte”, responde. “Eso es imposible, todos los túneles se hacen para ir a alguna parte”, digo yo. “Este no”, dice él. “¿No lleva al monasterio?”, le pregunto decepcionada. “¿Para qué lo quieres saber? Esto es propiedad privada. Este túnel no lleva a ningún sitio; es un túnel ciego”.

Ese túnel no lleva a ningún sitio, es un túnel ciego. Evidentemente el tipo del taller de pintura, el del sombrero desvencijado, el del Chesterfield en la oscuridad, no se da cuenta de que la vida es precisamente eso, un túnel que no lleva a ninguna parte. Dicen que debemos buscar nuestro camino, que el tiempo es lineal y que el movimiento es la esencia de la vida. Hay que moverse: quien se detenga quedará petrificado, disecado como un insecto, con el corazón atravesado por una aguja, sus pies y manos clavados en el umbral; y no saldrá en la foto. Eso dicen. Pero el propio movimiento es una ilusión de la quietud. Bienaventurado quien camina.

Es difícil disfrutar de la oscuridad con ese tipo mirándome, pidiéndome explicaciones, como si le hubiera robado su secreto. Y su secreto no es el túnel sino la botella de licor café, me temo. Quiero que sea mi cómplice. Quiero que me guíe por el túnel y que no me pida explicaciones por haber entrado en su taller cometiendo

un delito. Sin embargo, no lo veo receptivo. Le preguntaré su nombre: “¿Cómo te llamas?”. Él se queda en silencio, parece que pierde interés en mi reprobación. “Miguel”. “Hola Miguel, yo soy Elisa, soy geóloga”.

Era la única excusa que se me ocurrió en ese momento que justificara mis delitos, penales y morales. En realidad, no era del todo mentira. “Me interesan las cuevas y las oquedades subterráneas. ¿Sabes que toda la ciudad está construida sobre granito? Es un tipo de roca que se forma cuando se enfría el magma que sale de los volcanes, pero eso pasó hace millones de años, claro...”. Miguel no decía nada. Era innegable que le estaba molestando, que había encontrado su secreto y que eso le desconcertaba. “No quiero molestarte. Solo quiero continuar mi camino, ¿sabes si se puede acceder al monasterio? ¿hay más gente por aquí? ¿hay otras salidas?”

Miguel seguía mirándome con los ojos enormes como bocas de túneles.

“¿Sabes que la Tierra está hueca por dentro? Hay un enorme agujero que conecta los polos. No lo dicen en el telediario porque sería una locura: la gente se manifestaría y quemaría todos los contenedores del mundo para quejarse de que toda la ciencia que nos han enseñado hasta ahora es falsa. Y no está el horno para bollos. Nos han mentido desde hace siglos, no sabemos con qué intenciones. Tenemos que descubrir qué uso hacen los gobiernos del inframundo, por eso estoy aquí. La Tierra es hueca y habitable en su interior: contiene cierta cantidad de esferas concéntricas sólidas, una dentro de la otra, y los polos tienen una abertura de entre doce y dieciséis grados. Dentro de la Tierra hay un sol como el de fuera. Eso ya lo dijo Symmes y antes que él Athanasius Kircher, en el siglo XVII. Además, el magnetismo es la causa del movimiento de los planetas y del amor entre las personas.”

Miguel hacía “oes” con el humo del Chester.

“Por eso estoy aquí. Para demostrar que todas esas teorías son ciertas. Para empezar, te digo que toda la ciudad esta horadada. He hecho un mapa con los túneles que tengo localizados, pero necesito explorarlos para hacerlo con más precisión. Solo puedo hacerlo por las noches, así que si supieras algo te agradecería que me ayudaras; no vaya a ser que empiece a caminar y que aparezca en Capadocia ¡o en Nueva York! ¿Te imaginas que descubriéramos un túnel que atravesara todo el Atlántico? Seguro que lo hay, y seguro que está lleno de gente: de refugiados de las guerras, de las pestes y de las hambrunas. Gente que no quieren salir porque el mundo subterráneo es mejor, no hay banderas, ni pobreza. Solo oscuridad”.

La quinta revolución industrial

Ese amor lo convertía en un cuerpo atrapado en un torbellino químico: una orgía de serotonina, dopamina y oxitocina. Había aumentado la presencia en su sangre de sustancias neurotransmisoras y hormonas estimulantes. Se sentía en plena ebullición de ideas y creatividad. Pletórico. Dopado. Empalmado. Preparado para alcanzar la cumbre, estimulado para la conquista. Como cuando los pilotos de guerra americanos se ponían hasta el culo de anfetaminas para vencer el miedo que les producía la muerte. Es una sensación agradable estar enamorado, pensó. Es agradable pensar que mi cuerpo se prepara químicamente para la vida y que la vida puede explicarse traducida en moléculas. Podría acostumbrarme a este estado. A esta dulce adicción. E ir buscando la dosis con este u otros cuerpos.

Frid sabía que el efecto químico era temporal y que el propio cerebro se vuelve tolerante al cóctel de moléculas; que, poco a poco, iría desapareciendo. Quizá en unos meses o años. Algunos estudios establecían el límite del amor químico en tres años. Después de ese tiempo suceden otras cosas, otras sustancias de menor impacto cerebral pero más estables, vinculadas al arraigo, la costumbre, la familia. Frid nunca había llegado a esta segunda fase. Nunca había tenido el tiempo o el interés necesario. Estaba demasiado ocupado en la transmutación de los metales. Desde que decidió especializarse en la neurogénesis del cerebro adulto a partir de Warwick y Altman, ese había sido su único pensamiento: conseguir revertir el envejecimiento celular de las demencias, alzhéimers, párkinsons, ataxias, cuerpos de lewy y otras decenas de enfermedades que surgen de la pérdida de conexiones sinápticas.

Frid entendía este descubrimiento no solo como un tratamiento médico contra una terrible enfermedad, sino como la quinta revolución industrial: la liberación de millones de personas y recursos sociales y económicos destinados al cuidado de estos enfermos. Cada treinta años se multiplicaban por tres el número de enfermos

neurodegenerativos y, con ellos, el número de personas atadas al cuidado de cuerpos dependientes y desmemoriados. Estamos hablando de millones de esclavos.

De nada sirve alargar nuestra esperanza de vida si no mantenemos *la calidad* de nuestra vida. Nuestro querido mundo occidental, en el año 2050, estará repleto de enfermos que, junto a sus respectivas cuidadoras, supondrán casi dos tercios de la población mundial: millones de personas dedicadas a rendir culto a la enfermedad potencialmente engullidas por la espiral de la depresión y la marginalidad. Este no era precisamente el modelo de la sociedad que Frid, y que muchos de los diseñadores sociales que había contratado el gobierno, deseaban.

La quinta revolución traería un mundo nuevo. No erradicaría la enfermedad, pero liberaría a casi 6.000 millones de personas de sus andadores, camas articuladas, pañales y sillas de ruedas. De llevarlos y ponerlos. Económicamente, supondría el despegue de la industria robótico-ortopédica y geriátrica, y revertiría en otros sectores como el turismo, la industria textil o el ocio. Sería una revolución decisiva para la evolución humana donde los dependientes se convertiría en bellos ciborgs conectados, ataviados con delicados y precisos exoesqueletos danzantes que sujetaran esos débiles cuerpos; las cuidadoras se liberarían finalmente, solo faltaría conseguir el tratamiento definitivo para el dolor.

Frid volvió a pensarse como ser enamorado. Estimuló su pensamiento para desencadenar de nuevo el cóctel químico. Quería su chute. Pero, en ningún caso, aquella historia iba a ser real. No iba a pasar de ser una dosis de la droga del amor. El mundo estaba en juego, y el premio era su evolución como especie.

Los otros

—No me encuentro bien —digo yo.

—Eso será que algún cerdo te ha metido mano —responde ella.

Aunque vivamos mi madre y yo solas, ella ve hombres jóvenes en los pasillos, mujeres viejas sentadas en el sofá, gatos atravesando la cocina o colgados de la lámpara. No tienen nombre, pero están aquí entre nosotras. Cuando le cambio de ropa dice: “cierra la puerta que me ve la gente” o “¿quién es ese hombre que está en el pasillo?”. A pesar de que yo insisto una y otra vez en que no hay nadie, ella está convencida de que yo escondo a varios hombres por la casa, debajo de la cama o en los armarios y que cuando nos movemos de una habitación a otra, ellos se deslizan entre las sombras, sincronizados, para que ella no pueda verlos. Pero ella es muy lista y los ve.

A veces, cuando preparo la cena o me voy a duchar y tardo un rato en volver al salón, ella piensa que estoy con alguno de ellos follando o enrollándonos y que por eso tardo tanto. A veces me dice: “¿Qué hacías?, ¿por qué tardas tanto? Ya estabas con ese novio tuyo retozando. Tú te crees que yo no lo sé, pero lo sé. Si a ti te gusta... pero, vamos, es un tipejo, es gentuza; yo, que tú lo echaría de casa”.

Al principio le decía que no había nadie escondido, pero ahora exclamo “¡Pues así es! Uno en cada habitación, ¡cada día con uno!”. Ella frunce el ceño, desconcertada, sin saber si miento o digo la verdad. Creo que piensa que es verdad porque ve siempre mucho trajín por casa. Los ve realmente. Nunca sabe quiénes son, ni por qué están aquí.

Las alucinaciones nos han acompañado desde el principio. Me imagino lo espeluznante que debe ser ver gente sentada en tu salón que no sabes quién es. Creo que es por eso por lo que no quiere estar nunca sola. Además, toma una medicación que potencia las alucinaciones, el Sinemet. Parece ser que es el fármaco más efectivo

para controlar los síntomas motores, supliendo el déficit de dopamina que padecen los pacientes con párkinson. Su tratamiento, dicen, puede suprimir total o parcialmente los síntomas. A ella le va bien, aunque no es ningún milagro. Le ha parado el babeo y eso ya es mucho. No te imaginas lo que es pasarse una tarde entera limpiando la baba constante que moja toda la ropa, como cuando pones a cocer una olla con demasiada agua y, en el momento de hervir, se desborda hasta que inunda la vitrocerámica. La nuestra siempre se apaga cuando le salta un poco de salsa o agua o cualquier líquido, y es un fastidio, porque tienes que limpiar todo y empezar desde el principio.

Ahora, desde el Sinemet, le cae solamente un hilillo por la comisura, pero ¡bendito hilillo! Cuando come chocolate o regaliz son como los hilillos de plastilina del *Prestige*, una minucia. El Sinemet tapa a la olla y baja el fuego.

Ella ha establecido un vínculo muy cercano con la televisión, más bien con la gente que sale en ella. Todos son guapos o feos, pero si sale una gorda enfatiza: “¡mira que gorda!”, y se ríe. Cuando sale el del telediario de la noche dice “este chico es guapo” o, si sale una empleada de cualquier negocio como testigo de cualquier noticia del día y la pobre no sale muy favorecida, dice: “esta es fea, vaya cara” o “vaya pelo, no le ha dado tiempo a ir a la peluquería”. Desde que cambiamos la tele de tubo catódico por un plasma piensa que nos ven. Al ser la pantalla más grande y achatada parece que estén realmente con nosotras en la habitación. A veces me dice “mira, Jorge Javier, que coqueto, como nos mira” o si sale Julio Iglesias o algún actor guapo en primerísimo primer plano dice: “Julio Iglesias me ha guiñado un ojo. Yo no sé por qué me guiña un ojo. Mírame cómo estoy, ¡sin arreglar!”, y yo le sigo la corriente y le digo a ella: “sí, sí, es que estás muy guapa, con esos ojos que tú tienes verdes por fuera y marrones por dentro” y ella responde, displicente: “Yo ya enamoré”.

Dispositivos humanos para el olvido

El tiempo; los gin-tonics; otros amores; el desorden; el insomnio; hacer *unfollow* alguien en Facebook, X, Instagram; envejecer; la distancia; las papeleras; decir en voz alta: “recuérdame esto”, “que no se te olvide aquello”; la destrucción del patrimonio cultural por parte de ISIS u otros desalmados; el espacio mínimo, prácticamente imperceptible bajo los cojines de los sofás; los trasteros; los cajones demasiado profundos; los bolsillos pequeños; los bolsos de las mujeres; ser mujer mayor de cuarenta años; ser mujer mayor de cuarenta años soltera; ser mujer mayor de cuarenta años soltera y cuidadora; las contraseñas enrevesadas de 12 caracteres, mayúsculas, minúsculas, números, caracteres especiales, almohadilla, arroba y guion bajo, los escándalos; las promesas y los reproches políticos; las modas surrealistas como las hombreras o los calentadores; la falta de reciprocidad en el amor y la amistad; los insultos; los pedantes; los abusones; los cínicos; los narcisistas; las traiciones; los libros que prestas y que nunca te devuelven; la basura espacial; los catálogos de exposiciones; los museos.

Cómo no temblar

Hace unos días recibí, en el buzón de entrada de mi correo electrónico, una transcripción de una conferencia de Jacques Derrida titulada *¿Cómo no temblar?* En ella decía que lo que sucede, si es que algo sucede, lo hace imprevisiblemente, ya que un acontecimiento, o lo que llegue, es siempre imprevisto. Distingue dos acontecimientos relacionados con el temblor: *un temblor de miedo y el miedo al temblor*. Yo pocas veces he temblado en mi vida. Más bien he experimentado el miedo al temblor, un miedo al colapso de mi mundo. Cuando esto ha sucedido lo he sentido como un pequeño mareo, un leve cosquilleo en las piernas, algo endógeno; pero, en realidad, es el mundo el que se sacude ajeno a tu control, escapando a todos tus deseos y competencias, justificándose ante sí mismo.

Que el mundo tiemble me da seguridad: significa que está vivo.

También tiembla un enfermo de párkinson. Algunos emiten un sonido rítmico provocado por leve roce del dedo anular izquierdo que baila rápido sobre el edredón y suena “tac, tac, tac, tac, tac, tac, tac, tac, tac...” a gran velocidad. A otros les tiembla la cabeza y parece que niegan cuando te hablan. Otros son un choque constante de placas tectónicas. Pero todos llevan el temblor dentro de sí, tienen alma de onda sísmica.

Y continua Jacques: “No podemos no temblar en el momento de pensar, de escribir y, sobre todo, de tomar la palabra; y cuando se trata de interrogarse, —como a menudo estuve tentado a hacerlo en el pasado—, explícitamente, literalmente, y de manera sistemática, sobre el sentido, los sentidos, los diferentes sentidos, a veces heterogéneos, así como sobre la esencia del temblor, sobre lo que quiere decir temblar”. El temblor va más allá del colapso de mi mundo o del frenético bailoteo de un dedo secuestrado por un cerebro enfermo. La escritura misma no puede ser firme. Tomar la palabra es una sacudida acompañada de réplicas.

El pensamiento tembloroso es una experiencia singular del *no-saber*, dice el bueno de Derrida. Tiemblos porque no sabes, pero debes tener la valentía de intentarlo. No tienes ni idea de si podrás o no soportarlo. Es la incertidumbre abisal que sigue al movimiento sísmico; como la que tuvo que haber sentido aquel esquiador venezolano, Adrián Solano, que sin haber visto la nieve fue al mundial. Él *no-sabía* y seguro que también temblaba, de miedo y frío. Ahora vende plácidamente hamburguesas en un *food truck* en México D.F.

Ranas

Ya están otra vez esas malditas ranas. Llegan todos los años con los primeros albores del verano. El calor las excita y, por las noches, cuando oyen cualquier ruido, se despiertan y se ponen a croar como un coro de alcohólicos el primer día de abstinencia. Croan y croan con todas sus fuerzas, y aquello parece una esperpéntica matanza de batracios porque, inexplicablemente, cada año surgen por generación espontánea en la rotonda de delante de mi casa, la que el alcalde decoró hace años con un olivo, un matorral y una charca en forma de riñón, como las ridículas piscinas prefabricadas de los chalés de clase media, y que en Navidad ilumina con un cubo gigante cuyas aristas perfila con una famélica guirnalda de bombillas, ¡cómo si las ranas celebraran la Navidad!

Busqué en Wikipedia y parece ser que los renacuajos viajan entre las plumas de las aves y al beber caen, y crecen, y se convierten en batracios de pleno derecho de la charca.

Eso es lo que dice Wikipedia, pero yo creo que por alguna extraña razón que desconozco, algún operario de jardines las coloca allí cada año como una secreta venganza hacía algún viejo amor. Cada año me despiertan de mi intermitente sueño las mismas ranas croando desaforadamente, como si no fuera a haber más veranos.

Yo no tengo miedo porque soy hija de una diosa

Me llaman Koré, aunque tengo muchos nombres. Un día, buscando flores, encontré un narciso que no era de este mundo, extraordinariamente hermoso. Cuando fui a cogerlo, se desencadenó un terrible terremoto que provocó la ruptura de la corteza terrestre en una enorme falla. La tierra se abrió y, de ella, salió un carro dorado tirado por cuatro caballos negros. Alguien me introdujo a la fuerza y bajamos por el plano inclinado de la falla como si fuera la rampa de acceso a un aparcamiento. Todo sucedió muy rápido.

Sabía que, más allá de Finisterre, había una tierra inexplorada, dedicada al vagabundeo de las sombras. Yo no tenía miedo, todo lo contrario, estaba emocionada. Iba a ser introducida en el inframundo, quizá por Hades o por cualquier otro caprichoso dios lameculos de Zeus, porque así es como funcionan esos diosecillos coléricos, utilizando sus privilegios para ejecutar su voluntad sin pedir permiso ni nada.

Yo no tengo miedo porque soy hija de una diosa. Es una diosa que hace que florezcan los almendros y los manzanos, que brote el trigo y que maduren jugosas naranjas entre el azahar. Ella es la más poderosa y juntas somos el *Dream Team* del Olimpo. Juntas desencadenamos primaveras. Invocamos los secretos más profundos de la vida; provocamos los inviernos más terribles. Un invierno eterno si quisiéramos. Ella se activa en mí y yo en ella y estamos unidas por un hilo invisible, eternamente. Lo he sabido siempre, aunque alguna vez la haya despreciado o mentido. Juntas activamos el universo, desplegamos hechizos telúricos que hacen bailar los planetas, entonamos los cánticos que enloquecen a las estrellas fugaces, invertimos el norte magnético de la Tierra. Solo tenemos que mirarnos y nuestras voluntades se reconocen como dos dispositivos electrónicos por Bluetooth. Es entonces cuando sucede la magia, la verdadera magia; no esos encantamientos de pacotilla que hacen las mojiatas desdentadas con sangre de gallina y orín de gato, que solo sirven para

entreteener el paso de sus mediocres días. No: lo nuestro es un poder demasiado grande como para conjurarlo alegremente. Somos la envidia del mismísimo Zeus y de su hermano Poseidón.

Nos introducimos en la falla y descubro que es el mismo Hades el que conduce el carro dorado. Me dice que todo esto será mi reino, ¡como si por mí misma no tuviera suficientes templos! Veo que, al contrario de lo que pensaba, el inframundo no es oscuridad, sino más bien un paisaje rico en vegetación, con bellos lagos y ríos. El inframundo es del color azul de azurita del pintor Joachim Patinir. Las aguas no son de sangre hirviente, como decía Dante, sino de un intenso azul turquesa ligeramente verdoso. Hay un perro muy raro -quizá fruto de una mutación genética-, con tres cabezas, una de ellas se lame, otra persigue el vuelo de un gorrión y la tercera nos ladra al pasar, dándonos la bienvenida.

Antes de llegar a los Prados de Asfódelos, pasamos dos lagos. Hades me cuenta, diligentemente, que el lago Lete es donde beben aquellas almas que se van a reencarnar en otro cuerpo para olvidar quienes han sido hasta ahora. A pocos metros se encuentra el lago Mnemósine, cuyas aguas, en cambio, hacen recordar absolutamente todo, desencadenando el paso definitivo hacia la omnisciencia. Entiendo, entonces, por qué muchos ancianos olvidan: se preparan para introducirse en otras vidas. Quiero llevarme un ánfora de agua de cada lago.

Ante tal cantidad de sucesos me olvido de mi odio hacia Hades y de su decisión de introducirme contra mi voluntad en el subsuelo. Hemos pasado ya la Laguna Estigia y no he visto ninguna barca, tan solo una gran cantidad de peces arremolinándose en sus orillas. Es más, no entiendo la necesidad de ir de una orilla a otra pudiendo reencarnarte y volver infinitas veces al mundo terrenal. Supongo que muchos aspiran a llegar a los Campos Elíseos y morar allí con los dioses y con los héroes. Otros en cambio, irán de cabeza al averno. Aquí lo llaman Tártaro, el lugar donde deambulan para siempre las sombras de almas condenadas: las de los tiranos, los asesinos, los ladrones y los violentos.

Mi madre estará preocupada. Aunque me busque a lo largo y ancho de toda la faz de la tierra, no podrá encontrarme. Todos los ojos de mundo parecerán ciegos. Yo le digo a Hades que debo salir y hablar con ella, pero a él le enfurece profundamente que alguien trate de abandonar su reino. Hades era el dios más temible, hermano de Hipnos y Tánatos. Los hombres le temían tanto que hacían gotear la sangre de sus sacrificios sobre un pozo o una grieta en el suelo, para no tener que encontrárselo nunca.

Pero yo no tengo miedo, aunque no haya habido, en la mitología, una sola diosa que haya entrado sola al inframundo. Tan solo la pobre heroína Inanna encontró en el subsuelo su muerte, aunque luego la resucitaran aplicándole el “agua de la vida”. A ella la fueron despojando de sus ropas a medida que iba atravesando las siete puertas, y, con ellas, se iba debilitando su poder, sobre todo el de sus joyas de

lapislázuli, las piedras que condensaban todos sus hechizos. Una vez llegó a la séptima puerta del inframundo (en sumerio *kur*), ya estaba casi desnuda cuando su hermana la mató y colgó su cuerpo de un clavo. Pero a mí no me va a pasar como a ella. El inframundo será —bajo mi reinado— un bello lugar, eternos Campos Elíseos de primaveras, excepto para los tártaros, claro. Las almas buenas podrán salir y entrar cuando ellas lo decidan, a través de la reencarnación o la omnisciencia. La muerte solo será un tránsito hacia otras vidas. Será en ese momento cuando dé de beber a Hades, sin su consentimiento, del ánfora del lago Lete, y entonces, olvidará su maldad y se preparará para una nueva vida de paz y alegría en la tierra del sol.

Todavía desconocemos las técnicas constructivas de las pirámides

5 de noviembre de 2049

Tres meses después de leer su tesis, *Técnicas reconstructivas de cultivo para la neurogénesis humana. Tres casos de estudio*, Dora es admitida como becaria en el laboratorio de investigación neuronal más importante del estado: NCZVED. Sentía su síndrome de la impostora expandiéndose por todo su cuerpo, cuando su trabajo siempre se quedaba corto al lado del de otros, más aplaudidos y famosos, aunque menos certeros. Pero entrar en NCZVED, eso sí que era la hostia. Los ensayos clínicos estaban ya muy avanzados y ella no podría firmar muchas de las investigaciones, pero no importaba.

La semana pasada hizo la entrevista con Michel Frid. Intentó sonreír, aparentar tranquilidad. Sabía que su arma era su entusiasmo y juventud. La lectura de su tesis estaba reciente así que manejaba con fluidez cifras y vocabulario científico de última generación. Era pan comido. Cuando llegó Frid le hizo pasar a la cocina y le preguntó si le apetecía un batido ultra proteico de espinaca metagénica. Ella aceptó. Quería integrarse, formar parte de todo aquello. Frid sacó dos vasos de batido de cerámica - de los que llevan pajita y tapa incorporados- con unas inscripciones del MOMA de Nueva York. Le preguntó: “¿Te gusta el arte? A mí me entusiasma”.

A Dora le interesaba, claro, como a la mayoría de los investigadores de su generación. El arte era el campo de pruebas para los experimentos científicos más radicales. Seguía en redes sociales a los centros museoexperimentales más importantes: el *Axion Neuron Museum* de Oslo, el *ArtyCientific* de Munich o el *MiñaTecnologicum* de Santiago de Compostela, una reconstrucción de una antigua

Ciudad de la Cultura que finalmente adquirió la farmacéutica Novartis junto a Inditex, en su filial fármaco-científica Novartex, una empresa que había revolucionado el sector textil por sus diseños sobre células epiteliales que dibujaban en la piel humana tatuajes indoloros mediante la estimulación de altas concentraciones de melanina sintética.

–“Lo que realmente me fascina es Egipto”, responde. Todavía desconocemos las técnicas constructivas de las pirámides...

Dora empezó a trabajar en seguida, adaptándose bien al ambiente y al trabajo. Se incorporaba en pleno desarrollo del NEUROGÉNESIS, el proyecto que se encontraba en la última fase antes del desarrollo de células madre implantables en cerebros humanos de edad adulta.

La ecuación de Dirac

Dicen que cada siete años se produce una regeneración celular completa en nuestros cuerpos. Todas nuestras células son sustituidas progresivamente por otras nuevas, desechando nuestra antigua piel como haría un reptil. Eso significa que ha habido 5,71 versiones de mí misma. Ahora mismo, mientras escribo, me encuentro terminando el proceso de formación de la sexta. En cada ciclo he observado que, en las diferentes mutaciones han ido ocurriendo diferentes errores en la copia de mi ADN que hacen que no me convierta en una réplica exacta de lo que fui, sino en versiones con diferencias casi imperceptibles.

Lunares, marcas, pelos, canas, arrugas. Imagino mis neuronas menos frondosas, mi páncreas más grasiento, mis pulmones más pequeños y sucios, y pienso que en la octava o la novena versión de mí misma, si llegan a darse. Esas regeneraciones alcanzarán también a mis pensamientos y a mis recuerdos, también en ellos sucederán esos pequeños errores de mímesis, y que lo que me hizo ser lo que fui ya no se podrá transferir a lo que seré, perdiéndose información valiosa y detallada en cada proceso regenerativo. Ansío ese momento de desmemoria progresiva. La vejez es un tiempo en que el pasado ya no importa y el futuro tampoco, es puro presente. No importan los arrepentimientos o los fracasos. Solo deseas no tener dolor, llenar tu salón de flores y de porcelanas, tener lo suficiente para pagar la luz, el agua, la calefacción, hacer regalos, conservar los dientes para comer pasteles, no enfermarse, pasear al sol, reír y tener algo de compañía. Los arrepentimientos y los fracasos se reservan a la esfera de lo secreto.

Confieso que solo me he enamorado una vez. Pienso en lo diferente que hubiera sido mi vida si aquello no hubiera terminado. Yo intenté salvarlo, de verdad que sí, pero no lo supe hacer. En ese caso sería otro tipo de cuidadora, una *cuidadora comunis*, una como tantas otras, la especie más extendida. La que se ocupa tanto de la casa, como de la compra, como del trabajo, como de la pareja, los abuelos, los

cumpleaños, los pésames, los regalos, los aniversarios, las plantas, las mascotas, los amigos y los niños si los hubiera, quizá despreciada por convertirme, precisamente, en esto. Yo siempre supe que aquello terminaría porque durante todo aquel tiempo me acechaba un gran miedo. Se me ponía una cosa por dentro en las entrañas, ya sabéis. A mí se me pone el miedo en el estómago y me da náuseas y dolor de barriga, y cuando me duele la barriga entiendo que la cosa se pone peliaguda y que va en serio.

Ese miedo me paralizaba, me advertía de la fragilidad. Hoy hubiera bordado en las costuras de su ropa conjuros de amor eterno, símbolos ancestrales de compromiso, códigos ultraterrestres, versos de poemas de Alejandra Pizarnik y de Emily Dickinson, hubiera metido entre sus CDs cuarzos mágicos bañados en luz de luna llena, papeles doblados sobre sí mismos mil veces escritos con sortilegios que yo misma hubiera inventado, estampas de San Antonio, mechones de mi pelo, pétalos de rosa macerados en azúcar y canela, hubiera bordado nuestras iniciales en hilo de oro, y las hubiera guardado junto a la carta de los enamorados, y del sol, y de la emperatriz, y del viaje. Todo este texto, todo este libro fragmentado en mil ideas que parece que cuentan una historia, es, de hecho, un gran conjuro. Un ritual que pretende producir un efecto extraordinario. La tirada de cartas que ansía un regreso.

Hubiera hecho cualquier cosa para que aquel tiempo de cortocircuitos y descargas eléctricas, de incendios, de hogueras, de fallas invernales, de artefactos pirotécnicos que ardían como fabulosos cohetes amarillos explotando igual que arañas entre las estrellas, no se apagaran nunca. Pero no lo hice.

Dejé que todo se apagara asumiendo que era su destino dejar de brillar.

Las estrellas son la luz de los soles muertos, dicen. Hoy vi un tuit bonito sobre esto. Hablaba de la ecuación de Dirac que describe el fenómeno del entrelazamiento cuántico: “Si dos sistemas interactúan uno con el otro durante un cierto período de tiempo y luego se separan, los podemos describir como dos sistemas distintos, pero de alguna manera sutil se vuelven un sistema único. Lo que le ocurre a uno sigue afectando al otro, incluso a kilómetros o a años luz de distancia”. $[(i\partial - m)\psi = 0]$

Symzonia

St. Louis, territorio de Missouri, Norteamérica, 10 de abril, A. D. 1818.

¡Al mundo entero!

Declaro que la Tierra es hueca y habitable en su interior; que contiene cierta cantidad de esferas concéntricas sólidas, una dentro de la otra, y que en los Polos tiene una abertura de entre doce y dieciséis grados. Juro por mi vida que esto es verdad y estoy dispuesto a explorar el hueco, si el mundo me apoya y ayuda en la empresa.

Jno. Cleves Symmes de Ohio, ex capitán de Infantería.

N. B.: Tengo a disposición de la prensa un Tratado sobre los principios de la materia, en el que presento pruebas de las propuestas anteriores, explico distintos fenómenos y revelo el «Secreto dorado» del doctor Darwin.

Mi única intención es el buen gobierno de éste y los nuevos mundos.

Se lo dedico a mi esposa y sus diez hijos.

Elijo al Dr. S. L. Mitchell, sir H. Davy y el barón Alex von Humboldt como mis protectores.

Solicito un centenar de compañeros valientes y bien equipados con los que partir desde Siberia en la estación otoñal, con renos y trineos, desde el hielo del mar helado; garantizo que encontraremos una tierra cálida y rica, provista de abundantes animales y plantas, cuando no hombres, al llegar un grado al norte de la latitud 82; regresaremos en la siguiente primavera.

J. C. S.

El cerebro es como un mapa

5 de octubre de 2049

Mañana Dora lee su tesis doctoral. Tiene preparado desde hace semanas el entorno de realidad virtual que ha creado para ilustrar la lectura. El tribunal se pondrá los cascos inmersivos y todos juntos se introducirán en el interior de una neurona afectada de una enfermedad neurodegenerativa. El título de su tesis *Técnicas de cultivo reconstructivo en la neurogénesis humana. Tres casos de estudio*, analiza el efecto del párkinson, alzhéimer y la demencia de los cuerpos de Levy en el cerebro humano, y propone el cultivo neuronal como el método neuroregenerador definitivo.

El proceso necesita de una precisión quirúrgica: sobre las neuronas deterioradas del cerebro del paciente —aquellas afectadas por las proteínas tóxicas beta-amiloide y tau— se irrigaría, mediante un leve cateterismo, líquido amniótico, fuente de abundantes células madre no embrionarias y con alto contenido en nutrientes, y se les sometería a bajas dosis de radiación ionizante, lo que las haría crecer y renovar su estructura celular por completo, revirtiendo los procesos de oxidación. La idea la había sacado de la fisiología de los hongos, en concreto de los *eumycotas*, seres que le fascinaban desde pequeña y que responden excepcionalmente bien a la radiación creciendo y renovándose cualitativamente a nivel celular.

Dora estaba muy sensibilizada con la neurodegeneración porque su abuela la había padecido y eso había condicionado la vida de su madre, su cuidadora durante ocho años, que había pasado por la Covid perdiendo gran parte de su juventud. Ese era el motivo real de estudiar bioneurología especializándose, años después, en cultivos neuronales bioregenerativos.

El entorno cibernético para la lectura de su tesis era una pasada. Había contado con la ayuda de su amigo Pol, que había estudiado Bellas Artes y ahora desarrollaba los entornos virtuales inmersivos de *gaming* en la multinacional PlayRepsol, y de su amiga Zoe, que había estudiado cartografía digital. “El cerebro es como un mapa”, decía siempre. Entre los tres habían desarrollado un entorno alucinante que iba a dejar boquiabiertos a los miembros del tribunal. Había reconstruido con una exactitud de 10 pixetrones, el interior de las neuronas, hasta alcanzar su composición atómica. Casi se podían ver los electrones danzando desenfrenadamente alrededor del protón. Empezaría su exposición a partir de los dibujos de Santiago Ramón y Cajal, tan hermosos, y poco a poco iría desarrollando su viaje al centro de las neuronas.

Dora solo había podido experimentar su hipótesis doctoral en la *Drosophila melanogaster*, la famosa “mosca de la fruta” que comparte cerca de 75% de genes humanos vinculados con enfermedades y casi el 50% de las secuencias de proteínas compartidas con los mamíferos. La *Drosophila* se usa habitualmente como modelo genético para diversas enfermedades humanas incluyendo los desórdenes neurodegenerativos como el párkinson, enfermedad de Huntington, ataxia espinocerebelosa y el alzhéimer. Dora sabía que algunos laboratorios habían realizado experimentos de esta índole con neuronas humanas a pesar de estar prohibido. Lo había descubierto navegando por la *Dark Web*, esa parte de Internet intencionalmente oculta a los motores de búsqueda, con direcciones IP enmascaradas y accesibles sólo desde un navegador web de código libre.

Día libre

Se despierta siempre antes que yo. Implora “levántame”, “levántame”, “levántame”. Yo intento apurar unos minutos de sueño, pero esa letanía se me clava como pequeñas agujas. Le digo “ya voy”, “ya voy”, “ya vooooooy”

—¿Qué tal has dormido?

—Pues muy bien.

—¿Qué quieres para desayunar?

—Avenita.

Me levanto, me pongo la bata y voy a hacer pis. Desde el baño continuo escuchando “levántame”, “levántame” ... Ella sigue a lo suyo, yo a lo mío. Voy a la cocina, preparo la avena y el café. Pongo siempre la radio, a veces un podcast.

Comienzo a vestirla. Primero por los pies: Calcetines, bragas, pañal pequeño, pantalones. Una vez terminada la parte inferior ya coloco las zapatillas –esas tan feas de velcro, aunque las más cómodas para ambas; los cordones son un ejercicio demasiado complejo que ya no tiene sentido ejecutar–. Luego limpieza, *por parroquias*. Traslado de la cama a la silla de ruedas. Ahora la parte de arriba, Camiseta, jersiecito fino o grueso según la estación, bata de casa. Peinado con horquilla y raya a la izquierda. Colonia.

Desayuno

Hoy desayunamos rápido porque tengo que hacer cosas. Cosas importantes. Viene una cuidadora que cobra 10 euros la hora. La conozco poco. Pertenece a una de estas empresas nuevas que ofrece cuidados por horas, las *riders* de los dependientes. Me pasó el número la asistente social de mi centro de salud. Se supone que sabe lo que hace, aunque por supuesto le explicaré todo tres o cuatro veces antes

de marcharme. Siento desconfianza: muchas de estas empresas contratan a mujeres mayores sin formación que necesitan sacarse un dinero extra.

No es lo mismo cuidar a un anciano enfermo dependiente que a un anciano a secas. Los segundos solo necesitan sonrisas y buenas palabras. Los primeros complejas técnicas para levantar, mover, trasladar y cambiar pañales sin que caiga el enfermo al suelo y sin hacerse daño, además de estrategias psicológicas de confianza y empatía, saber qué hacer ante un atragantamiento o ante un *delirium*, estar al loro de los micro infartos; engañar amorosamente para que traguén las pastillas sin escupirlas; estar atenta a mocos y babas, no utilizar un lenguaje complejo; no tratarlas como tontas o como niñas, y tener capacidad de control y amorosa paciencia nivel Dios cuando ella entre en bucle. Todo eso no viene de serie: hay que entrenarlo. Hoy no tardaré mucho, espero estar aquí para la merienda. Mientras llega, la llevo al salón, enciendo la tele y me ducho para salir. Hoy no me pondré ropa deportiva, hoy vaqueros, jersey rojo y un precioso abrigo de lana gris.

Voy a Santiago de Compostela a ver una exposición en el Museo de Arte Contemporáneo. Probablemente escriba una crítica para una revista en la que colaboro. Es algo sobre Henry Moore, un escultor inglés famoso por sus figuras recostadas de líneas amables, pero la exposición no es sobre sus esculturas, sino de sus dibujos de la Segunda Guerra Mundial. Me hace ilusión. Las exposiciones buenas no abundan por aquí, tan solo paquetes expositivos que itineran de ayuntamiento en ayuntamiento producidos por empresas multinacionales. Colecciones del s. XX que suelen llevar siempre algo de Picasso, como si en Picasso terminara el arte, cuando para mí haya empezado después de él. Camino a la estación de tren me acompaña el viento. Me atusa la cara y el pelo. No llevo auriculares, quiero escuchar los ruidos de la calle.

Necesito encontrarme con las miradas de los desconocidos, con los cambios del barrio, los negocios que han cerrado de los que solo queda un lóbrego local con cartelería inmobiliaria. Locales cerrados. Más locales cerrados. Me entristece. ¿Toda esta gente que antes compraba aquí ahora compra en internet?, ¿cómo subsiste una ciudad periférica de barrios fantasmales con un centro opulento, carente de identidad, donde solo quedan franquicias de moda rápida, comida rápida y vidas rápidas?

Llego a la estación. Compró mi billete y un café con leche para llevar. Está tan caliente que me quemo los dedos. El tren sale del andén 3. Paso mi bolso por la máquina de rayos X. Muestro mi billete a la pareja de revisores que controlan el acceso a andenes. Desciendo por las escaleras mecánicas mientras disfruto de la teatralidad de la arquitectura, un templo de hormigón diseñado por el arquitecto Thom Maine destinado a la alta velocidad, pero a la que, paradójicamente, todavía no han llegado sus trenes. Su arquitectura me recuerda a los espacios Sci-Fi de películas como *La llegada* o *Interstellar*, hay en ellos una intención, al menos, de reinventar el futuro. No puedo quitarme de la cabeza a Joaquim Phoenix, o, mejor

dicho, su presencia, cómo dice las cosas con el cuerpo en *Joker*. Pienso que el personaje de *Joker*, Arthur Fleck, era también un cuidador, cuidaba de su madre mientras ella vivía encerrada una vida de ensueño fruto de su enfermedad mental. En Gotham las cosas tampoco son lo que parecen.

En el andén 3 está esperando el tren destino A Coruña, el mío. En el 4 un Alvia destino Madrid. ¿Te imaginas cogerlo? Dejarlo todo y empezar de cero, como tanta gente que se ha ido, emigrantes de afectos. Dejar la enfermedad, las letanías mañaneras, la esclavitud de la rutina. Sin apenas darme cuenta, como un giro natural de los acontecimientos, me vuelvo hacia el andén 4 y me subo al Alvia. Huele a goma quemada y a tela vieja. Busco el vagón que se corresponde con mi billete y el número de asiento. Casualmente encuentro uno que coincide. Me siento, bajo la bandeja y me tomo el café, aún caliente. Espero que se ponga en marcha. Los dos trenes coinciden en la hora de salida, aunque transitarán por vías diferentes, uno hacia el norte, el otro al sur. El viaje del Alvia bordea el río Miño. El campo gallego resplandece, estamos a finales de febrero, pero el calor adelantado ha forzado la floración de muchos árboles y plantas. Mi vagón viaja vacío, no hay pasajeros. Tampoco aparece ningún revisor. Solo los monitores de televisión del techo emiten una pantalla que dice “Destino: Madrid- Chamartín. Hora de llegada: 22:54”.

La revolución de las cariátides

Urge inventar una nueva gramática de los afectos. Urge pensar en una nueva revolución, la revolución de los cuidados: llamémosla, por ejemplo, *la revolución de las cariátides*.

Esas esculturas tan bellas, allá arriba vigilando la Acrópolis, sujetando el Erecteión, velando las liturgias de los dioses. Según el relato de Vitruvio, durante las Guerras Médicas la ciudad de Carias, al sur del Peloponeso, fueron aliadas de los persas. Los griegos exterminaron a los hombres y esclavizaron a las mujeres, otorgándoles las cargas más pesadas. Se las esculpe como castigo, para que durante toda la eternidad estén condenadas a aguantar el peso del templo sobre sus cabezas.

Los cuidados son el pilar de nuestro templo, pero mantenerlos en pie es un acto de resistencia. Resistencia a un sistema que se justifica en el capital y en la producción, que desprecia lo que nos hace verdaderamente humanos. Hace años un estudiante le preguntó a la famosa antropóloga Margaret Mead cuál era el primer signo de civilización. El estudiante esperaba que hablara de la agricultura o de herramientas, puntas de sílex, quizá dibujos prehistóricos o rituales de enterramiento. Pero Mead respondió que el primer signo de civilización en una cultura antigua era un fémur que se había roto y curado. Ella le explicó que en la naturaleza si te rompes una pata, mueres. Un fémur roto curado es la evidencia de que alguien se ha tomado el tiempo necesario para quedarse con el enfermo, vendar la herida, llevarle a un lugar seguro y alimentarlo. Mead afirmó entonces que cuidar es el punto donde comienza la civilización y añadió: “Somos lo mejor de nosotros mismos cuando servimos a otros. Sed civilizados”. Si nadie hubiera cuidado ese fémur roto nos habríamos extinguido, hubiera sido nuestro fracaso como especie.

El capitalismo descansa —como el frontispicio del templo griego— sobre la cabeza de estas mujeres, que no son de piedra. El trabajo reproductivo y doméstico

se invisibiliza como una bella y resignada columna que todos admiran exclamando, “¡Oh qué bella!” y “¡qué fuerte!”, “¡qué heroína!”. Las cariátides no cobran, no comen, duermen lo mínimo. Sin salario, millones de mujeres están atrapadas en una perversa espiral donde, a mayor edad, menor posibilidad de encontrar un trabajo digno, de cotizar una pensión y de poder envejecer con dignidad. Mientras, mayor pobreza, mayor marginalidad, mayor soledad. Se manipula a las mujeres para convertirlas en cuidadoras diciendo que han de hacerlo por instinto, amor o genética, y si no lo hacen ellas:

¿Quién lo hará?

“Tienes que devolver lo que te han dado”, te dicen. “Ellos cuidaron de ti”, te repiten. “Están enfermos”, te imploran. La amorosa cuidadora romántica en relación mística con sus afectos se convierte en un derroche de bondad y resignación para que tú te sientas bien. Basta de eufemismos. Ya está bien de hablar de “trabajo afectivo”. Como dice Silvia Federici *El trabajo de los cuidados* no es un trabajo por amor. Es producción de capital: producción de los trabajadores para que, a su vez, ellos produzcan nuevo capital (en el caso de los niños), y producción de afectos y dignidad para los que ya han aportado a la sociedad o a los que nunca lleguen a hacerlo.

Imagino a esas cariátides cobrando vida, liberándose del entablamento de piedra que atrapa sus cabezas; creciendo, haciéndose enormes –casi tan grandes como Godzilla o como la mujer de 50 pies, en la película *El Ataque la de la mujer de 50 pies*–, y, tan solo con sus pasos, al caminar juntas, destruyen primero la Acrópolis y Atenas y toda Grecia y luego Europa y Moscú, convirtiendo lo dado en ruinas, destruyendo todos los templos, dejando caer a nuestra civilización. Y, entonces, cuando todo ya se haya destruido, no nos quedará más remedio que reconstruir nuestras casas, nuestros templos y nuestros museos, humildemente, y solo podremos hacerlo con vigas y cimientos de nuevas aleaciones de amor y libertad.



Vista posterior de las cariátides en la tribuna de las cariátides en el Erecteión, Acrópolis, Atenas.
Fotógrafo desconocido. Principios del s. XX

Catábasis

Los principales dioses y héroes de la Antigüedad descendieron a los infiernos y, desde allí, volvieron al mundo de los vivos. Esas historias coincidían con el morir y el renacer de la naturaleza. Tal era el caso de la *Innana* sumeria, del *Marduk* babilónico, del *Osiris* egipcio, del *Megistos Kouros* cretense, del *Adonis* sirio, del *Attis* frigio, de la *Perséfone* griega, etc. Entre los segundos se encontraban *Teseo*, *Heracles*, *Orfeo*, los *Dióscuros*, *Odiseo* y *Eneas*. En el mundo cristiano, *Lázaro* y *Cristo*; y en el renacentista *Dante*, el caballero del *Apócope*s de Bergadis (obra cretense del siglo XV) etc. por poner un par de significativos ejemplos. En estos casos, el descenso al mundo de las sombras era un episodio puntual, motivado por razones varias, aunque en todas ellas se perciba una intención soteriológica: encontrar el camino de salvación o lograr una catarsis individual.

Tantanes y danzas africanas

El mundo subterráneo es mejor: no hay banderas, ni identidades, ni capitalismo. Miguel me miraba con recelo, pero me escuchaba con atención. Asiente con la cabeza cuando le digo que muchas civilizaciones se han desarrollado bajo tierra debido a la crudeza del clima o por las constantes invasiones, como si entendiera perfectamente a que me refiero, como si, de hecho, él mismo fuera un eslabón perdido de aquellas civilizaciones arcaicas y, así, pasando la noche bajo tierra, conectase con la esencia de lo que una vez fue.

“Hay una salida por arriba, hacia O Castro. La salida que va a dar al monasterio está tapiada, no podrás atravesarla. Te recomiendo que sigas recto y cuando encuentres una bifurcación dirígete arriba”. Miguel confirmaba mis expectativas, pero me preguntaba hacia donde conducía la salida de abajo. Hacia el centro de la ciudad, claro. Algo había oído de un tren que transportaba el pescado desde O Berbés hasta la línea de ferrocarril principal. No hace falta ser espeleólogo para darse cuenta. Le doy las gracias y continúo mi camino. Él quiere quedarse a lo suyo y yo quiero seguir con lo mío. Retomo la marcha en soledad. Miguel permanece en silencio fumando y bebiendo y yo vuelvo a sentir esas hormiguitas de lo desconocido. Me adentro en un túnel de grandes proporciones, por donde cabría un coche, un vagón de tren pequeño o un carro dorado tirado por caballos negros. Cada diez metros el túnel está apuntalado, como las minas, para evitar derrumbes.

El sonido de mis pisadas hace eco y comienza una sesión de percusión improvisada. Oigo tamtanes e imagino danzas africanas. El roce de mi chubasquero resuena como un cántico lejano y su eco devuelve el estribillo en coros de diferentes tonos según la distancia y profundidad de las oquedades. En un minuto se compone una sinfonía. Son los espíritus del Hades, de los Campos Eliseos y de los prados de asfódelos que liberé en una vida anterior, y que ahora me saludan y me dan las gracias. Canto con ellos. Es una melodía compleja y hermosa que va y viene; los

mismos sonidos que emito al caminar, al respirar, al rozar mi ropa con mi piel. Me vienen de vuelta, esos sonidos, convertidos en música, música antigua de chamanes y de piedras. Ahora es una orquesta. Es cómo esos discos de una única pista en los que las canciones se concatenan en una. Camino a su ritmo. Más rápido. Voy pasando puntales y más puntales. Llevo unos tres kilómetros. Sudo, hace calor. Cuando me paro a beber se detienen los sonidos y me encuentro con un silencio.

En las paredes no hay nada. No hay indicaciones, ni grafías antiguas, ni símbolos de cantería. No hay roces del uso, ni restos de material de obra, ni herramientas, ni basura almacenada. No hay indicios de vida, aquí abajo. Quizá es que no estoy buscando bien. Las señales deberían estar. Al menos las de los hombres que los construyeron. Me imaginaba que encontraría trazos de su historia. Nada. Sigo caminando por las entrañas de la montaña. En este momento estoy en lo más profundo, a millones de kilómetros. Si quisiera dar la vuelta serían al menos otras cuatro horas para desandar lo andado y reconocer mi fracaso ante Miguel, que aún debe de seguir allí, quizá con su botella y sus Chester. Rechazo la idea de deshacer mis pasos y decido continuar. Calculo que estará a punto de amanecer. Miguel dijo que encontraría una salida en lo alto, pero no aparece. Empiezo a sentir claustrofobia, aracnofobia, disnea, sudoración. Me imagino atrapada en este submundo sin salida. ¿Y si mintió?

¿Y si ahora está carcajeándose de mi inocencia sabiendo que me ha llevado a un túnel sin salida? O, aún peor, ¿y si lo hubiera hecho con otros propósitos?, ¿y si hubiera llamado a otros pintores de automóviles, decenas, cientos de hombres con sombreros azules desvencijados colonizando los túneles del interior de la tierra? Yo con mi ganzúa y mi móvil sin cobertura no llegaría muy lejos. La ansiedad se va apoderando de mi cuerpo. La ausencia de hallazgos me induce una profunda sensación de fracaso. Empiezo a estar muy cansada. No quiero sentarme por si me quedo dormida y sirvo de festín a los insectos. ¿Cómo he podido fiarme de cualquiera? ¡Yo, que tenía mi plan perfectamente organizado! No quiero sentir miedo. No quiero sentir miedo. Me parece oír pasos. ¿Serán ellos?, ¿Miguel y sus secuaces?, ¿las hordas del ultramundo?, ¿querrán violarme?, ¿robarme?, ¿secuestrarme?, ¿traficar con mis órganos?, ¿ofrecer mi sangre a Hades?

Ars Moriendi

Morirse sí que ha cambiado. Han prohibido las ceremonias, bodas y funerales. Han quedado restringidos en la intimidad de lo doméstico. Las iglesias y los locales multiconfesionales se conservan con una intención antropológica. Aunque muchos aún rezan en silencio.

Morirse sí que ha cambiado. Ahora lo *cool* es morir a las Arcas de Noé. Centros eugenésicos dotados de drogas paliativas y escenarios *promortem*. Antes las llamaban “Residencias de la tercera edad”, pero se parecían demasiado a campos de concentración, –lugares contruidos para facilitar la gestión de la muerte de los judíos–; ahora se parecen más a parques temáticos. La gente vive en sus casas hasta que, por enfermedad o por el simple deseo de terminar con sus vidas, deciden trasladarse a un centro eugenésico. El plazo máximo de estancia en estos lugares es de tres meses. Una vez transcurridos, mueres como deseas, según lo estipulado en tu contrato firmado ante notario, y acorde a unos paquetes prediseñados, como los que te pudieran ofrecer en un *resort*. El más popular y económico era el paquete azul: sobredosis de barbitúricos y opioides además de la extracción, traslado y conservación de la masa encefálica a un laboratorio neuroconversor e incineración del resto del cuerpo. Como *bonus* opcional te ofrecen convertir tus cenizas en abono para plantas con el que tu familia pueda hacer crecer una palmera o un roble, depende de tu latitud originaria. El paquete rojo incluye un ahogamiento durante el orgasmo o, en su defecto, durante el coito, y el verde la representación de un asesinato fílmico o literario llevado a la vida real, aunque también se ofrecían paquetes a medida a mucho mayor precio que satisfacía las demandas más extravagantes: desmembramiento, vampirismo, muerte durante la práctica de deporte extremo – como paracaidismo o submarinismo –, congelación en la cumbre de una alta montaña... Los centros eugenésicos pertenecían al Ministerio de la Cuarta Edad y estaban dotados de todos los medios para lograr una experiencia lo más placentera y

real posible. El evento más traumático y misterioso de la historia de la humanidad se convierte ahora en el mayor negocio del postcapitalismo, divertido y rentable.

A pesar de la planificación de los paquetes eugenésicos, todavía no estaban listas del todo las neuroconvergencias, procesos en los que, una vez fallece tu cuerpo físico, el cerebro continuaba viviendo en laboratorios donde se les suministra estímulos, calor y nutrientes. La neuroconvergencia era el siguiente paso a la neurogénesis. Cuando los huesos estén completamente agujereados por la osteoporosis, las articulaciones se muevan doloridas y el corazón lata tímidamente, el cerebro puede continuar aún vivo por mucho tiempo hasta casi alcanzar la inmortalidad. Se podría, incluso, conectar unos cerebros con otros, aunque todavía no había resultados definitivos de estas investigaciones. Los laboratorios neuroconvergentes eran los nuevos cementerios, camposantos digitales multiconectados por Bluetooth de muertos vivos, pero en vez de almacenar cadáveres, almacenaban emociones, pensamientos y recuerdos. ¿Pero serían capaces de generar nuevas emociones y recuerdos, es decir, de convertir esos cerebros en seres vivos pensantes con capacidad para enamorarse?

Madrid-Chamartín

Por los altavoces suena una grabación de una voz de mujer que nos da las gracias por haber viajado en su compañía y nos recuerda que no olvidemos ningún objeto personal. Repite varias veces: “Última parada: Madrid-Chamartín”. Miro mi móvil y lo encuentro sin cobertura. Son las once de la noche. Me bajo del tren. Camino sin rumbo. Aquello es un enjambre de vías, servicios de metro y trenes cercanías. El móvil vibra y comienza a recibir mensajes de voz, notificaciones de *apps*, decenas de *whatsapps*. Apago el teléfono.

Estoy decidida a hacerlo, a abandonarlo. He rebasado mi límite de tristeza. Es la una y veinte y todavía tengo media hora hasta que cierre el metro. Puedo ir donde quiera. Decido ir al centro, no sé la línea ni el recorrido, sigo un rato bajo tierra.

Necesito imaginar todo lo que haré mañana, cuando, al fin, sea libre.

Test de Folstein

¿Cómo cuantificar el olvido? parece algo imposible, intangible, una labor propia de una metáfora o de un poeta, algo diametralmente opuesto a lo científico. Además, ¿qué hay de los que voluntariamente quieren olvidar?, ¿y de aquellos cuyo mundo no se corresponde con los parámetros del nuestro? Medir el olvido parece ser la única herramienta para diagnosticar, etiquetar, categorizar. ¡Eureka! Aquí está la enfermedad: Ha sacado 22 puntos en la prueba de Folstein. “¿Pero ella sabe inglés?”, pregunta la neuróloga asombrada cuando mi madre responde, en el epígrafe 5.c. que reza: “Debe construir una frase con sujeto, verbo y complemento para valorarla con un punto”, y ella va y escribe en el papel: *To be or not to be that is the question* (Ser o no ser, esa es la cuestión) sin un error ortográfico, con una caligrafía temblorosa pero elegante. Aquello descolocó a la doctora, dudaba si darle el punto o no. Yo afirmé: “Sí, sí que sabe inglés (algo macarrónico, por cierto, pero inglés, al fin y al cabo)”. Supongo que eso inclinó la balanza hacia el punto. Todavía sonrío cuando me acuerdo de aquello. Ella escribe este verso de Hamlet en la prueba orientada a medir su degeneración. Un soliloquio sobre la vida y el destino, en el que el protagonista se cuestiona si merecen la pena las penurias de la vida o es mejor acabar con ella. *¿Cuál es más digna acción del ánimo, sufrir los tiros penetrantes de la fortuna injusta, u oponer los brazos a este torrente de calamidades, y darles fin con atrevida resistencia? Morir es dormir.*

Vivir (así) o morir (de amor).

La ciencia quiere medirlo todo, etiquetarlo, taxonomizarlo: esto es esto porque es así: en sus formas, colores, materiales, tiempos, palabras. La enfermedad también es una etiqueta. Un nombre que ayuda a señalar, a significarse en el mundo. Disculpenme, pero yo me niego a doblarme a las categorías porque ahora mi

mundo está lleno de gatos encaramados a las lámparas, de hombres que cruzan sigilosos mis pasillos, de viejas desconocidas sentadas en mi sofá. Yo vivo con fantasmas y, a veces, soy uno más entre ellos.

Mi escritura tampoco es racional, huye de la ortodoxia. Mi escritura es una gema facetada, irregular, impura, contaminada, expansiva, infectada. Mi escritura, como las neuronas de los viejos, se conecta a través de débiles sinapsis, se enreda y, a veces, por unos segundos, se colapsa y detiene. Mi escritura, esta escritura que estás leyendo, es alzhéimer, tiembla como la mano del párkinson, recuerda y olvida simultáneamente. Un monstruo muy bello. Quizá no sepa poner bien la forma de la boca, colocar el aire en la lengua, y me equivoque en el significativo, pero esta es mi historia. La escribo cuando puedo, por las noches, muy tarde, de 12 a 4 de la mañana, cuando todo está en silencio, hasta los fantasmas. Hoy, además, las ranas duermen.

INSTRUCCIONES GENERALES:

Invitar al entrevistado a colaborar. No corregir nunca al paciente, aunque se equivoque. Contabilizar los puntos correctos de cada uno de los 5 ítems del test.

1. Orientación: No se permite la Comunidad Autónoma como respuesta correcta para la provincia ni para nación o país (excepto en las comunidades históricas).

2. Fijación. Repetir claramente cada palabra en un segundo. Le damos tantos puntos como palabras repita correctamente al primer intento. Hacer hincapié en que las recuerde, ya que más tarde se le volverán a preguntar. Asegurarse de que el paciente repita las tres palabras correctamente hasta que las aprenda. Están permitidos seis intentos para que las repita correctamente.

3. Concentración y Cálculo: Sustracción de 3 en 3. Si no le entiende se puede reformular la pregunta. Si tiene 30 pesetas y me da tres ¿cuántas le quedan?, y seguir, pero sin repetir cifra que dé el paciente. Se dará un punto por cada sustracción correcta.

Repetir los dígitos 5 – 9 – 2 lentamente: 1 segundo cada uno, hasta que los aprenda, se le da 1 punto por cada dígito que coloque en posición inversa correcta.

4. Memoria: Dar un amplio margen de tiempo para que pueda recordar sin ayudarlo. 1 punto por cada palabra recordada sin tener en cuenta el orden.

5. Lenguaje y construcción: El entrevistador ha de leer la frase poco a poco y correctamente articulada, un error en la letra es 0 puntos en el ítem:

a.-Semejanzas: En las semejanzas perro-gato las respuestas correctas son animales de “x” características. Órdenes verbales, si el paciente coge el papel con la mano izquierda, se valorará como error, si lo dobla más de dos veces es otro error.

b.-Lectura, escritura y dibujo: Si utiliza gafas se solicita que se las ponga.

c.-Frase: Advertir que no se considerará correcta si escribe su nombre. Si es necesario se le puede poner un ejemplo, pero insistiendo en que ha de escribir algo diferente. Debe construir una frase con sujeto, verbo y complemento para valorarla con un punto.

d.-Figura. Cada pentágono ha de tener exactamente 5 lados y 5 ángulos y debe entrelazarse en dos puntos de contacto.

PUNTUACIÓN:

La puntuación total máxima es de 35 puntos. Se considera que hay deterioro cognitivo si la puntuación es < 23 puntos.

Excluimos las preguntas que hayan sido eliminadas, básicamente por analfabetismo o por imposibilidad física de cumplir un ítem (ej.: ceguera). Entonces calculamos la puntuación total corregida: la obtenida por regla de tres después de corregir la puntuación total.

Por ejemplo, si el paciente es ciego y no puede acceder a 4 de los 35 puntos posibles, la puntuación final se calculará sobre 31 puntos posibles. Imaginemos que la puntuación total ha sido 20, aplicando la corrección obtenemos una puntuación $(20 \times 35/21) = 22,5$ (redondearemos al núm. entero + próximo, el 23).

INTERPRETACIÓN:

Instrumento sencillo y breve de aplicación, no requiere de especiales habilidades para su administración. La edad y la escolarización influyen en la puntuación total.

Existen limitaciones a su uso en pacientes con bajo nivel cultural, analfabetos o con déficit sensoriales. No explora todas las áreas cognitivas. Posibilidad de que pasen inadvertidos los casos incipientes de deterioro cognitivo.

RANGO DE PUNTUACION: 0 – 35. Lobo y col, proponen:

- Pacientes GERIATRICOS (> de 65 años) punto de corte 23/24 (es decir, 23 o menos igual a “caso” y 24 o más a “no caso” y en
- Pacientes NO GERIATRICOS punto de corte 27/28 (es decir, 27 o menos igual a “caso”, y 28 o más igual a “no caso”.

Paciente.....Edad.....

Ocupación.....Escolaridad.....

Examinado por.....Fecha.....

ORIENTACIÓN

- Dígame el día.....fecha.....Mes.....Estación.....Año.
(5 puntos)

Dígame el hospital (o lugar) planta..... ciudad.....
Provincia.....Nación. (5 puntos)

FIJACIÓN

- Repita estas tres palabras: peseta, caballo, manzana (hasta que se las aprenda) (3 puntos)

CONCENTRACIÓN Y CÁLCULO

- Si tiene 30 ptas. y me va dando de tres en tres ¿cuántas le van quedando? (5 puntos)
- Repita estos tres números: 5,9,2 (hasta que los aprenda). Ahora hacia atrás (3 puntos)

MEMORIA

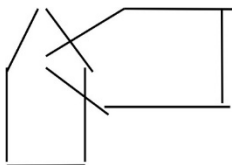
- ¿Recuerda las tres palabras de antes? (3 puntos)

LENGUAJE Y CONSTRUCCIÓN

- Mostrar un bolígrafo. ¿Qué es esto?, repetirlo con un reloj (2 puntos)
- Repita esta frase: En un trigal había cinco perros (1 punto)
- Una manzana y una pera son frutas, ¿verdad? (2 puntos) ¿qué son el rojo y el verde?
- ¿Qué son un perro y un gato? (1 punto)
- Coja este papel con la mano derecha, dóblelo y póngalo encima de la mesa (3 puntos)
- Lea esto y haga lo que dice: CIERRE LOS OJOS (1 punto)
- Escriba una frase (1 punto)

To be or not to be that is the question.

- Copie este dibujo (1 punto)



Manual para cuidadoras

No seas demasiado diligente. Yo lo fui y terminaba exhausta. Siempre inventan algo que debas hacer: beber agua en un vaso limpio cada vez; cambiar el pañal, aunque no esté sucio; limpiar mocos, rascar cejas, cuello, espalda y culo. Levantarse por el mero hecho de que, como ellas no pueden, les agrada que lo hagas a cada rato.

Comer un bombón, un trozo de pastel o bizcocho recién hecho —y si no hay recién hecho te piden que lo hagas para ellas, porque te queda taaaan rico— o preparar de cena esa tortilla de patata tan deliciosa que te sale taaaan bien. Levantarlas para estirar las piernas, llevarlas a mirar el tiempo por la ventana, poner una película de Cary Grant a la que no prestarán atención porque estarán en bucle dentro de su petición de espinacas para cenar “espinacas-espinacas-espinacas-espinacas... ¡es-pi-na-CAS!”.

Quizá te pidan que les leas algún libro en voz alta y, como están sordas, tienes que gritar muchísimo y repetir las frases varias veces para que las entiendan, y acabas con la garganta hecha polvo; o quizá quieran ver alguna revista que tienes que sujetar todo el rato con las dos manos, mientras describes las fotos y lees los titulares en voz alta: “Archie cumple un año, así es la lujosa mansión de Harry y Meghan en Hollywood. ARCHIE CUMPLE UN AÑO, ASÍ ES LA LUJOSA MANSIÓN DE HARRY Y MEGHAN EN HOLLYWOOD. ARCHIE CUMPLE UN AÑOOOO, ASÍ ES LA LUJOSA MANSIÓOOON DE HARRYYY Y MEGHAAAAN EN HOLLYWOOOOOOOOOOOOD”.

Luego te piden un caramelo para la garganta o una cucharada de jarabe para la tos que sabe a “pestes bubónicas”, la pastilla para las piernas; el calcio para la osteoporosis; el protector gástrico para la gastritis; limpiarles la baba; hacerles un café descafeinado para merendar: si te pasas de azúcar estará demasiado dulce y no lo querrán; si te quedas corta tampoco, demasiado amargo. Más tarde te pedirán un

besito, echarles colonia, peinarlas a las nueve de la noche, llamar a la florista para que prepare las flores del cementerio del día de difuntos en el mes de marzo, hacerles la manicura o la pedicura, llamar a Manolo, a Teresa la doctora o a Montse, su mejor amiga (que hace cinco años que ha fallecido).

El truco es prever y tener todo a mano: el agua fresca, los vasos limpios, el peine, los clínex, los bombones, los caramelos, el jarabe, el bizcocho (recalentarlo en el microondas), traer el azúcar con el café, la colonia, la agenda telefónica. En cambio, lo de los libros y las revistas debes sustituirlo por algún programa en la tele que antes habrás cebado (“¿sabes que se ha muerto Plácido Domingo?”) para aumentar su nivel de curiosidad. A veces sirven los documentales de arte o de animales, sobre todo si son cachorros. No cedas ante sus chantajes, porque, si no, estarás todo el día dando vueltas por la casa como pollo sin cabeza. Aquí mandas tú; esa es la clave. Tú decides la comida, la cena, la hora de la medicación y cuando se cambia el pañal. Tú tienes el poder. *You’ve got the power.*

Odi et amo

Odi et amo. Quare id faciam, fortasse requiris. Nescio, sed fieri sentio et excrucior.

Odio y amo. Quizás te preguntes por qué hago esto. No lo sé, pero siento que así ocurre y me torturo.

Carmen 85, Cátulo

Los días se suceden, uno tras otro, arrastrados por un *maelström* infinito. Cuando te has deshecho de las expectativas, de los deseos, de los proyectos, de los viajes, de los planes, de los hijos... te vacías completamente. Adoptas la hibernación como *modus vivendi*. Lo que pasa por tu cabeza, tus emociones, no son controlables. Los sentimientos arrebatadores e tempestuosos te azoran. Sientes una cosa y la contraria simultáneamente; te divides y construyes entre opuestos en conflicto. Sientes el amor y el odio a la vez. Sientes tristeza y alegría; deseas la vida y la muerte. Para ella y para ti, para las dos. Se suceden episodios de compasión y crueldad. A veces haces una eficaz gestión de tus emociones, tomas el control. Pero otras veces te desbordan. A veces me asaltan ideas macabras. Pienso en la muerte. En cómo será el día que ella muera. Me imagino despertar por la mañana y que ella haya muerto en paz en su cama durante la noche. También pienso en esas familias que pasan meses en los hospitales porque su familiar está esperando la muerte y la agonía se extiende en un tiempo abstracto.

Luego pienso que yo también puedo morir y que, si eso ocurriera, irremediablemente, moriríamos las dos.

Pienso en el momento de llamar al seguro, darles la dirección para que vengán a buscar el cadáver. Elegir el ataúd, las flores, redactar la esquela (¿Debería poner

D.E.P. o R.I.P.? ¿Debería poner “Rogamos” o “ruego una oración por su alma”?). Pienso en como la empleada del tanatorio empatizará tan bien conmigo que me hará sentir cómoda en medio de esa vorágine. Como rechazaré la cremación porque ella nunca quiso quemarse. Como caminaré detrás del coche fúnebre por el cementerio hasta llegar al nicho. En cómo no querré mirar en el momento de darle sepultura porque no querré guardar esas imágenes que me acompañarán el resto de mi vida, o cómo al final sí que querré mirar para grabar a fuego esos recuerdos y que me acompañen el resto de mi vida. Quizá necesite esas imágenes para canalizar el duelo. Sí, creo que finalmente miraré.

La imagen del nicho vacío debería ser el último capítulo de esta historia. Mientras suceda, yo lloraré desconsoladamente. Los operarios no sellarán la sepultura porque esperarán que el marmolero termine de grabar la nueva lápida. Cuando la termine la colocará él mismo y me enviará una foto del resultado por WhatsApp. Será de mármol negro con letras metálicas plateadas, elegantes mayúsculas con serifa, como las de mi abuelo y mi tío abuelo. Quedará muy bien.

En ese momento ella comenzará su exploración por el subsuelo. Bajará por los diferentes túneles buscando la eternidad en las entrañas de la tierra. Buscará la tierra hueca de Symmes, las ciudades de Capadocia, entrará por el superagujero de Kola y saldrá despedida por el volcán Estrómboli. Aprovechando una erupción se convertirá en lava que cubrirá la litosfera. Esa lava se enfriará y se transformará en piedra, y esa piedra en estrato, y ese estrato en granito, y con ese granito se esculpirá una fuente, una fuente hermosa de agua fresca o un capitel de una ermita pequeña.

Otras veces siento por ella una enorme compasión. Estoy feliz de tenerla a mi lado. Amo sus manos, tan grandes, opuestas a la pequeñez de las mías. Amo sus ojos de dos colores, marrones por dentro, verdes por fuera. Me enternece recordar el día que me compró mi primer ordenador o aquel abrigo azul tan precioso que me gustaba tanto.

Cómo ella lo intentó todo, aunque muchas veces fracasara. Cómo casi nunca se queja del dolor a pesar de no poder moverse. Como canta y dice “Olé olé, olé, morena, arsa” y nos reímos. Como no quiere darme demasiado trabajo y dice “eso lo dejamos para mañana”. Es un sentimiento enorme, gigante, naranja y fucsia, como un cuadro de Rothko de pura humanidad. Es quizá lo más grande que alguien pueda sentir. Un amor inmenso.

Amanece en Madrid

Amanece en Madrid. Me despiertan ruidos de pasos por el pasillo. Sigo sin encender el móvil. Volveré a la era analógica y preguntaré la hora a quien pase. Después de ducharme decido ir a desayunar a una terraza. Ya en la calle aparecen los primeros *riders* de Glovo y Uber Eats. Llevan esas mochilas cuadradas terribles, en las que cargan sobre sus hombros toda la precariedad del mundo. Van aparcando en las entradas de los restaurantes esperando los primeros pedidos; algunos beben de esos vasos de cartón para llevar, supongo que café o té caliente que les encienda la mañana. Voy sin rumbo. Repaso mentalmente todo lo que tengo que hacer en el día, nada y todo a la vez. No pienso en mi casa, ni en mi madre. Alguien se habrá ocupado de ella, de acostarla, lavarla, darle el desayuno. Me recreo en el paseo. Hace un día de invierno frío y soleado, mis favoritos. La calle se llena de cuerpos. Cuerpos disfrazados de Minnie y Mickey, cuerpos transportadores de bolsas y objetos, cuerpos fugaces, desplazados, disidentes. El mío solo espera el calor del metro para que me traslade a donde quiero llegar, que es a todos los lugares y a ninguno. Ese es el lugar al que no llego nunca, porque quizá no exista, quizá sueñe con un no-lugar: lugares diseñados para acoger al viajero, haciéndose hogar por un tiempo breve. Elijo delegar en el placer del tránsito. Convertir el desplazamiento en manifiesto. Deambular como militancia política. Más allá del *flâneur*, más allá de las derivas urbanas; yo milito el nomadismo subterráneo.

Entro por Callao. Aquí confluyen la línea amarilla y la verde. Elijo la línea verde, la número 5: “Casa de Campo-Alameda de Osuna”. Está abarrotado. Compró un billete solo de ida y sigo el cauce humano que baja por las escaleras mecánicas. Las de subida, en cambio, van casi vacías. Intento no agarrarme al pasamanos. Intento no tocar nada. Intento que no me toque nadie tampoco. Llego a la estación. Faltan tres minutos para que llegue el tren. Me pregunto si vendrá vacío o transportará aún a más cuerpos. Lleno. Las ventanas exudan vaho; se impregnan de millones de

expiraciones. Intento situarme al final de la cola para no quedar en el centro del vagón, rodeada de extraños, y poder hacerme hueco cerca de la ventana. Prefiero ver el paisaje de oscuridad del túnel y tener la sensación de que puedo respirar. Según van pasando las paradas, consigo hacerme con un asiento. Encuentro uno justo mirando a la puerta y me sitúo como espectadora de los enjambres humanos que entran y salen, como una antropóloga haciendo su trabajo de campo.

Pasajeros con auriculares que miran el móvil, universitarios, ancianos que se mueven con destreza, músicos que tocan una pieza entre estación y estación, mendigos, yonkis... Las paradas van pasando y yo continuo en la línea verde. Ya hemos dado la vuelta completa a la línea dos veces. Me pregunto si debo cambiar de metro. Quizá me estén observando desde las cámaras de seguridad. Quizá alguna persona me reconozca del viaje anterior, alguien que después de su clase de violín o de hacer sus recados o de la consulta del médico, casualmente, regrese de nuevo esta misma línea y a este mismo vagón y me encuentre aquí, sentada en el mismo asiento y me reconozca; quizá piense que no soy una loca, que también vengo de algún sitio y tengo un destino.

Miro las paradas: Rubén Darío, Tirso de Molina, Miguel Hernández, Vicente Aleixandre, Antonio Machado, Blasco Ibáñez. Veo que hay una estación dedicada a una mujer escritora, Concha Espina, autora de la generación del 98. Reconozco que no he leído nada de ella. Resulta que era prima de la pintora María Blanchard. Tiene una novela que se titula *Esclavitud y Libertad. Diario de una prisionera* (1938). Quiero leerlo. Es un relato sobre la Guerra Civil, me identifico con eso de “prisionera” y “esclavitud”.

Parece que a Concha no le permitieron ingresar en la Real Academia de la Lengua a pesar de ser Premio Nacional de Narrativa y de colaborar habitualmente en varios periódicos. También se quedó a las puertas del premio Nobel después de ser candidata en nueve ediciones. Su amigo Santiago Ramón y Cajal la apoyó insistentemente. Aún ciega, aprendió Braille y continuó escribiendo. Como nota al pie de un retrato fotográfico de la escritora, Ramón y Cajal escribió: “Se ha dicho tantas veces que el problema de España es un problema de cultura. Urge, en efecto, si queremos incorporarnos a los pueblos civilizados, cultivar intensamente los yermos de nuestra tierra y de nuestro cerebro, salvando para la prosperidad y enaltecimiento patrios todos los ríos que se pierden en el mar y todos los talentos que se pierden en la ignorancia”. Santiago Ramón y Cajal.

Madrid, 1 de mayo de 1922.

Todo es nudo

La gente que me conoce lo primero que hace es preguntarme: “¿Qué tal tu madre?” Un signo de respeto e interés por mi vida, aunque en realidad la sitúe en un segundo plano, porque lo más importante de mí ya no soy yo. Mi identidad ha sido sustituida por mi actividad. Yo soy un *estoy* doblegado, porque todo lo que me ocurra será un eco, un espejo del estado en que se encuentre “el Otro”.

Esta actividad, la de cuidar, definirá por completo mis emociones, mi salud, mi humor del día, si he dormido bien o mal. Todo me vendrá dado desde fuera, me será exógeno, volviéndome incapaz de crear por mí misma ningún evento interesante, cero aventuras. Nada que contar sobre mí misma salvo que me he convertido en sujeto pasivo de otro sujeto pasivo. Yo también entendía así ese protocolo, el del saludo mediado por la enfermedad como expresión de buena educación. También le preguntaba a mi amiga cuyo padre había sufrido un ataque de corazón: ¿qué tal está tu padre? Y a la de la inmobiliaria cuyo hijo tiene leucemia: ¿qué tal está tu hijo?, y así conviertes tu preocupación por las enfermedades ajenas en señal de respeto y empatía por la otra persona cuando quizá a la otra persona no le apetezca establecer ese dialogo contigo desde ese lugar, y probablemente, en muy raras ocasiones, por no decir nunca, te responderán con la verdad, porque, en cambio, es de mala educación contar los verdaderos entresijos de los días, el agujero tan profundo en el que encuentras, describirle a ese desconocido los detalles más escabrosos, las noches de insomnio y todas esas cosas que suceden y que no se resuelven nunca.

Para esas situaciones, esos inocentes saludos de cortesía, todas solemos tener una respuesta-comodín. Decimos: “hay días mejores y otros peores” (mi favorita, de una *galleguidad* absoluta), lo que en realidad significa “nada y todo depende de mí”. La verdad es irrelevante. Es mejor, en esos casos, pintar un idílico estado de cuidado atemporal. Dibujar para los otros un paisaje técnico, centrándote en la dosis de la medicación: lo bien que le va el *Sintotec* en lugar del *Catamil*, lo excelente que es la

neuróloga que la trata o el fisioterapeuta que viene una vez a la semana. Es divertido crear una ficción científica que dé veracidad a tu historia. Disfrazar la realidad de tecnicismos.

Es entonces cuando alguien me pregunta: “Y tú, ¿cómo estás?”, y es ahí cuando me rompo por completo; porque esa sencilla frase encierra el verdadero hechizo de la humanidad. Porque el emisor de ese mensaje sabe discernir entre el gerundio como un estado transitorio y el infinitivo como estado ontológico, entre mi papel de estar (cuidando) y el ser (ser yo).

Quizá esa distinción entre un infinitivo o un gerundio sea el nudo de esta acomplexada y torpe historia que te estoy contando, una historia que hace muchas páginas ha dejado de ser tipológicamente narrativa, novelesca, de aquellas de “introducción, nudo y desenlace”, para ser, en cambio, una antinovela, un enorme nudo gordiano que se va enmarañando y anudando de un capítulo a otro (es lo mismo cortarlo que desatarlo), saliendo por el siguiente y liándose con el de detrás, perdiendo los cabos que una vez lo iniciaron, el relato, como una cadenita de oro enganchada en unos pendientes en un joyero de terciopelo negro que, ausente de tracción y movimiento, sin entender muy bien cómo, se ha enredado por arte de birlibirloque, convirtiéndose en una madeja inexpugnable.

Volver a casa

A esta hora, a las cuatro de la tarde, empiezo a ver viajeros con mascarillas de esas de los dentistas. Algo habrá pasado y pienso que debo encender el móvil, estar informada. Tengo 42 llamadas perdidas. Las ignoro y abro “X”, en esta red social seguro que encuentro algo de información. Aumentan los casos de infectados por el nuevo virus. Los medios intentan no infundir pánico y frivolizan con la idea de que sea una gripe. La realidad es que es un virus desconocido y no saben cómo se comporta. Hay muertes, pero pocas. Hablan de pandemia. Hablan de guerra biológica. Hablan de la gran extinción. Hablan de la batalla perdida del ser humano y del Antropoceno en favor de seres unicelulares que se reproducen en cada huésped.

Algunas noticias avisan de que se ha roto el *stock* de mascarillas y que se suceden los robos en laboratorios y hospitales. Se trafica con material sanitario en el mercado negro y su precio se ha triplicado. Las bolsas del mundo se desploman. El turismo se desploma. Las importaciones de desploman. Las vacaciones de Semana Santa de la clase media se cancelan. Se avecina un confinamiento general. En Italia y China ya han declarado la cuarentena en varias zonas en las que millones de personas no pueden salir de casa. Pronto el ejército controlará el acceso a varias ciudades.

Mientras tanto, he cambiado a línea 10, la azul, en Alonso Martínez. De nuevo me encuentro en la hora punta, los que regresan a casa. He comido algo rápido y ahora el traqueteo me mece de un modo agradable; doy alguna cabezada. Silencio sepulcral en un vagón donde un estornudo sería una catástrofe. Príncipe Pio, Lago, Colonia Jardín... los viajeros se suceden. Al fondo del vagón un murmullo ascendente. Algo pasa. En la siguiente parada bajan casi todos los ocupantes. Una mujer se ha desmayado. La dejan sola. Llamo al 112 y aviso, pero tampoco me acerco. Tampoco abandono el vagón. Me quedo allí mirándola. Su cuerpo inerte se mece con el traqueteo. Lleva un traje de chaqueta y falda y una mochila; quizá esté haciendo prácticas en alguna empresa o acabe de empezar. Es joven y delgada,

atlética, tendrá unos 30 años. Lleva el pelo recogido en una coleta y los labios y las uñas pintadas de rojo. Zapatillas New Balance, reloj con monitor de actividad –de esos que te hacen electrocardiogramas, te miden los pasos y las calorías–. Parece deportista, quizá se dirigiera al gimnasio después de trabajar. Me temo que hoy ya no llega a su clase de *spinning*. Ha sido la primera en caer.

Emerjo a la superficie y vuelvo a casa.

Dos décadas bajo tierra para seis semanas de felicidad

Una especie de cigarra, la *Magicalada septendecim*, pasa casi toda su vida bajo tierra, a dos o tres metros de profundidad. Cuando llega su decimoséptima primavera y la tierra está caliente, miles de millones de ninfas comienzan a excavar miles de millones de túneles ascendentes para emerger a la luz. Es en este momento, al alcanzar la superficie, cuando se convierten en adultos. Escalan el árbol más cercano y renacen, suaves y blancos, de sus exoesqueletos con sus nuevas alas húmedas e inexpertas y sus ojos rojos entreabiertos.

Permanecerán entonces de cuatro a seis semanas disfrutando del gozo sencillo de la vida: apareándose, cantando y poniendo huevos, hasta que, al final del verano, morirán todos esos millones de insectos a la vez, convirtiéndose en una alfombra de quitina y alas.

Habrán pasado casi dos décadas de sus vidas bajo tierra esperando seis semanas de felicidad.

En los estados orientales de Estados Unidos, cuando esto sucede, se para el tiempo. Se cancelan las fiestas y toda actividad en el exterior. Los agricultores planean con antelación otros cultivos para no coincidir con ellas y dejarlas vivir. Se calcula que emergen 1,5 millones de insectos por cada media hectárea en una sola noche, inundando todo el campo con sus estruendosos cánticos de apareamiento. Se cree que, durante el Pleistoceno, hace casi dos millones de años, la Tierra era muchísimo más fría, por lo que, en un inteligente giro evolutivo, la especie se adaptó a la vida subterránea. Allí se alimentan de la savia de las raíces de los árboles y permanecen a salvo de los depredadores. Además, como especie han hecho algo increíble: sincronizar su ciclo vital en base a un número primo, el 17 (otras especies similares lo hacen con el 13), alejándose en el tiempo de la depredación masiva de otras especies que se reproducen en base a ciclos de números pares.

A parte de todos los depredadores que se alimentan de ellas, como pájaros, abejas o conejos, la *Magicicada septendecim* tiene un enemigo invisible: un hongo llamado *Massospora*. El hongo del mundo subterráneo infecta las larvas, pero solo se desarrolla a los diez días de haber emergido. Es entonces cuando empiezan a pudrir las diferentes partes de sus cuerpos. Van por ahí con una pinta esperpéntica, como de *Terminator* después de la batalla. Se vuelven cigarras zombis. Indiferentes a su nueva condición entre la vida y la muerte, las cigarras desarrollan conductas hipersexuadas, acelerando sus ciclos reproductivos, y así fomentar, poseídas por el hongo, la cadena de contagios antes de su muerte.

Este año nace la *Brood IX* o el noveno ciclo de crías de cigarras. Así llaman a las que nacieron en 2003. El año de la primera pandemia del siglo XXI, el SARS, el mismo año en que EE. UU. bombardea Irak para terminar con la dictadura de Saddam Hussein; el año en que se completó la secuencia del genoma humano, de la tragedia del Yak-42; el año en que yo empecé la carrera en Barcelona en medio de las caceroladas por Argentina; el año en que me enamoré por primera vez de quien ya lleva mucho tiempo enamorada.

Hoy se completa el círculo. Al menos para ellas. Si apoyas tu oreja sobre la tierra húmeda puedes sentir cómo ya están construyendo sus túneles con sus patitas y sus antenas, frenéticas, excitadas, trillones de animales deseantes, a punto de consumar el fin para el que fueron concebidos. Rozando su destino. Muchas de ellas hace días que están preparadas muy cerca de la salida de sus túneles esperando a sus compañeras. Se quedan esperando a unos diez centímetros inmóviles, sabiendo que están a punto de conquistar su primer y último verano. El único verano de la IX generación. Ellas engendrarán a la Generación X, la que emergerá en la primavera de 2037 después de casi veinte años de vida subterránea. Y yo, yo solo espero poder emerger con ellas.

Salir del túnel (El Castro)

El eco distorsiona las palabras y la linterna distorsiona las sombras. Las voces se enredan unas con otras. Son voces de hombres, hombres que se acercan. Calculo una docena. Parecen enfadados o cansados, o las dos cosas. Los pasos, con las voces, hacen ritmos. Permanezco quieta. Casi ni respiro iluminando con mi linterna el fondo del túnel. Debería huir. Correr con todas mis fuerzas. Si me persiguieran debería aguantar el *sprint* durante varios kilómetros. Imposible. Asumo que soy una presa fácil. Me vienen a la cabeza chicas que, aunque hubieran corrido con todas sus fuerzas fueron atrapadas. Diana, Toñi, Desiré, Miriam, Anabel. Pienso si alguna acabó dentro de un túnel, me tranquiliza que todas fuera, bueno Diana en un pozo que es un túnel con agua. Desde el miedo emergen pensamientos delirantes. Te agarras a cualquier cosa. Desde el miedo conviertes lo contingente en superstición y lo cercano en amuleto. El grupo de hombres se acerca y decido no huir. Les preguntaré por la salida.

—¿Hay alguien por ahí? ¿Hola?

Una voz suave me responde desde lejos:

—¿Quién eres? ¿del Concello?, ¿de servicios sociales?, ¿Cruz Roja?

—¡No, no! soy espeleóloga. Busco la salida.

—Ah, menos mal. Nosotros somos los de la acampada.

—¿Acampada?

—Sí, los de *Praza do Rei*.

Me quedé pensando unos segundos. En la *Praza do Rei*, enfrente del ayuntamiento de la ciudad, había una acampada de personas sin hogar. Llevaban allí casi tres años, no exentos de polémicas, claro. Todo el que cuestiona al poder se ve

rodeado por la polémica y el descrédito. Cuando lo del virus, la policía les obligó a desalojar y me suena a que los redistribuyeron por ahí.

—¡Ah! ¿Seguís acampando?

—No, no, ¡qué va! Nos echaron de la plaza, aunque seguimos yendo durante el día. Ahora los que no hemos podido ir a un albergue por cobrar una pensión, aunque sea pequeña, estamos por aquí, en el túnel. Tenemos un pequeño campamento secreto llegando a O Castro, cerca de la salida que hay en la Fortaleza de San Sebastián.

—Precisamente os iba a preguntar por esa salida. Es la primera vez que recorro este túnel.

—No viene nadie desde hace décadas. No queremos que sepan que andamos por aquí. Seguro que nos volverían a desalojar, igual hasta tapiar la entrada. No queremos okupar. Queremos que cambien las leyes para crear albergues de larga duración. Ahora solo nos dejan estar diez días al mes. ¿Y qué es eso? Lo mismo que nada. Y si tienes una mísera pensión no te permiten acceder. Necesitamos viviendas protegidas.

—¿Cuántos sois?

—Llegamos a ser casi doscientos, pero ahora quedamos solo doce o trece. Hay luchas que parecen no ganarse nunca, pero nosotros, ¡ya ves!, aquí seguimos. Por nosotros y por nuestros compañeros.

—Vaya. En cuatro o cinco pisos podríais vivir con dignidad. No parece tan complicado.

—Si, los jóvenes vamos aguantando en el túnel, pero los más mayores... no es vida.

Camino con ellos el último tramo que queda para llegar a lo alto de la Fortaleza. Por fin la salida. No hay basura en el campamento subterráneo, pero sí restos de vida: alguna colilla, cajas amontonadas; en general está todo limpio. Ahora recuerdo mejor su reivindicación, cuando fue todo el revuelo de las luces de Navidad con el alcalde, y ellos, mientras, durmiendo ahí, al raso, en esa plaza que es una explanada sin cobijo.

Hasta murió uno de ellos. Aquello fue denigrante. Recuerdo sentir vergüenza, por ellos y por nosotros como sociedad. En mi ciudad muchos tenemos que seguir bajando a los túneles. Seamos sintecho, seamos dependientes, seamos parados de larga duración, seamos viudas, seamos cuidadoras sin ayuda, seamos familias numerosas, seamos niños sin beca comedor, seamos ancianos solos, seamos enfermos terminales sin servicio de paliativos, seamos quienes seamos. Volvemos al subsuelo y mordemos el polvo.

Por fin, luz. Una ligera lluvia humedece la atmósfera. El aire es afilado, de un gris plata. La bruma del amanecer se levanta despacio, presagiando un enorme día azul. Hoy puede ser uno de esos días lo suficientemente claros para ver toda la ciudad:

La lonja, la Ría, la península do Morrazo y más allá las Cíes, y, tan solo un poco más allá, si concentras la vista y coincide que es uno de esos días del año y estás en el lugar exacto, con la luz exacta, podrás ver un pequeño punto, muy, muy pequeño iluminado intermitente. Es el faro de Montauk, la población más cercana al otro lado del Atlántico. Y si trazas una línea recta desde la salida del túnel encontrarás de cara Nueva York.

Rosunia

Dora nunca olvidará el año 2039. Empieza el primer curso de la universidad la misma semana del fallecimiento de su abuela. Se decide por Biotecnología después de dar algunas vueltas por Escuelas de Arte y laboratorios independientes, aunque también le gusta la robótica y la astrofísica. Se le da bien saltarse los límites. Se le da bien imaginar mundos, nuevas especies, híbridos. Le fascinan las quimeras, los grifos, las esfinges, los centauros, los minotauros, los sátiros, las sirenas. Todas ellas, criaturas guardianas, protectoras. Le fascina la mitología: las historias que dan forma al mundo. Historias que se enredaron durante siglos entre nuestros cromosomas haciéndonos a su imagen y semejanza. Entre todas las civilizaciones su favorita es el Antiguo Egipto, quizá por su vocación de eternidad. El Antiguo Egipto es un vector que tiende a infinito, a infinito elevado a ultratumba.

Cuando su abuela muere, se obsesiona con tener algo de ella para siempre. Se resiste a pensar que todo lo que habían pasado, todo ese amor que le dieron durante de esa larga, larguísima, enfermedad, dolores y alucinaciones y todo lo que sufrió su madre que, a su vez, la cuidó tanto tiempo, se iba a reducir a un montón de cenizas olvidadas en un frío nicho del cementerio. Sería bonito abrir el círculo, pensó. Que algo de ella, aunque fuera algo microscópico, renaciera. Crear una especie de relicario biológico. Hermoso, colorido, que olera a primavera. ¿Podría una insignificante flor albergar un resquicio de la vida de su abuela?, ¿podría insertar un pequeño tramo de su ADN humano en el ADN de la flor y que germinaran juntos como un único ser?

La idea le resultó inspiradora. El paso de la metáfora al híbrido era, sin duda, posible. Necesitaría ayuda de su tutor, el Dr. Anleo, una eminencia en la edición genética CRISPR, además de ser un profesor afectuoso y cómplice de sus alumnos cuando le proponían locuras o experimentos fuera de lo común; pensó que con su ayuda podría hacerlo en el laboratorio de biología molecular de la facultad durante las horas de prácticas. Y así lo hizo.

Desde 1986, el año en que la biotecnóloga Mary-Dell Chilton revolucionó la investigación biomolecular creando la primera planta modificada genéticamente — una planta de tabaco a la que se le añadió un gen resistente a la kanamicina—, se ha combinado y modificado información genética entre diferentes especies del mundo vegetal. Los alimentos transgénicos son modificados para aumentar su calidad nutricional mejorando sus cualidades organolépticas o haciéndolas más resistentes a determinados factores ambientales, como el frío; pero ésta iba a ser la primera vez con constancia científica en la que se mezclaran dos reinos: el reino animal y el vegetal. El Dr. Anleo estaba entusiasmado. Que una alumna de primer curso le propusiera un reto de este calibre le hacía abrazar de nuevo la fe en la enseñanza. Dora había venido a hacer cosas grandes, pensó.

Qué bella sepultura: ¡el código genético de una flor! Ser su savia y perpetuarse en sus semillas. Colorear los jardines. Renacer en cada primavera. Alimentar a las abejas. Alegrar la mirada de los tristes.

Poco antes de morir su abuela, a Dora se le ocurrió sacarle un poco de sangre — no supo muy bien para qué—, como recuerdo, sin ningún ánimo de experimentar con ella. Recordó más tarde que en la sangre se encontraba su ADN. Dora aisló y secuenció una proteína de la cadena de la inmunoglobulina, que sería la encargada de darle un color rojo intenso —como de sangre humana—, a las venas que tienen algunas flores, como las petunias. Su ADN correría por el sistema vascular de un nuevo ser humano-vegetal, un *plantimal*. Sería en parte petunia y en parte Rosalía. El experimento finalizó con éxito. Dora consiguió unas preciosas petunias de piel rosada y venas intensas. Todas y cada una de las primaveras de su vida han florecido en los balcones y jardines de sus sucesivas casas, alegrando las tardes de los tristes.

A esta nueva especie la llamó Rosunia, y es única en la naturaleza.



Emerger

Voy tarde. ¡Tarde! Todo el mundo está arriba. Oigo como se mueven. Ese zumbido apenas perceptible. Yo casi no me he movido. Hago lo que puedo, pero no tengo fuerza. Llevo más de dos días subiendo, pero creo que no estoy preparada. Igual me quedo aquí abajo. No se está tan mal y estoy a salvo de los depredadores. Me quedaría sola. No me importa. Tengo alimento y cobijo. Estaré bien. Estoy protegida. Casi ha llegado el momento, “cuando la tierra estuviera caliente”, y ya lo está. A diecisiete grados centígrados exactamente. Esa era la señal. Nos lo han repetido miles de veces. Estoy cerca. Estoy muy cerca. No recuerdo como era el viento, ni el calor del sol. Los árboles me son extraños. Sé que nací en uno. Mi madre desovó en él, pero sin ni siquiera ponerme nombre, me ordenó que bajara inmediatamente, y que penetrase en este reino, el de la tierra húmeda. Me dijo que este reino me protegería. Entonces se despidió para siempre.

Mis hermanas y yo nos lanzamos desde aquella rama hacia la tierra y empezamos a excavar todas a la vez. Desde entonces estamos aquí, viviendo como lombrices siendo cigarras. Pero hoy por fin ha llegado el día. Excavo muy fuerte, todo lo que puedo. Algo dentro de mí me obliga. ¡Tengo que salir! No les voy a fallar. Saldremos todas a la vez. Por fin podré cantar todas esas canciones que llevo décadas ensayando. Dice así: “cri-cri”, “cri-cri-cri”, “cri-cri”, “cri” y otra vez: “cri-cri”, “cri-cri-cri”, “cri-cri”, “cri” y así una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez, sin parar, sin parar, frotando mis alitas contra mi abdomen, a todo trapo, “cri-cri”, “cri-cri-cri”, “cri-cri”, “cri”. Estoy ansiosa. Estoy excitada. El calor me hace más fuerte. Mi antiguo cuerpo me molesta, me es ajeno, quiero deshacerme de él. Cada vez más cerca.

“Cri-cri”, “cri-cri” en mi cabeza. Cuando ese momento llegue, nos liberaremos e inundaremos el mundo con nuestros cantos.

Desovaremos en todas las ramas y en los dinteles de las ventanas, y el resto de las especies de la tierra se echará a un lado, dejándonos el mundo para nosotras. El mundo entero. Volaremos y cantaremos día y noche y follaremos, follaremos como si no hubiéramos follado nunca, follaremos como si fuéramos a morir mañana. Y seremos felices todas juntas, ¡Ay! Lo que la vida me reservaba está a punto de suceder, ¡estoy tan nerviosa! Parece que la tierra se aligera. Algo cae sobre mi cuerpo.

¿Ya he llegado? ¿Será el cielo? ¿Y mis hermanas? ¿Están listas? ¿Estamos? ¿Estamos? ¡Ay, Dios!, ¡cuántos gozos me esperan! ¡Cuántos deseos por cumplir y tan poco tiempo! ¿Estamos?

Y entonces, un zumbido ensordecedor silenció el mundo.

Parkinsonia parkinsoni

Tras múltiples intentos, finalmente se aceptó en 1731 la clasificación universal de Carlos Linneo. Él fue quien le dio nombre a la naturaleza; nombre y apellidos. Su método se basa en un sistema de nomenclatura binomial que responde a una clasificación jerárquica de los seres vivos, agrupando a las especies en familias. Cada categoría incluye a la categoría inferior de manera escalonada. El nombre de la especie consta de dos nombres latinos; el primero es el nombre de género (*Homo*) y el segundo, el epíteto específico (*sapiens*). El nombre de la especie es la unión de esas dos palabras y se escriben siempre en cursiva. A los fósiles también se les denomina con este sistema binomial. Cuando se descubre una nueva especie deben darle un nombre de acuerdo con el Código Internacional de Nomenclatura Zoológica. Este nombre debe estar en latín y correctamente declinado. Tan solo hay una única norma no escrita: el descubridor no puede darle su nombre a la especie descubierta. Solo puede ser dado como símbolo de respeto y honor a otra persona.

Esto ocurrió con James Parkinson. Lo conocemos por descubrir una enfermedad que llamó —como si fuera un oxímoron del Siglo de Oro— Parálisis temblorosa (*Shaking palsy*). Mediante la observación de, únicamente, seis casos, dedujo un patrón común: temblores recurrentes, rigidez extrema, anomalías en la caminata y otros síntomas. Y acertó de pleno. En 1817, sus colegas no le hicieron caso hasta que, sesenta años después, Jean-Martin Charcot reconoció el talento y el ojo clínico del Dr. Parkinson.

Para James este ensayo había sido uno de los muchos trabajos que había realizado a lo largo de su vida como médico en Hoxton (Londres), aunque le dedicó mayor energía al estudio de la gota, que por cierto padecía. Lo de la parálisis temblorosa fue un trabajo menor, un golpe de suerte, quizás.

Lo que en realidad le fascinaba eran los fósiles. Atesoró una de las colecciones más extraordinarias de Reino Unido e hizo múltiples viajes en busca de nuevas especies. Entre 1804 y 1811 publica, en tres volúmenes, *Organic Remains of a Former World*, una obra en la que trata de ofrecer una primera explicación científica sobre su evolución. James Parkinson es reconocido como el fundador de la paleontología científica y fue uno de los trece fundadores de la Sociedad Británica de Geología. Su legado fue tan importante que le pusieron su nombre a varias especies fósiles, entre ellas el *Parkinsonia parkinsoni*. Los Parkinsoniidae son moluscos cefalópodos amonites originarios del Jurásico Medio, con forma de cuerno de carnero. Vivían en el mar y tenían una concha en espiral concéntrica con un marcado relieve. Se ha encontrado en Francia, Alemania, Gran Bretaña, Irán, Rusia y Estados Unidos. Parece que en Galicia no hay ni un ejemplar. Nada. Ni rastro de *Parkinsonia* por aquí.

Los *Parkinsoniidae* son fósiles de costumbres subterráneas. El vocablo fósil deriva del verbo latino *fodere*, ‘excavar’, a través del sustantivo *fossile*, ‘aquello que es excavado’. Se puede estimar su edad según la profundidad del estrato en que se haya encontrado. Sus cadáveres son mecidos por las placas tectónicas, zarandeados por los terremotos y las aguas freáticas en derivas eternas. A pesar de todas esas guerras, fueron bendecidos con la inmortalidad: la de una forma que dibuja la imagen exacta de sí mismos sobre la matriz de su propio cuerpo. Y así permanecen para nosotros, para escupirnos en la cara sus doscientos millones de años de espera, de transformación en jurásica encapsulada en el tiempo.

El peligro de pasar mucho tiempo bajo tierra se puede convertir en una maldición: la maldición de la *parkinsonia*. La que te convierte en piedra. Inmóvil y temblorosa espero la mirada de la medusa mientras ansío que alguien me encuentre, me desentierre y me limpie el tiempo. Que me dé un nuevo nombre, uno con su apellido y con linaje. Que me mida y me dibuje. Que me coloque en vitrinas relucientes, con cartelas que indiquen mi origen y la estimación cronológica de las pruebas de carbono-14, a veces imprecisas. En un futuro muy lejano, dentro de otros doscientos millones de años, nuevos paleontólogos desenterrarán a todos los individuos de mi especie, a mis hermanas: una especie ctónica de cariátides. Mujeres de piedra convertidas en amuletos protectores. Esfinges. Sirenas. Vírgenes. Guardianas. Como aquella que encontraron en el río Sar a su paso por Conxo en Santiago de Compostela. Una virgen cuidadora sin rostro, que amamanta al niño y que ha permanecido setecientos años tirada en un bosque hasta que un pescador reparó en sus ángulos rectos —dice— porque no hay ángulos rectos en el río, son todo cantos rodados. A muchas esculturas les cortaban la cabeza o les borraban el rostro para desacralizarlas. En Grecia, muchas han sido decapitadas por los pueblos invasores para borrar el antiguo esplendor de la civilización conquistada. En Irak, ISIS destruyó sistemáticamente todas las esculturas y, con las que no pudo por su tamaño o situación, como los preciosos *lamassus* alados —cuerpos de toro o león con

cabeza humana y alas de águila que guardaban las puertas de las ciudades— les destrozaron los rostros con las brocas de sus taladros.

Quizá a nosotras también nos encuentren acéfalas y sin rostro, entre los estratos de la vida y de la tierra, fosilizadas, esculpidas en las formas negativas de nuestros cuerpos, ahora evaporados, en la lava solidificada del Vesubio. Así emergeremos. Porque algún día todo esto terminará. Nuestra especie no habrá podido luchar contra la condensación de dióxido de carbono y los polímeros orgánicos de alto peso molecular; contra el sol lanzándonos sus lenguas de fuego; contra la invasión continuada de virus y bacterias resistentes a los antibióticos; contra nuestra eterna insatisfacción productiva o el colapso de nuestros egos. Contra lo que, llamémoslo abiertamente, será el sexto evento universal de extinción masiva al que solo sobrevivirán, a nuestro pesar, las cigarras y los fósiles.



Parkinsonia Parkinsonii. Rosa Neutro, 2021

La historia termina

La historia de esta cuidadora termina donde empezó, en una consulta de neurología, pero ahora en un nuevo hospital, el Hospital Álvaro Cunqueiro. Las grietas del mundo, ahora domesticadas, no suponen más que pequeños contratiempos. Fastidios y carreras en las medias. El viaje por el subsuelo, las catástrofes y los terremotos se confunden entre los días. Ahora la oscuridad ha encontrado su sitio en el sofá. Le preparo la cena y le invito a café. Disfrutamos de su compañía. También hemos hecho buenas migas con los hombres que aparecen en los pasillos, las viejas y los gatos colgados de la lámpara. Los saludamos por las mañanas y les preguntamos qué tal han dormido. Aquello que cuidamos con amor cuida amorosamente de nosotras.

Esperando la hora de la consulta en el hospital nuevo, con los pasillos llenos de pacientes desorientados y las paredes todavía limpias del roce de las sillas de ruedas de los dependientes, me viene a la cabeza aquella energía del primer capítulo, la de los cánceres metastásicos, alzhéimers, arterioesclerosis, síndromes de Charcot-Marie-Tooth, retinosis pigmentarias, parálisis supranucleares progresivas, pieles de mariposa, embolias cerebrales, esclerosis laterales amiotróficas, distrofias musculares, ataxias de Friedreich, telangiectasias, Creutzfeldt-Jakobs en sus últimas fases, encefalopatías espongiiformes, enfermedades de Huntington, leucoencefalopatías, enfermedades de Refsum, síndromes de Shy-Drager, atrofas musculares espinales. Se arrastran por las paredes y por los conductos de aire acondicionado de los hospitales como víboras zigzagueantes, siseando sus lenguas bífidas. Salen y entran por agujeros invisibles y, si no eres precavido, se enrollan en tu cuello hasta estrangularte.

El truco está en que no te importe que te duela. Si tienes la suerte de sobrevivir al ataque de las víboras, ¡enhorabuena! Bienvenido a la siguiente fase. Te transformarás en diamante: átomos puros de carbono sometidos a condiciones extremas de presión y temperatura. Un diamante que resonará con el universo en

esencia apotropaica. Incluso cuando deseaba que todo terminase, cuando pensaba que no iba a poder más, cuando estaba tan hundida que rozaba el núcleo de la tierra, en esos momentos de seísmo ocurría lo inesperado, como si las pequeñas patas de una araña microscópica tejieran para mí un lienzo protector, una capa o un vendaje. Después de una catástrofe la naturaleza renace, o eso dicen. Y yo soy también naturaleza. Sé que este tiempo de náusea, de mujer-volcán a punto de vomitar magma ardiente está a punto de llegar a su fin. Esta es mi experiencia y así he intentado contarla. No hay alternativas a los afectos, son lo único que nos hace humanos.

Otras compañeras, en cambio, serán escupidas, vomitadas, empujadas, tiradas, arrastradas, colgadas, remolcadas, resucitadas desde la boca del infierno hasta la superficie de la tierra a través de pozos amables de agua fresca. Su tiempo de cuidadora de un enfermo en las últimas fases de su vida puede que haya sido más breve o menos intenso, o que lo combine con estancias en residencias, o que una gran familia se turne el enfermo por meses o semanas. Puede que sea así para algunas. No para la mayoría, y no para la cuidadora principal. Esa eres tú. Soy yo. Somos todas. Sea de un modo u otro seremos bendecidas. La vida nos está esperando, inmóvil, a diez centímetros de la superficie.

Yo desearía ser una de ellas, de las que lo llevan bien. De las de maquillaje, *highlighter* y tacones. De las que mienten un poco. Desearía que este viaje que ahora termina no hubiera sido tan difícil... aunque ahora sí, ahora sí que noto el agua mojando mis pies. Aumenta rápidamente su caudal. Una enorme corriente de agua me arrastra con fuerza. Me empuja hacia el exterior. Jonás a punto de ser escupido del cuerpo de la ballena. Sólo cuarenta días más y Nínive será derribada ¡Oh, Yahvé!

Al final nunca conseguí ver la exposición de Henry Moore; tampoco llegué a entrar en esa consulta del hospital, ni sabré jamás si la neurogénesis se desarrollará en condiciones artificiales. Espero realmente que así ocurra y que Dora y Vic desencadenen la quinta revolución industrial. La vida viene de vuelta y crece donde parecía imposible: en la zona 0 del reactor nuclear contaminado, en un *food truck* en México DF, en el subsuelo de la tierra, en un laboratorio de investigación neurológica en el año 2050, en las venas de una petunia, en una charca de rotonda. Por cierto, las ranas han dejado de croar, temo que hayan muerto. Ahora han aumentado estrepitosamente los decibelios del silencio. Un silencio perturbado por los camiones de basura que desinfectan la calle con su coreografía maquínica y sus luces giratorias naranjas. Quizá hayan muerto porque se acerca el otoño y el frío sea incompatible con el ciclo vital de los batracios. Las cigarras, por otra parte, ya han tejido su alfombra de quitina y alas. Si estuvieses ahora mismo en Carolina del Norte, pongamos en Asheville o en Charlotte, te acompañarían en tu paseo los crujientes pasos de sus cadáveres felices.

Te aseguro que alguien se acordará de nosotras.

NOTAS

La cita sobre el abandono y la muerte de los ancianos en el pueblo esquimal y su veneración en la antigua China procede del artículo «El maltrato a los ancianos en el domicilio. Situación actual y posibles estrategias de intervención / *Ill-treatment of the elderly in the home. Current situation and possible intervention*», de A. Bover Bovera, M. L. Moreno Sancho, S. Mota Magaña y J. M. Taltavull Aparicio, publicado en la revista *Atención Primaria*. Disponible en línea: <https://www.elsevier.es/es-revista-atencion-primaria-27-articulo-el-maltrato-los-ancianos-el-13054669>

La preciosa genealogía sobre el origen del lenguaje en las diferentes culturas la encontré en un artículo de Jaime Nubiola que profundiza sobre los motivos por los que el hombre comenzó a hablar y cómo lo hizo, titulado «La investigación filosófica sobre el origen del lenguaje», *Pensamiento y Cultura*, 3 (Santa Fe de Bogotá, 2000), pp. 87-96. Disponible en: <http://www.unav.es/users/Articulo51.html>

¡Qué fascinante es Atanasio Kircher! He compilado sus disparatadas e ingeniosas ideas del artículo de Leandro Sequeiros, «El Geocosmos de Athanasius Kircher: una imagen organicista del mundo en las ciencias de la naturaleza del siglo XVII», *Llull*, vol. 24 (2001), pp. 755-807. La teoría geológica se cita de su manual *Mundus Subterraneus* (1660; publ. 1665). Prólogo citado en el texto. Pero su teoría geológica la saqué de su propio manual *Mundus Subterraneus* escrito en latín en 1660 y publicado en 1665. En su prólogo cuenta: «Después de tantas pruebas por mar y tierra y tras haber explorado la increíble fuerza de la naturaleza que opera en las galerías subterráneas, me sobrevino un gran deseo de conocer si el Vesubio tenía alguna relación con el Strómboli y el Etna en esta terrible guerra de la naturaleza. Fui, pues, a Pórtici, lugar situado al pie del monte; a partir de aquí me hice guiar por un campesino conocedor de los caminos a quien di una espléndida propina y que me condujo a medianoche haciéndome subir a través de sendas difíciles y escabrosas. Cuando alcancé el cráter, presencié un espectáculo horrendo: todo él estaba iluminado por el fuego y envuelto en un intolerable hedor de azufre y betún quemado. Atónito ante tan inusitado espectáculo, creía estar viendo el infierno, pues para serlo solo faltaban los demonios. Se oían los horrendos mugidos y estrépitos del monte que creo son inexplicables, así como los humos mezclados a los globos de fuego que vomitaban continuamente once bocas abiertas tanto en el fondo como en los lados del monte»

En un intento de crear un relato que combinara la Soft y la Hard Sci-Fi, es decir, una ciencia ficción blanda que verse sobre las sociedades distópicas basadas en la sociología, antropología, psicología etc. y un acercamiento a la ciencia ficción dura, la que concede especial relevancia a los detalles científicos de disciplinas como la física o la medicina, me he acercado sin pudor a la neurología y a la biotecnología. Muchos de los experimentos que nombro son reales intentado dar veracidad a una narración que más tarde vuela por escenarios imaginarios. Uno de ellos, el que habla sobre los descubrimientos de Robert Altman sobre la

neurogénesis en algunas áreas del cerebro posnatal y adulto de la rata lo obtuve del artículo O. Arias-Carrión, T. Olivares-Bañuelos, R. Drucker-Colín, «Neurogénesis en el cerebro adulto», *Revista de Neurología*, 44 (9) (2007), pp. 541-550. En cambio, los nuevos descubrimientos sobre el péptido β -amiloide como regulador de la neurogénesis adulta lo obtuve de C. I. Fernández-Verdecia, M. A. Díaz del Guante, L. Castillo-Díaz, J. Álvarez-Blanco, «Neurogénesis como diana terapéutica para la enfermedad de Alzheimer», *Revista de Neurología*, 49 (4) (2009), pp. 193-201. Espero que la terminología científica no se les haya hecho muy ardua.

La descripción de la micorriza como simbiosis entre un hongo y una planta es de Wikipedia.

Toda la información de los kits CRISP que vende la empresa The Odin son reales y sus detalles obtenidos de su página web. <https://www.the-odin.com/microbe-mosaic/> · <https://www.the-odin.com/diy-crispr-kit/> · <https://www.the-odin.com/frog-ge-kit/>

D.I.Y hace referencia a “Do it Yourself”, “Hazlo por ti mismo”, una filosofía de trabajo autogestionado. bioD.I.Y hace referencia a “Biotechnology D.I.Y”, “Biotecnología hecha por ti mismo”. Una traducción aproximada.

La idea de la música como arma de tortura la saqué de *The New Yorker*, de un fantástico artículo de Alex Ross, «When Music Is Violence. From trumpets at the walls of Jericho to pop songs as torture in the Iraq War, sound can make a powerful weapon», *The New Yorker* (04/07/2016).

<https://www.newyorker.com/magazine/2016/07/04/when-music-is-violence>

La fiesta rave celebrada en la zona de exclusión de Chernóbil es real y apoyada por diferentes instituciones como el Ministerio de Cultura Ucraniano o Kiss FM. Puede encontrar más información en su página web <http://artefact.live>

El vídeo del esquiador venezolano Adrián Solano durante la competición está en YouTube. Muestra cómo se cae una y otra vez (y siempre se levanta). Es fabuloso. Vídeo del esquiador venezolano Adrián Solano (clasificatorio Lahti): YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=AVcsaDha2m4>

La idea de que las neuronas extraídas de abortos o embriones que no han prosperado se cultiven en el laboratorio hasta el momento en el que se conectan entre sí creando un cerebro nuevo salen de una cita literal del doctor Kevin Warwick en una entrevista para *La Vanguardia* titulada «Nuestro cuerpo ya es solo un estorbo para nuestro cerebro», *La Vanguardia*, 19/11/2012. <https://www.lavanguardia.com/lacontra/20121119/54355365278/la-contra-kevin-warwick.html>

El experimento en el que las neuronas de unas ratas controlan un dispositivo motorizado se puede leer aquí: «Rat Brain Robot Grows Up. Kevin Warwick’s robot has a biological brain that’s growing increasingly complex», *IEEE Spectrum*, 05/11/2010. <https://spectrum.ieee.org/automaton/biomedical/bionics/rat-brain-robot-grows-up>

Toda la información sobre el proyecto BrainGate se puede encontrar en inglés en su página web: <https://www.braingate.org>. Si el futuro debe tomar una dirección debe ser ésta.

Los comentarios del capítulo titulado “Facebook” son comentarios reales de usuarios de esta red social en la página de la fundación Pascual Maragall (@fpmaragall) <https://www.facebook.com/fpmaragall/> y traducidos por la autora. Se ha intentado mantener el estilo de la escritura en internet, que muchas veces está plagada de erratas y errores gramaticales, léxicos o morfosintácticos. A pesar de ellos los testimonios son tan poderosos que la autora, o sea yo, he creído importante que nos acompañaran en este descenso a los infiernos. Aprovecho para contar que la fundación tiene un programa de socios y de donaciones y que si usted puede aportar algo para la investigación revertirá, sin duda, en el bienestar futuro de mucha gente.

La conferencia de Jacques Derrida apareció en la revista *Acta poética* otoño de 2009 a partir de la publicada póstumamente en 2006, sin embargo, Derrida tembló y pensó este texto en 2004, poco antes de su muerte. Traducción de Esther Cohen. <http://campoderelampagos.org/critica-y-reviews/1/2/2020-1>

El capítulo “Yo no tengo miedo porque soy la hija de una diosa” es, básicamente, la historia de la diosa griega Perséfone.

En el capítulo “La revolución de las cariátides” la anécdota de Margaret Mead sobre el primer signo de la civilización está extractado del libro de Ira Byock, *The best care possible. A physician's quest to transform care through the end of life*. Publicado por Avery Pub Group en 2013.

Los datos reales en los que se basa el capítulo “La revolución de las cariátides” son los siguientes: Las mujeres dedican 12.500 millones de horas diarias al trabajo de cuidados no remunerado, lo cual equivale a que 1.500 millones de personas trabajen ocho horas al día sin recibir ninguna prestación. Se calcula que, en 2015, las cuidadoras no remuneradas que se ocuparon de atender a las personas enfermas, mayores o con discapacidad en el Reino Unido aportaron a la economía un valor equivalente a 132.000 millones de libras esterlinas anuales, una cifra que prácticamente iguala el gasto del Sistema Nacional de Salud. En USA 16,1 millones de personas (de nuevo, en su mayoría mujeres) atienden a personas con demencia, dedicando 18.400 millones de horas a este trabajo de cuidados no remunerado que, si se realizara a través de los servicios públicos, acarrearía a los contribuyentes un coste de 232.000 millones de dólares. En España se emplearon 130 millones de horas diarias en 2018 en trabajo de cuidados no remunerado, una cifra que equivale a 16 millones de personas trabajando ocho horas al día sin percibir remuneración alguna. Datos obtenidos de Oxfam, *Tiempo para el cuidado. Informe Davos* 2020. <https://cdn2.hubspot.net/hubfs/426027/Oxfam-Website/OxfamWeb-Documentos/OxfamWeb-Informes/tiempo-para-cuidado-informe-davos-2020.pdf>

La investigadora Silvia Federici ha sido una de las pioneras en abordar el tema de los cuidados sin pelos en la lengua desde una perspectiva sociológica, antropológica y feminista. El concepto de residencia de ancianos como campo de concentración contemporáneo es suya

obtenida del libro *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas* (Traficantes de Sueños, colección Mapas, 2013). Versión en abierto: <https://www.traficantes.net/sites/default/files/pdfs/Revolucion%20en%20punto%20cero-TdS.pdf>

La idea de escribir una catábasis, un descenso a los infiernos, para finalmente resurgir de ellos me ronda desde el primer capítulo y creo que resume toda la intención literaria de este libro y en concreto del capítulo así titulado. Pilar González Serrano explica este fenómeno en la literatura en un excelente artículo titulado *Catábasis y resurrección*. Revistas Espacio, Tiempo y Forma. Series I-VII. Espacio, Tiempo y Forma, Serie II, Historia Antigua (ISSN: 1130-1082; e ISSN: 2340-1370) Facultad de Geografía e Historia. UNED. 1999. <http://revistas.uned.es/index.php/ETFII/article/view/4350>

El test de Folstein o Mini-examen cognoscitivo, Minitest Mental (MEC) es el test más utilizado para valorar el estado neurodegenerativo del paciente. Fue creado por los doctores Folstein y McHung en 1975 para proporcionar un análisis breve y estandarizado del estado mental de cada paciente de una forma rápida y sencilla. Existen varias versiones, pero la que aquí se incluye es la más extendida.

“Rosunia” está inspirada en la pieza *Natural History of the Enigma* (2003-2008) del artista brasileño Eduardo Kac que le valió el premio Golden Nica Award de 2009. <http://www.ekac.org/nat.hist.enig.html>. Pie de foto: Eduardo Kac, *Natural History of the Enigma*, flor transgénica con ADN del artista expresado en las venas rojas. 2003/2008. Colección Weisman Art Museum. Fotografía: Rik Sferra.

Por motivos estilísticos las citas no se entrecomillan en el texto.

Cuidadora —XXXVII Premio Xerais de Novela— es un bello y áspero relato donde el gesto, en apariencia cotidiano, de cuidar deriva en un transformador descenso a los infiernos (catábasis) en el que lo biográfico se encuentra con lo mítico, lo cultural, lo científico y lo ficcional. A través de una estructura poliédrica y de varios niveles narrativos, la protagonista —una hija que cuida de su madre en una ciudad de provincias— piensa los cuidados desde múltiples frentes: como imposición ética, como acto político y anticapitalista, como constructo social, como antesala de la muerte y como expresión genuina del amor. El lector participa de la tensión y la angustia que provocan las tareas de cuidado a una enferma de párkinson con deterioro cognitivo avanzado, guiado por una voz cercana que nos arroja de bruces a un debate urgente: el del futuro de los cuidados para las mujeres, y también el de cuidar y ser cuidado. Desde un híbrido de géneros —narrativo, poético y ensayístico—, la autora dibuja un paisaje literario en varios planos: una obra honesta y desgarradora, pero también sugestiva, lúcida e, incluso, por momentos, divertida, de lectura imprescindible para la construcción de un futuro inclusivo e igualitario.



EDICIONES
Universidad
de Valladolid

